



adro de ... de villanueva.—Copia de

MURILLO Y LA ESCUELA SEVILLANA.

ARTICULO I.



ON dificultad se encontrará nombre mas célebre en los anales de las bellas artes, que el de Bartolomé Estévan Murillo, ni gloria mas generalmente reconocida y envidiada. Sin

embargo, todavía no se ha hecho un estudio completo de este sublime artista, comparándolo con los grandes profesores de la escuela sevillana y señalando al par la influencia que ejerció sobre sus coetáneos con la celestial magia de su colorido, con la unción divina y el entusiasmo religioso, que trasladó desde su corazón á sus

lienios, y últimamente con aquella encantada armonía que derramó á torrentes sobre todas sus producciones. La falta de un estudio que participara de estos caracteres y que tendiera al mismo tiempo á desentrañar y dar á conocer los principios de la *escuela sevillana*, ha sido causa de que aun los mas distinguidos escritores, tanto naturales como extranjeros, hayan caído en errores tanto mas dolorosos cuanto que hubieran podido evitarse fácilmente, y al paso que redundan en descrédito de la *crítica*, no favorecen tampoco á nuestros grandes maestros. No intentamos nosotros en estos artículos llenar cumplidamente estos sensibles vacíos, ni fuera posible lograrlo, sin detenernos largamente á tratar de cada una de las cuestiones que nos proponemos examinar sumariamente. Creemos no obstante oportuno y aun indispensable, si se ha de apreciar con justicia lo que valió Murillo, el dar una idea del origen y de los progresos de la famosa *escuela* á que perteneció, indicando las distintas fases que tomó sucesivamente, hasta llegar al grado de esplendor que adquirió en manos del gran Velázquez.

Estendido por casi toda Europa el gusto *bizantino* con su minia proligidad y rigidez estremada, llenos los templos y oratorios de imágenes cuyo principal mérito consistía en la brillantez y variedad de las doradas labores, que recortaban sus poco proporcionados contornos; llegó también á la capital de Andalucía aquel género de pintura, siendo el primero que se distinguió en su cultivo á mediados del siglo XV, Juan Sanchez de Castro. Admirado por sus coetáneos este artista, tuvo multitud de discípulos que no adelantaron gran cosa, tanto en el diseño como en el colorido y en la manera; pintadas sus obras al temple, escasas de filosofía y faltas de proporciones, manifiestan que no habian hecho aquellos estudios preliminares á la ciencia de la pintura, ni menos observado profundamente el cuerpo humano, para sorprenderle en sus movimientos. A defectos tan esenciales en este arte, defectos que pensaron remediar haciendo que hablasen las figuras de sus cuadros, uníanse la sequedad en la manera y otros mil anacondismos é inconexiones que bastaban para echar todo el peso del ridículo sobre el mas elevado asunto. Llegaba á tal extremo la ignorancia de la historia y de las costumbres de los antiguos pueblos, que eran todos los personajes, ya fuesen griegos, ya romanos, ya hebreos ó ya finalmente babilonios ó egipcios, vestidos de tabardos y gabanes á la usanza de aquel tiempo: y cuando se trataba de representar algun sugeto humilde, se le ataviaba y componía con la librea de los pajes ó de los escuderos. Este cúmulo de despropósitos no pudo menos de llamar la atención de Francisco de Pacheco, quien cita en su *Arte de la Pintura* un cuadro de Sanchez de Castro, que representaba la *Anunciación*, en el cual tenia la Virgen colgados en la pared un rosario y unos anteojos con otras impertinencias de este género, mientras el ángel aparecía cubierto con una capa de coro, que encerraba varias láminas con los apóstoles.

El mas adelantado discípulo de Castro fué, sin embargo, Gonzalo Diaz, que dotado de mas juicio, si bien no tenia mas experiencia artística, despojó algun tanto

sus obras de las ridiculeces que abundaban tanto en las de sus compañeros como en las de su buen maestro. Debióle Bartolomé de Mesa la enseñanza, y tuvo este mas adelante la gloria de enseñar á Alejo Fernandez los rudimentos de arte tan seductora. Poseía Alejo mas genio y travesura que entrambos, y dedicóse con mas fruto á la pintura, que le es deudora en Sevilla de sus primeros triunfos. Comenzó á desterrar aquella manera *bárbara* y dió mas dignidad y decoro á los personajes de sus cuadros, si bien no se determinó á desprenderse de los resplandores y diademas que adornaban á los santos, cuyos semblantes supo dotar de nobleza y espresion al mismo tiempo. Muchos adelantos hizo tambien en el diseño, reduciendo las figuras á mas proporcionadas partes y no fueron de menor bulto los progresos de su colorido, que apareciendo fresco y brillante las mas veces, presagiaba ya en cierto modo las glorias de la naciente *escuela sevillana*. Amaestrado Fernandez con su experiencia propia y guiado de sus buenos instintos, logró inculcar en sus discípulos saludables máximas que fueron despues propagadas por Diego de la Barreda, maestro del celebrado Luis de Vargas. Partió este para Italia y á vista de la escuela florentina, que admiraba al mundo con la fama de sus producciones, hizo una revolucion completa en su estilo y en las formas de su diseño.

El comercio que á la sazón sostenia nuestra península con Italia, sometida en su mayor parte al dominio español, así como dió un grande impulso á la literatura, sirvió tambien de eficaz y poderoso estímulo para las artes: la poesia española que se habia vestido con las formas italianas, no podia andar muy distante de la pintura, y esta siguió sus huellas cambiando sus mezquinas formas por las grandiosas y mas bellas de la italiana. Era tambien causa la preponderancia política de España, de que los extranjeros que vivian bajo su imperio, concurriesen á tributarle el homenaje de sus conocimientos; y el descubrimiento del Nuevo Mundo, que habia colocado á Sevilla entre los primeros pueblos de Europa, atrajo á su seno célebres pintores, convidados de la belleza de su clima y de la abundancia de su hermoso suelo. Tal sucedió á los flamencos Francisco Frutet y Pedro de la Campaña, que á mediados del siglo XVI vinieron á Sevilla para dar nueva vida al arte de los Fernandez y los Mesas. Amamantados con las buenas máximas de la pintura italiana, imprimieron un carácter mas elevado á la española, mereciendo sus obras la admiracion de los ingenios sevillanos, que empezaron á imitarlas desde luego, obteniendo los mas plausibles resultados. Reunian aquellos artistas casi todas las prendas que constituyen un pintor excelente, sobresaliendo Campaña en la invencion, en la espresion y sobre todo en la manera admirable de disponer el efecto del claro-oscuro. Uno y otro estaban sin embargo á larga distancia de la perfeccion: la belleza ideal que á tan alto punto habian llevado los antiguos, les era ya reconocida respecto á la espresion; pero no sucedia etro tanto con la encantadora magia del colorido, conquista reservada únicamente á los padres de la *escuela sevillana*. La venida, pues, de estos profesores, si bien contribuyó á desarrollar las buenas semillas que

abrigaba ya en su seno la capital de Andalucía, no fué un triunfo decisivo para las artes: la *escuela sevillana* habia menester de ese gran impulso para añadir á su experiencia artística las luminosas máximas de otras mas adelantadas; y hé aquí el gran paso que dió al admitir como modelos las producciones de Campaña y de Frutet, los cuales hicieron por su parte prodigiosos adelantos en la ciudad del Bétis, cuyo esplendente cielo prestó á sus pinceles las mas brillantes tintas en los purísimos arreboles que lo matizan.

Grandes fueron los esfuerzos que Luis de Vargas hizo al volver de Italia para establecer en Sevilla una escuela á imitacion de la florentina, cuyos principios habia abrazado; y no le es la pintura menos deudora de sus progresos ulteriores en la patria de Murillo, que se colocó desde esta época al nivel de las ciudades mas adelantadas de España en este punto. Dotado Vargas de verdadero génio y amaestrado en el diseño convenientemente, logró remontarse hasta las regiones de la belleza ideal, desconocida hasta su tiempo de sus compatriotas, poniendo el arte en consonancia con la ilustracion, el buen gusto y la filosofia de aquel siglo. Educó algunos jóvenes de talento, inoculándoles estas nuevas máximas; entre los cuales se distinguió Antonio de Arfian, que fué maestro del canónigo Boelas, quien apartándose algun tanto de la escuela italiana, tuvo la honra de contar como discípulos á Francisco de Zurbaran y á Luis Fernandez, de quienes lo fueron mas adelante Francisco de Herrera, el viejo, Bartolomé de Herrera, Francisco Galeas, el cartujo, Andres Ruiz de Sarabia, Francisco de Pacheco, Antonio del Castillo y Juan del Castillo.

Era esta la tercera época de la *escuela sevillana*, en que se ostentaba ya, si no con un carácter propio y determinado, dotada al menos de vigor y de vida, prometiéndole largos dias de esplendor y de gloria. Siguiéron estos celebrados artistas diferentes caminos en sus obras, si bien partían todos de un mismo principio y todos se preparaban con unos mismos estudios. Llevaban sus producciones el sello de la filosofia, é iniciados profundamente en las grandes verdades del arte desechaban del mismo modo que los antiguos, cuanto pudiera contribuir á desvirtuar el pensamiento capital de sus creaciones. Los pintores sevillanos del siglo XVI, fueron como aquellos, los compañeros de los filósofos y de los poetas, debiéndoles al par sus inspiraciones. Eran los poetas pintores y pintaban tambien los que al culto de las musas se consagraban, presentando el magnífico espectáculo que en apartados siglos dieron al mundo los artistas de la Grecia. En Sevilla Francisco de Pacheco, cuyo nombre pertenece igualmente á la historia de las artes y de las letras; D. Juan de Arguijo, el festivo Alcázar y sobre todos el célebre Pablo de Céspedes, que despues de haber admirado las sublimes obras de Miguel Angel, volvió á su patria lleno de saber para emular sus glorias, renovaron los felices tiempos de Atenas y hermanaron la pintura con todos los demas ramos de las ciencias. La casa de Pacheco era el lugar destinado para celebrar sus conferencias aquellos eminentes varones, y á la casa de Pacheco acudían, ganosos de ilustracion, cuantos sentían el

noble estímulo de la gloria. No habia en la ciudad de San Fernando pintor ni poeta notable que no se honrara con la amistad de Pacheco y que no se hubiera creído ofendido de no pertenecer á aquella especie de academia. Concurría á ella tambien Pablo de Céspedes, y amaestrado en la escuela de los grandes pintores de Italia, inculcaba allí en los discípulos de Pacheco y en los demas profesores las máximas que habian animado las creaciones de Miguel Angel, y exento de ese egoismo que para mengua de las artes ha distinguido en algun tiempo á nuestros pintores, esponia con admirable lisura las observaciones que á costa de desvelos y vigiliass habia logrado hacer sobre tan luminosos principios. Por esta razon es imposible hacer un juicio de la *escuela sevillana*, sin tener presente á tan insigne artista, y por esta razon le consideramos nosotros como uno de los padres de la maravillosa escuela que produjo á los Velazquez y Murillos.

Pablo de Céspedes no solamente dió el ejemplo de pintar con valentia y nobleza y de dibujar con estremada correccion, prestando á sus formas una grandiosidad admirable; sino que formulando tambien las observaciones que habia hecho, acometió la difícil empresa de escribir un *Arte de la Pintura*. Pero era el pintor cordobés tan escelente poeta como artista, y queriendo revestirla del mayor encanto, escribió su obra en forma de poema llenando de admiracion á sus coetáneos. La mala ventura que ha cobijado á la mayor parte de los manuscritos de aquella época, llamada cuerdamente el *Siglo de Oro*, alcanzó tambien al libro de Céspedes, y nada conoceríamos de obra tan importante, si el celo de su amigo Pacheco no nos hubiera transmitido en su *Arte de la Pintura* algunos trozos que han bastado para asegurar á aquel ingenio la alta reputacion de poeta, y que son en nuestro concepto suficientes á conquistarle como artista la de consumado maestro. Mucho esfuerzo tenemos que hacer aquí para resistir al deseo de copiar algunos trozos de este famoso poema, en donde á la valentia de la espresion y á la virilidad del tono empleado, se unen lo pintoresco del colorido y lo oportuno de la doctrina. ¿Quién no ha leído por otra parte aquellas admirables octavas en que emulando á Virgilio, describe al caballo tal como debe admitirlo la pintura?

Que parezca en el aire y movimiento,
La generosa raza, do ha venido:
Salga con altivez y atrevimiento
Vivo en la vista, en la cerviz erguido;
Estribe firme el brazo en duro asiento
Con el pié resonante y atrevido,
Animoso, insolente, libre, ufano,
Sin temer el horror de estruendo vano.

Por suponer que no habrá lector que desconozca este bellissimo pasaje no seguimos copiando. Céspedes supo dar tal fuerza y tan vivo colorido á esta descripcion que solo faltan en ella las líneas materiales para contemplar uno de los hermosos caballos que el famoso Guadalquivir alimenta en sus apacibles orillas. En todos los

preceptos que dá el pintor cordobés en su *poema* se advierte el mayor acuerdo con las reglas seguidas constantemente por cuantos profesores han cultivado el noble arte de que vamos hablando: en todas sus máximas se nota que había caminado de consuno la práctica y la especulación, conociéndose ya el uso de la *cuadrícula*, como se observa en algunas estrofas del segundo canto de la indicada producción. Hé aquí el modo como comprendía Céspedes los escorzos del diseño:

Osaré confesar que alguna parte
El continuo trabajo alcanzar puede,
Por gastar largo tiempo en aquesta arte
Y la esperanza audaz que al fin sucede
De mirar donde acaba y donde parte
El corte de las líneas, y dó quede,
Señalando el escorzo con certeza
En breve forma y con mayor belleza.
Acórtase por esto y se retira
El perfil que á los miembros ciñe y parte
Asimismo escondiéndose á la mira
Y desmiente á la vista una gran parte;
Donde una gracia se descubre y mira
Tan alta que parece que allí el arte
O no alcanza de corta ó se adelanta
Sobre todo artificio ó se levanta.

Prescindiendo de las rimas usadas en estas octavas, que ya no se tolerarian, no puede darse mayor exactitud en las observaciones. El poema de Pablo de Céspedes, según la opinión de algunos escritores respetables, es superior al latino de Du-Fresnoy y á los de Le-Mierre y Wattelet, por su bien pensado plan y su acertada división, por la claridad y elevación de los principios, como por la pureza del lenguaje, la armonía de la versificación y la sublimidad de las ideas.

Fué el ejemplo de Céspedes seguido por Francisco de Pacheco, que dotado de un talento claro, logró esplanar las doctrinas asentadas por aquel eminente profesor en la obra que dió á luz bajo el título de *Arte de la Pintura*. Fijó Pacheco mas detenidamente las reglas del arte, desterrando las erradas creencias que se habían sostenido hasta su época; y rodeado del gran prestigio que le habían adquirido sus estudios, pudo consumir la obra que á sus predecesores había costado tantos afanes. En este período aparece, pues, la *escuela sevillana* con reglas fijas y experiencia propia, consignadas por distinguidos preceptistas, pudiendo, en nuestro juicio, decirse que había pasado ya del período de especulación y de prueba para formularse convenientemente. Pero Pacheco, así como Céspedes, profesó á los artistas italianos un respeto sin límites y practicó en sus obras los principios seguidos por aquellos, usando al par de los medios de que se valían los florentinos. Acostumbraba el artista de Córdoba diseñar en grandes *cartones*, con sin igual esmero, las figuras que se proponía pintar, procurando que tuvieran toda la perfección posible antes de trasladarlas al lienzo, y consultando á la bella naturaleza bajo todos aspectos. Adoptó Pacheco esta misma práctica, que hizo seguir á

sus discípulos, á quienes también adiestraba, pintando en lienzos crudos que llevaban el nombre de *sargas*, para que pudiesen mas fácilmente usar después los colores al óleo. Así florecieron en poco tiempo los mas distinguidos profesores, cuyas glorias eran lisonja de Sevilla, y parecían preludiar las de Velazquez y Murillo: los nombres de Morales, Villegas, Marmolejo, Mohedano, Roelas, Castillo, Herrera y otros muchos que ilustraron en aquella memorable época las artes españolas, bastan para demostrar el brillante estado en que se hallaba á fines del siglo XVI y principios del XVII la *escuela sevillana*.

Discipulo de Pacheco fué Velazquez, cuyos asombrosos lienzos son orgullo de los españoles, y tal vez uno de los mas preciosos ornatos que ostenta el Museo Real de esta corte. Puede Madrid envanecerse con poseer tan admirables obras; pero no disputar á Sevilla la gloria de ser madre de tan esclarecido ingenio, cuyo pecho fué ennoblecido por la propia mano de Felipe IV. Iniciado el gran Velazquez en las máximas de sus maestros, si bien dotado de alma mas enérgica, abrazó la idea concebida poco antes por el canónigo de Olivares y desechando la timidez y afeminación que había en parte caracterizado el estilo de sus predecesores, dió á sus producciones mas elevación y grandeza, bien que apartándose mas y mas de las máximas italianas. Desde este tiempo comienza, pues, la época quinta de la *escuela sevillana*: con reglas y experiencia propia, abandona su *estilo antiguo*, para crear uno nuevo, dando principio á la era artística, que debía caracterizar nuestros grandes maestros. La escuela de los *naturalistas* toma, en efecto, un prodigioso vuelo bajo los pinceles de Velazquez, desarrollándose completamente. Su ardiente imaginación, su esquisito talento, estimulados por el noble deseo de la gloria, le hicieron abrazar una senda nueva y peligrosa para quien hubiera carecido de sus grandes dotes, senda que condujo al discipulo de Pacheco al templo de la inmortalidad. Era Velazquez en pintura tan grande como Calderon en poesía y como él esquivó las reglas, luego que estas no pudieron presarle ayuda.

La época que se inauguraba debía producir otro ingenio no tan osado, no tan lozano en sus concepciones, si bien mas dulce, mas tierno y mas fluido. Este grande artista es Murillo. Las obras de Velazquez despiertan siempre un sentimiento mundanal; la pompa, el fausto de la naturaleza y del arte, halagando la vanidad humana. Las creaciones de Murillo revelan un sentimiento altamente religioso; el cielo abierto siempre para consolar las flaquezas de los hombres y para mitigar sus dolores, animándolos en su dura peregrinación sobre la tierra. Hé aquí lo que faltaba al arte en aquel tiempo en que la literatura participaba también de este carácter religioso, que exagerado después había de acabar por ahogar sus semillas.

Fué Murillo discipulo de Juan del Castillo, cuya manera seca y desapacible, desechó desde luego, á vista de las obras de su amigo y compañero Pedro de Moya, que después de haber residido en Flandes por mucho tiempo, se restituyó á Sevilla, llenando de admiración á sus discípulos con los adelantamientos hechos en el colorido

al lado de Wandik, príncipe de la escuela flamenca. Sorprendido y encantado Murillo por la fluidez, dulzura y belleza de aquella manera de colorido, concibió el deseo de satisfacer por sí propio los que le habia despertado el ejemplo de Moya, haciendo un viaje á Flandes; y para lograrlo allegó todo el dinero que pudieron producirle sus obras, poniéndose inmediatamente en camino. Muy jóven era todavia Murillo al acometer empresa semejante, y poseia, no obstante, una admirable destreza en el manejo de los pinceles, bastantes conocimientos en el diseño, y no poca práctica en el efecto del claro-oscuro. Gozaba á la sazón de gran prestigio y crédito D. Diego Velazquez de Silva en la corte de Felipe IV, y atraído el discípulo de Castillo por la fama de sus creaciones, se determinó á visitarlo, quedando el pintor de cámara tan prendado de su compatriota, que no solamente le ofreció su proteccion, sino que desde entonces le contó en el número de sus amigos y discípulos predilectos, hospedándole en su propia casa. Sufrieron á presencia de las producciones del gran Velazquez una absoluta revolucion las ideas de Murillo, no teniendo menor parte en aquel cambio las obras de Rubens y del Spagnoletto, obras que copió el jóven sevillano con tanta destreza é inteligente exactitud, que llamaron la atencion vivamente. Permaneció en Madrid por el espacio de tres años, volviendo finalmente á su patria, desde donde habia de admirar mas adelante á toda Europa. Su ingenio fecundo y elevado y su esquisito tacto, le enseñaron á elegir y tomar para sus creaciones lo que mas de acuerdo estaba con su manera de ver la naturaleza; y formó al cabo un estilo tan original, tan agradable, tan bello y encantador, que ha caracterizado la *escuela sevillana*, siendo hoy la admiracion de naturales y estrangeros.

Habia sido el entusiasmo religioso la fuente mas pura de las verdaderas inspiraciones, tanto respecto á las artes como á las letras; y el discípulo de Velazquez, cuyas ejemplares costumbres, cuyo entusiasmo religioso y cuya ternura llegaban á su colmo, dió á sus obras, guiado por estos sentimientos, un candor y un espiritualismo sin límites, manifestando que el pintor cristiano debia aspirar á revelar á los hombres la sublimidad de los misterios de la religion, sellada con la sangre de Jesus sobre el Gólgota. Por eso respiran tanta piedad y mansedumbre sus santos; por eso encanta la pureza de sus Virgenes y arrebatada, en fin, la divinidad de sus niños, al revelar la infancia del hijo del Eterno. «Madurado su talento por la esperiencia, dice Mr. de Saint-Hilaire, y por el descontento de sí propio, eterno instinto de perfectibilidad que sirve de aguijón al genio, logró corregir los resabios que el ejemplo y el gusto de su tiempo le habian hecho contraer á pesar suyo. Su colorido, tan pastoso siempre, desechó las tintas parduscas que alteraban algunas veces la pureza de las líneas y daban á sus pinturas un carácter sombrío, que estaba, sin embargo, en oposicion con su genio dulce y apacible. Sus contornos, sin llegar á ser secos y duros, como los de la escuela florentina, tomaron mas firmeza, sin perder nada de su gracia ni de su transparencia. Comprendió Murillo, como los grandes maestros flamencos, consumados en la ciencia difícil de

distribuir la luz, que no habia en la naturaleza esas transiciones bruscas, esos contrastes violentos entre el claro y el oscuro, el blanco y el negro, que hieren la vista en las tablas de Miguel Angel, de Caravaggio y aun de Zurbaran. Comprendió que la luz, interponiéndose, por decirlo así, entre dos tonos opuestos los acerca mutuamente por medio de graduaciones inperceptibles, que no debe pasar por alto un buen pintor, si bien se sustraigan á la simple vista. En tan continuo trabajo desaparecieron naturalmente los defectos y quedaron las cualidades: el colorido de Murillo, tan tierno, tan suave, llegó á adquirir una transparencia y brillantez, que él mismo no habia conocido nunca. Así en todas sus últimas obras reina una calma, una transparencia y un brillo luminoso, que contrasta vivamente con la ejecucion demasiado sombría de su segunda manera, y que recuerda los triunfos alcanzados por los grandes maestros de Italia.»

A esta última época del gran pintor de Andalucía deben, pues, referirse todos los estudios, puesto que á ella pertenecen sus obras capitales. El famoso lienzo de *Santa Isabel* que existe en la Academia de nobles artes de San Fernando; los *medios puntos* que se encuentran en el mismo establecimiento, los cuales pertenecieron á la iglesia de Santa Maria la Blanca de Sevilla; el magnífico cuadro de la *Vision de San Antonio*, admirado por los viajeros en la catedral de aquella gran metrópoli; los lienzos colosales de la *caridad*, y finalmente los del *Museo* de la ciudad indicada, bastan cada cual por su parte para inmortalizar el nombre de su autor con sus innumerables bellezas. El pintor cristiano, el pintor de la fé y del entusiasmo, aparece en todas partes dotado de la misma ternura, en todas partes se ostenta poseido de aquel éxtasis profundo de amor divino, exaltado por una imaginacion siempre rica, siempre ardiente y lozana. Sus ángeles parecen nadar, como las almas del Dante, en el fluido luminoso que las rodea; el cielo se muestra abierto á la tierra con todos los encantos de la poesia, con todos los atractivos de la bienaventuranza, siendo finalmente todas sus producciones otros tantos himnos elevados por la naturaleza humana al Hacedor Supremo. Hé aquí como la *escuela naturalista* aspiró y debió aspirar á otra clase de idealismo, que no era en verdad el idealismo de los griegos; hé aquí como, pasando por todos los trámites racionales, admitiendo todas las modificaciones justas y aspirando á la independencia, llegó la *escuela sevillana* á proclamar la conquista de su nacionalidad, por decirlo así, apareciendo á la faz del mundo llena de celestiales encantos.

Murillo, que no podia menos de comprender la importancia de los adelantamientos de aquella escuela, á la cual habia unido su reputacion presente y su gloria futura, quiso que no se malograsen tantos y tan repetidos esfuerzos, y aspiró á dejar tambien á sus compatriotas un testimonio del amor que profesaba á la gran ciudad, en que se habia medido su cuna. Sus deseos se encaminaron, pues, á fundar una academia de bellas artes, y nació la que existe aun bajo la advocacion de Santa Isabel, si bien es ahora una vaga sombra de lo que fué en otros tiempos. Congregáronse á la voz de Murillo todos

los mas distinguidos artistas que florecian entonces para dejar al pais un monumento del estado á que habia llegado la pintura en la capital de Andalucia, y despues de haber luchado con muchos obstáculos y contradicciones vencidas felizmente por la constancia de Murillo, tuvo este el gusto de presidir la primera junta, celebrada en 1660. Sin proteccion alguna del gobierno, careciendo de medios y sin mas estimulo que el deseo de adelantar, se comprometieron aquellos artistas á sostener por medio de una suscripcion módica los gastos precisos para llevar adelante el patriótico é ilustrado pensamiento de Murillo (1), y si ya no alcanzaron por entonces una intercesion directa, como hubieran deseado por parte del gobierno, lograron al menos que el asistente de Sevilla presidiera como autoridad superior, los actos públicos, en que era conveniente que la academia se ostentase con toda la solemnidad posible.

La *escuela sevillana* trasformada ya en academia, si bien pareció llegar á su apogeo, tanto por el número de artistas que reunió en su seno, como por la multitud y excelencia de las obras que produjo, estaba condenada á perder su antigua lozania y el brillo de sus recientes triunfos, á la muerte del gran discípulo de Velazquez. A pesar de sus grandes esfuerzos, á pesar de su patriótico empeño, siguió en Sevilla la pintura la senda que llevaban ya las letras y las demas artes, y lejos de dar un solo paso en su gloriosa carrera, retrocedió á una enorme distancia, sin que haya producido desde aquella época la *escuela sevillana* ingenios como los de Herrera, Zurbaran y Murillo. Apagados destellos del portentoso talento de estos grandes hombres, fueron cuantos abrazaron en Sevilla la noble arte de la pintura: aspiraron solo al modesto titulo de *imitadores* y como la naturaleza ha menester ser el único modelo, para que las obras del arte lleven el sello de la verdad y de la perfeccion cayeron en un lamentable y frio amaneramiento cuantos, animados solamente de aquel deseo, llegaron á la arena pic-

tórica. Esta caida repentina de la *escuela sevillana* que habia conquistado tan esplendorosos laureles, tiene muchos puntos de contacto con la caida del *teatro español*; que no fueron bastantes á contener el enjambre de poetas, que intentaron seguir las huellas de Lope, Calderon y Moreto, careciendo de su imaginacion y su talento. Á la fecundidad de la concepcion y á la variedad de la invencion siguió, pues, en la *escuela sevillana* la fria imitacion, que sin valor para crear nada nuevo, recurrió á los italianos y los flamencos para tomar pobres inspiraciones de las estampas de los cuadros mas célebres de sus grandes pintores. Esto produjo lo que no podia menos de producir la *escuela sevillana* que habia perdido el génio; perdió tambien su fisonomía y de original que era en todos conceptos vino á ser una miserable rapsodista.

Tal era tambien la ley que habia alcanzado á las demas bellas artes y á las letras, como acabamos de indicar. A las grandes creaciones de Velazquez y Murillo sucedieron las rapsodias de sus imitadores: á las de Gainza, Berruguete y Borgoña las hojarascas de Churriguera, Barbas é Iglesias: á las inmortales obras de Calderon, Rojas y Moreto las de los Zabalas y los Comellas: a las de Fray Luis de Leon, Herrera y Rioja las de Ledesma, Zamora y otros muchos comentadores del gran Góngora que plagaron la literatura con sus descabelladas producciones. Así iban las cosas entre nosotros desde mediados del siglo XVII, y así desapareció tanto ingenio, tanta grandeza. La historia de aquella época no puede estar mas conforme con estos hechos: todo se desmoronaba, todo desaparecia. Carácter, costumbres, creencias, valor, entusiasmo.... nada habia permanecido fiel á nuestros abuelos y hasta la fortuna les volvia tambien las espaldas.

Hemos considerado en este artículo la influencia que ejerció Murillo en la *escuela sevillana*: en otro trataremos de dar á conocer las obras que dejó en la capital de Andalucia, adonde segun la opinion constante de los artistas extranjeros, opinion con que estamos nosotros conformes, es necesario ir, para apreciar aquel gran pintor en todo el valor que tiene.

J. AMADOR DE LOS RIOS.

(1) Son muy curiosos los datos que ofrece sobre este punto el señor D. Juan Agustin Cean Bermudez en su *Carta sobre la escuela sevillana*; por lo cual remitimos á ella á nuestros lectores.





BATALLA DE SAN QUINTIN.

Detalles históricos sobre esta memorable jornada desde el principio hasta el fin de aquella campaña, tomados de un manuscrito coetáneo.

ARTICULO III.

Entre todos los graves males que lleva consigo la guerra, ninguno mas horrible que el asalto y saqueo de una ciudad que ha opuesto larga y tenaz resistencia. Entonces se dá rienda libre á las brutales pasiones del soldado; se desconocen las leyes de la humanidad y compasion; se autoriza el robo, el asesinato y la violencia; se hace gala de la crueldad; en fin, los hombres parece que olvidados de que lo son, se convierten en fieras sanguinarias. San Quintin vá á presentarnos todos estos horrores, trazados con los colores mas sangrientos.

Al amanecer del 27 de Agosto de 1557, todo el campo español estaba en movimiento, y entre el humo de la artillería, que continuaba batiendo las murallas de la infortunada ciudad, y al través de la neblina que exalaban las lagunas, se veían brillar las lanzas y armaduras, moverse los numerosos tercios, marchar los escuadrones, y discurrir de uno á otro lado los capitanes para comunicar sus órdenes y colocar los soldados en los puntos convenientes. A las ocho de la mañana se dió orden de que cada uno ocupase su puesto, y al son de los clarines y atambores los tercios se acercaron á las brechas, previnieron sus armas y tomaron las demas medidas necesarias para estar prontos á la primera señal, y caer sobre la ciudad como el tigre sobre su presa.

Por la parte mas baja de la playa estaba el Maestre de

campo Navarrete, con su tercio de españoles escogidos, tres mil tudescos mandados por Lázaro Suendi, y cuatro mil alemanes que se habian brindado á dar el asalto, estimulados por la codicia del saqueo. El capitan Julian Romero debia acometer desde el arrabal con cuatrocientos españoles y dos mil ingleses. Por la parte enfrente de las tiendas del Rey, donde primero se habia abierto brecha, practicando las minas y arrimando las mantas, amagaba el Maestre de campo Cáceres, con su tercio y otros tres mil alemanes. A este último se habia dado orden de no acometer hasta que Navarrete y Romero lo hubiesen hecho por sus puntos respectivos, á fin de que los franceses, que no tenian gente bastante para defender todos los puntos, acudiesen con preferencia á los dos por donde eran atacados con mas ímpetu, abandonando el que estaba mas practicable, y entonces, aprovechando esta ocasion, entrase por allí con mas facilidad y menos pérdida. La artillería estaba toda apuntada á lo alto de los muros y á las brechas, y cuatro mil arcabuceros alemanes y borgoñones guarnecían todas las trincheras. La caballería ocupaba los puntos convenientes, como se habia hecho en la tarde anterior, y el activo Duque de Saboya discurría con velocidad de uno á otro punto, reconociendo y ordenándolo todo.

las dos de la tarde salió Felipe II de su tienda,

frente la cual estaba formado el lucido escuadron de caballeros que le esperaba. Iba el Rey completamente armado, y un paje conducia su celada. Montó á caballo y se dirigió á la brecha por donde habia de atacar Navarrete, situándose con su escuadron detrás de una pequeña eminencia, desde donde podia observarlo todo, y estaba cubierto de los fuegos de la plaza.

Antes de dar la señal, en las tropas que mandaba Cáceres, se suscitó una acalorada contienda sobre á quien pertenecia ir delante; y D. Iñigo de Mendoza, hijo de D. Antonio de Mendoza, Virey de Méjico, dijo algun tanto enojado: *ea sus, los caballeros vayan como caballeros, y los soldados como soldados*: cuyas palabras aumentaron la alteracion en términos, que el jóven caballero abandonó el punto, y fué á unirse con las tropas de Navarrete.

Desde que el Rey salió de su tienda habia estado haciendo fuego sin cesar la arcabuceria que estaba en las trincheras, y á las tres y media los clarines y atambores dieron en todos los puntos la señal de acometer, é inmediatamente fué seguida del estruendo de la artillería, de la explosion de los hornillos y minas, que hicieron un efecto razonable, del fuego no interrumpido de los arcabuceros, y de las voces de los combatientes. El Duque de Saboya, que se hallaba junto á Navarrete, le mandó que echase por delante á los alemanes, y si estos eran rechazados acometiese él con sus españoles. Navarrete mandó á los alemanes ganar la brecha, y se arrojaron á ella con furia y decision, pero fué tan tenaz la resistencia de los franceses, tanto el fuego de alquitrán y otros mistos que lanzaron contra ellos, que á pesar de tener ya ganado el foso y parte de la brecha, comenzaron á retirar y fueron completamente rechazados. Viéndolos retroceder Navarrete, puesto al frente de sus valientes españoles, se dirigió á la brecha acompañado del jóven Mendoza y de D. Francés de Alava, que como buenos caballeros querian dar muestra de su valor; mas á penas habian comenzado á subir á la muralla cuando el esforzado D. Iñigo de Mendoza recibió un tiro de arcabuz, que le entró por los riñones y le salió por el pecho, cayendo redondo al foso, donde fué pisado de todos sin que nadie le socorriese. Se creyó fundadamente que le tirase alguno de nuestros soldados, resentido de la disputa tenida antes del asalto. No tardó en tener la misma suerte D. Francés de Alava, que recibió otro arcabuzazo en el bajo vientre, y chamuscada la cabeza y cejas con el alquitrán, cayó rodando al foso de donde pudieron sacarle sus criados.

Era tanto el humo producido por la artillería, los arcabuces y fuego de alquitrán, pólvora y azufre, que apenas podian distinguirse los combatientes, no obstante ser el viento muy recio y favorable á los españoles, pues dando á los franceses en la cara, les echaba todo el humo y el polvo y los cegaba; sin embargo, la resistencia no podia ser mas desesperada. Ya la brecha estaba llena de cadáveres, y entre ellos se contaba tambien el del capitán Juan Perez, y ni los españoles desistian ni los sitiados aflojaban, cuando los franceses pegaron fuego á una mina que habian abierto por debajo de la brecha, y veinte soldados de la compañía de D. Antonio de Velasco cayeron

envueltos entre humo y escombros. Nada, sin embargo, bastaba á intimidar ni hacer retroceder á los tenaces é incansables españoles, cuyo ejemplo alentó á los alemanes, rechazados al principio, y volvieron con mas furor á la carga.

No era mas venturoso el capitán Julian Romero en el arrabal, pues habia perdido ya mas de cien ingleses, algunos españoles y él mismo tenia una pierna quebrada por una bala de mosquete, sin haber podido aun pasar la puerta derribada por su artillería, ni ganar la brecha contigua; pero tanto allí como en la parte de Navarrete la lucha era tan porfiada y sangrienta, que sitiadores y sitiados perecian en gran número, sin ganar ni perder un palmo de terreno.

Conociendo sin embargo el Almirante que era imposible defender por mas tiempo los puntos atacados, sino los reforzaba; porque ya habia perdido mucha gente, y la que quedaba estaba desfallecida y cansada, porque hacia media hora larga que sostenia un combate atroz; y engañado al mismo tiempo por la inaccion en que permanecian las tropas de Cáceres, fué separando gente de aquel punto para reforzar los otros por donde Navarrete y Julian atacaban, con lo cual dejó muy desprovista y mal guardada la brecha por donde estaban las mantas, y donde se habian hecho los mayores trabajos para facilitar el asalto. El Duque de Saboya, que cuidaba de todo y se hallaba en todas partes, viendo aquella brecha desamparada, mandó á Cáceres que la tomase, y la resistencia fué tan débil que al momento entraron en la ciudad, quedando sin uso todos los preparativos de defensa que por aquella parte habian hecho los franceses.

Mas de cuatro mil alemanes y españoles habian penetrado ya por la brecha; pero ansiosos de saquear, se esparcieron por las casas, olvidándose de sus compañeros que aun estaban sosteniendo una lucha sangrienta en las brechas asaltadas por Navarrete y Julian. En vano Don Juan Pimentel, y D. Luis Mendez de Haro y otros caballeros que habian entrado en la ciudad con su Maestre de campo Cáceres, les rogaban que fuesen al socorro de sus compañeros, ninguno quiso obedecerlos ni oírlos, hasta que los valientes capitanes de infantería D. Diego de Rojas y D. Diego de Hoyos lograron reunir ochenta soldados españoles, y divididos en dos mitades, fueron á los dos puntos donde se peleaba y cargaron á los franceses por la espalda. El terror y el desorden se apoderaron de los sitiados, cuando sintiéndose combatidos por la espalda no pudieron ya dudar de que los enemigos estaban dentro de la ciudad, y abandonando la defensa solo trataron de huir y esconderse, por ver si lograban salvar las vidas; pero en vano, los implacables sitiadores, que como un torrente se precipitaron por las brechas abandonadas, doquiera que encontraban algun francés lo degollaban sin clemencia. En el momento se inundó la ciudad de enemigos, que perseguian por todas partes á los fugitivos habitantes, y que llevaban hasta lo mas recóndito del hogar doméstico la muerte y la desolacion.

El Almirante, que sabia muy bien que sola la codicia de un cuantioso rescate podia salvarle la vida, si se tomaba la ciudad por fuerza, habia colocado sobre su armadu-

ra una riquísima ropa de terciopelo negro recamada de oro, y adornada con todas las insignias de su nobleza y dignidad, y á poco tiempo de haber sido entrada la plaza, un soldado español, natural de Toro, llamado Francisco Diaz, encontró con él, y le intimó que se rindiese. Hizolo al momento el Almirante, suplicándole que respetase su persona, y le entregó el estoque en señal de rendimiento. El noble español le condujo salvo hasta presentarlo al Duque de Saboya, entregándole tambien el estoque: y en cambio se le prometieron los diez mil du-

cados de premio segun costumbre; y el Rey mandó que de la persona del Almirante se encargase el Maestre de Campo Cáceres, y así lo hizo. D. Antonio de Velasco prendió á un hijo del Condestable de Francia, por quien el Duque de Saboya dió doce mil ducados. Tambien fué preso Mr. de Andulo, hermano del Almirante, mas luego se escapó y logró meterse en Francia, se cree, que sobornando á costa de muchísimo dinero á los soldados que le custodiaban.

Impaciente Felipe II por saber el resultado del asal-



to, se habia separado de su escuadron, y acompañado del Duque de Siesa y Conde de Feria se habia acercado á la brecha; mas como el polvo y el humo era tan denso, no pudo distinguir bien que la plaza era tomada, hasta que D. Fernando de Gonzaga, que habia estado entre los combatientes en las trincheras, vino á darle la nueva. Entonces seguro ya de la victoria se retiró á su tienda real.

A poco tiempo ya el silencio de la artillería y arcabucería indicaba que la plaza habia caído en poder de los sitiadores; pero al estampido del cañon, al estruendo de las armas, y gritería de los combatientes, habian reemplazado los alaridos de los moribundos, las súplicas y lamentos de las desgraciadas mugeres y niños, y las imprecações y amenazas de los soldados, y desde el campamento se oia un rumor sordo y continuado, entre el que solo podia percibirse algun grito penetrante de dolor,

que anunciaba la muerte de una nueva victima. En el interior de la ciudad todo era sangre, muertes, horror y desolacion.

Mas de veinte mil hombres discurrían por la ciudad cometiendo las mas inauditas crueldades. Los alemanes, ingleses y aun algunos españoles estaban tan furiosos y sedientos de sangre, que en la casa que entraban no perdonaban á nadie, y hasta las mugeres y niños eran inhumanamente sacrificados, dedicándose despues á robarlo y destruirlo todo. Donde no encontraban lo que su ambicion les habia pintado, martirizaban y mutilaban horrosamente á los que encontraban, para obligarles á descubrir el sitio donde tenian escondido el dinero ú objetos preciosos; y llegó á tal extremo la ambicion y barbarie de algunos, que despues de muertos y ya despojados los franceses, les abrian los estómagos, para ver si se habian

tragado el dinero. (1) En particular los ingleses y alemanes, mataban á cuantos encontraban, sin diferencia de sexos ni edades, y cuando ya no encontraban que saquear en las casas, bajaban á las bodegas, en las que se habia refugiado mucha gente, y despues de degollarla inhumanamente, cavaban los pisos, hasta encontrar lo que habian escondido, ó hasta no dejar rincon sin reconocer.

A las ocho de la mañana del día siguiente el Rey, acompañado de algunos de sus caballeros, rodeó toda la ciudad, y luego entró en ella, y se dirigió á la Iglesia mayor. Allí encontró un crecido número de mugeres que en ella se habian refugiado, y se aseguraba que habia encontrado tambien un gran depósito de dinero y joyas, que allí habian escondido, el cual recogió para ayudar á los gastos de la guerra.

Conmovido á vista de tanta desgracia, y sabedor del encarnizamiento y crueldad de sus soldados, mandó que se tomasen algunas disposiciones para salvar á las mugeres que quedaban, disponiendo que fuesen conducidas á la Iglesia mayor, que era muy capaz, y donde puso una guardia respetable. Aun llegó esta órden á tiempo de salvar mas de tres mil, de las cuales unas fueron conducidas á la iglesia, y otras á las tiendas del Duque de Saboya; pero la que mejor llegaba á estos depósitos era enteramente desnuda ó en camisa, pues los soldados las desnudaban para registrarlas si tenian dinero, ó para quitarlas los vestidos, y á algunas para obligarlas á declarar donde habian escondido el dinero ó alhajas, les daban cuchilladas en la cara y cabeza, y á muchas les cortaron los brazos. Al día siguiente 28 de Agosto, mandó el Rey que sacasen al campamento las que se hubiesen salvado, y para poderlas proteger, y que estuviesen algun tanto mas seguras, las hizo colocar junto á sus tiendas, y en frente de las del Obispo de Arras.

Aun las vírgenes sagradas del Señor no se hubieran librado del furor y bestialidad de los alemanes, que ya habian acometido y entrado en los conventos, si el Duque de Saboya y el Conde de Feria no hubiesen volado en su auxilio luego que fué entrada la plaza. El Duque de Saboya recogió las Bernardas y las de la Concepcion, y el Conde de Feria corrió á salvar á las de Santa Clara, que serian unas sesenta, que llenas de devocion y espíritu del Señor seguian á su libertador, en procesion, rezando devotamente mientras cruzaban las calles de la ciudad, teniendo que pisar los cadáveres de sus desgraciados compatriotas. Sus nobles libertadores las hospedaron en sus mismas tiendas, porque solo así estarían libres de los inmorales y bárbaros tudescos.

El furor de destruir y robar que se habia apoderado de los alemanes era tal, que luego que pusieron en salvo

lo que habian saqueado, reunidos en cuadrillas de cincuenta y ochenta, discurrían por las calles de San Quintin como furiosos, y en donde encontraban un español ó inglés con presa, se la quitaban, con tanta desvergüenza y violencia, que los que osaban resistirles perecian á sus manos. Los caballos herrerueros de la misma nacion se habian situado en la parte de fuera de la ciudad junto á las puertas, y cuantos efectos salían conducidos por españoles ó ingleses, ya fuesen sacos de alhajas, carros de ropa, caballos ú otros muebles preciosos, se los quitaban y apropiaban, causando este violento despojo no pocas reyertas, desgracias y muertes, sin que los gefes, en cuya presencia lo hacían, se atreviesen á impedirlo, por temor de quedando ellos un número tan superior á los demas se insurreccionasen, y tuviese aquello un fatal resultado.

Toda la tarde y noche del 27, y todo el día 28 habian pasado saqueando y matando, sin que se encontrase medio de contener tanto furor y sed de sangre; y para lograrlo mandó el Rey que antes de anocheecer saliesen de la plaza todos los alemanes y tudescos, para que entrasen á ocuparla los españoles y borgoñones. Resistieron los alemanes todo lo posible el cumplimiento de esta órden, y ya que no pudieron tomar otra venganza para que ninguna calamidad faltase á aquella ciudad desgraciada, para que no hubiese género de horror que no experimentase, contra la órden espresa de Felipe II que habia querido conservar todo lo mas posible aquella hermosa ciudad, al retirarse incendiaron la plaza mayor por varias partes. Mucho sintió el Rey este desman; y aunque sin levantar mano atajasen el incendio, no pudieron lograrlo, sino cuando la tercera parte de las casas, muchas iglesias y edificios notables estaban reducidos á cenizas. No fué este el único mal que causaron, sino que muchos españoles y aun alemanes, que andaban saqueando y muchos habitantes que escondidos en los desvanes, bodegas y otros escondrijos habian hasta entonces logrado sustraerse al furor de los enemigos, perecieron entre las llamas, ó asfixiados y ahogados por el humo.

Temeroso el Rey de que el fuego que ya habia llegado á las puertas penetrase en la Iglesia mayor, dió órden para que se sacase el Santísimo Sacramento, el cuerpo del mártir San Quintin, y algunas otras reliquias notables. Al ir á ejecutar esta órden el cuerpo del Santo no parecia y lo buscaron en vano, hasta que un prisionero francés descubrió el sitio donde estaba. Le habian colocado en una sepultura, y encima una tabla muy fuerte, y sobre ella habian puesto dos cadáveres de dos soldados que habian muerto nuestra artillería, y encima mucha tierra. Le sacaron de allí, y con la pompa posible fué todo conducido á la tienda Real, donde le colocaron lo mejor que pudieron. A pesar de lo mucho que trabajaron los gastadores el fuego duró toda aquella noche, sin que por eso cesasen las muertes y saqueo, del cual era imposible separar á los soldados.

En la mañana del 29 habia cesado el incendio, y San Quintin presentaba el cuadro mas repugnante y cruel que puede imaginarse. Infinidad de cadáveres completamente desnudos, algunos horrorosamente mutilados y

(*) Para que no se crea que estas horribles crueldades estan exageradas ó pintadas á nuestro arbitrio, y quede dicho para toda la relacion, que no hacemos mas que copiar los hechos tal cual el autor de estos apuntes los refiere, citaremos aquí sobre este hecho sus mismas palabras: *hubo algunos (dice) que despues de muertos y desnudos en carnes los hombres en el suelo, los abrian por los estómagos, y aun yo vi uno, que le sacaron las tripas por el estómagó.... etc.*

cuasi todos deformes y destrozados por los perros que se habian cebado en ellos, y por las heridas y sangre, estaban tendidos por las calles en las que tambien habia muchos caballos muertos, en términos que no se podía andar por ellas, y se mandó que los arrastrasen al medio para dejar el paso libre. Por todas partes se veian puertas y ventanas rotas y desquiciadas, muebles destrozados, montones de ruinas causadas por la artilleria en el incendio y nubes de menudas plumas, pues en aquel pais todos los colchones, aun de la gente plebeya eran de esta materia, y los soldados los habian deshecho para aprovechar las telas. Todavía los insaciables soldados se afanaban en cavar las bodegas y cuadras, revolver las ruinas y derribar tabiques buscando algo de que

apoderarse; pero desgraciadamente lo que mas encontraban eran cadáveres de los infelices que se habian refugiado á los subterráneos y allí habian perecido sofocados por el humo, ó sepultados entre las ruinas. Tambien se encontraron hechos carbon los restos de algunos de sus imprudentes compañeros, á quien la ambicion de saquear habia hecho morir quemados.

Faltaba todavía otra escena terrible, y que el corazon se siente lastimado solo al tener que referirla. Habia mandado Felipe II que en aquella tarde fuesen conducidos al primer lugar de Francia todas las mugeres y niños que se hubiesen salvado. A las dos de la tarde comenzaron á salir de la Iglesia mayor sobre tres mil quinientas mugeres, y un gran número de niños, la mayor



parte de dos á seis años. Estas inocentes criaturas pálidas, desencajadas por el terror, el hambre y los padecimientos, á la vista de los soldados lloraban amargamente, y se agarraban de sus afligidas madres. Estas medio desnudas, algunas con sus niños de pecho en los brazos, muchísimas mutiladas y heridas, y no habiéndolas curado ni suministrado auxilio alguno, hinchadas y deformes, dando gritos lastimeros á vista de la pérdida de cuanto poco antes poseian, desgarraban las entrañas mas insensibles. Cada paso que daban era para ellas un nuevo martirio, un nuevo motivo de sentimiento y dolor. Como los cadáveres estaban en medio de las calles que tenian que atravesar, á cada paso encontraban con el cadáver de su padre, hermano ó esposo, lleno de cuchilladas, horrible con la sangre y el polvo, y medio destrozado por

los perros. Aquí reconocian sus muebles destrozados, allí su casa destruida ó quemada, y todo esto producía escenas tan tristes, era tal el llanto, la afliccion y el martirio que aquellas mugeres sufrían, tales los gritos y exclamaciones en que prorrumpían, que hacían verter abundantes lágrimas, aun á los fieros soldados que las custodiaban, y que habian causado aquellos males.

Pero separémonos de una escena tan horrible, y que mas bien es para sentida que para descrita. Concluamos ya la narracion de tantos horrores, para seguir el curso de los sucesos de tan memorable campaña. Para que los soldados herrueruelos alemanes no maltrases mas á aquellas infelices mugeres, fué necesario conducir las hasta el campamento en medio de un fuerte destacamento de arcabuceros españoles. Allí el Rey mandó proporcionar

carros en que fuesen conducidas las monjas y algunas damas de distincion, y los niños que por su corta edad no podian caminar mucho rato, siguiéndolos á pié las demas infelices que no alcanzaron esta pequeña gracia. El destacamento las acompañó hasta dejarlas en la Fera, lugar distante cinco leguas de San Quintin.

Concluida esta operacion, mandó Felipe II que fuesen á reforzar las tropas que sitiaban á Chatelete diez piezas de artilleria, que salieron al momento para dicho punto, y luego entró y recorrió detenidamente toda la ciudad, para ver el mejor modo de ponerla pronto en estado de defensa, caso que el Rey de Francia, de quien se tenia noticia hacia grandes llamamientos de gentes, y levantaba tropas en todas partes, pensase en venir á socorrerla. La artilleria que habia servido para batir las plaza fué colocada por todo el rededor de ella, y se mandaron talar todas las frondosas huertas y arboledas, que circulan la ciudad, sin que quedase en pié ni un solo árbol. Tambien se comenzaron á destruir las baterias, y rellenar las trincheras, de modo que toda la campaña quedó rasa y despejada.

Doce banderas de españoles y nueve de borgoñones guarnecian la ciudad el día 30, y las demas tropas á quienes ya se habia logrado volver al orden, estaban en el campamento. Se mandó trasladar á la ciudad el hospital que estaba junto á la fuente, pero era tanto lo que habian destrozado en el saqueo, que apenas se encontraba donde establecerlo. Se eligió por fin un convento de San Francisco, pero no se encontró en el caso de que pudiese aprovecharse, porque hasta las paredes interiores estaban en gran parte destruidas. Esto fué causa de que los heridos, que eran muchísimos, y los enfermos que se multiplicaban diariamente con motivo de las muchas humedades del pais, de los trabajos del sitio, y de la corrupcion de tanto cuerpo muerto, pasasen grandísimos trabajos teniendo la mayor parte que estar tendidos en el suelo, sin camas ni ropas, y aun con escasos alimentos y medicinas, porque nada habia quedado en aquella desgraciada ciudad.

Aunque Felipe II para difundir el terror por toda Francia y encontrar menos resistencia en los demas puntos que atacase, habia mandado que no se enterrase ningun cadáver, se convenció de que no era ya posible continuar tan repugnante é insalubre medida. Calcúlese cual seria la fetidez que habria en la ciudad y en el campamento, estando las calles y el foso llenos de cadáveres insepultos y corrompidos, y uniéndose é este las inmundicias de mas de cien mil personas y cerca de ochenta mil, entre caballos y acémilas de todas clases. En todas partes se respiraba un aire corrompido, y el hedor era intolerable. Se vió pues en la necesidad de mandar que se sacasen y enterrasen los cuerpos que habia por las calles, pero era ya tal el estado de lividez y corrupcion en que se encontraban, que nadie se atrevia á acercarse á ellos para moverlos. El 31 se continuó esta operacion, pero muy lentamente á causa del asco que producía, y con los caballos sacaban arrastrando los cuerpos de hombres y animales, echándolos en unos hoyos que se habian abierto al intento. Tambien este día fueron doscientos

gastadores á limpiar la Iglesia Catedral, cuyo pavimento, que era de finísimos mármoles blancos y negros formando preciosos dibujos, estaba tan lleno de inmundicias de tantas mugeres como allí habian estado encerradas, que aunque la iglesia era muy grande y su bóveda elevadísima, era tal el mal olor que no se podia entrar en ella sin peligro. Antes del asalto contenia muchas alhajas y preciosidades, pero ahora no quedaban mas que las paredes.

En los depósitos de municiones se encontraron quinientos quintales de pólvora, pues aunque el Almirante habia dado orden anteriormente, para que en el momento en que se supiese que la ciudad habia sido entrada volasen los almacenes, con la turbacion y el temor que produjo la entrada de los enemigos, nadie se cuidó de cumplirla. En los parques, en la muralla y en otros puntos de la ciudad se encontraron hasta cincuenta muy buenas piezas de artilleria de batir, gran cantidad de balas, y muchos instrumentos de guerra, y ademas seis mil fanegas de trigo.

En las bodegas de los particulares habia grandísima cantidad de vino tinto y blanco de muy buena calidad, y por lo que se encontró en todas las casas se inferia, que habian tenido viveros abundantes, y que aquella fuerte y hermosa ciudad, sucumbió solo por el escaso é insuficiente número de sus defensores. Despues se averiguó con exactitud, que el Almirante no habia tenido dentro mas tropa que doscientos hombres de armas, cuatrocientos soldados, incluso los que se habian introducido en la plaza despues de formalizado el sitio; doscientos hombres que se habian podido reunir de los de la ciudad, y como unos quinientos caballos pertenecientes á las compañías del Delfín, del Condestable y otras dos. Los demas eran gente del pueblo mal armada y sin ninguna instruccion. De estos cuasi nadie se habia salvado, si se esceptúa el Almirante, el hijo del Condestable, Mr. de Andalot, y algunos clérigos y frailes, que los soldados habian perdonado por su codicia de un cuantioso rescate; en fin, el 31 de Agosto no quedaba dentro de los muros de San Quintin, ni una sola persona de cuantas antes la habian habitado, todas habian muerto, ó estaban desterradas de su patria.

ARTICULO IV.

Algun trabajo costó restablecer completamente el orden en las tropas, acostumbradas á robar y matar á su antojo; pero al fin se logró, y entonces comenzaron á sentirse las consecuencias de la fetidez y corrupcion que exalaba tanto cuerpo muerto é insepulto, lo cual produjo enfermedades y calenturas malignas, que costaron la vida á muchos; y las de la destruccion, porque comenzaron á faltar viveres en la ciudad y en el campamento. A esto último contribuyó mucho, el que los carros de los regatones, con el ansia de comprar y llevar del despojo lo mas que pudiesen, no habian querido ir por viveres, hasta que hecho su negocio, y cargados sus carros de ropas, muebles y alhajas compradas á muy bajo precio, volvieron á Flandes para continuar su tráfico. To-

mó el Rey medidas muy enérgicas sobre uno y otro, aunque su efecto fué lento, y después trató de quedar en lo posible desembarazado para continuar la campaña.

En el mismo día (31 de Agosto), mandó que dos compañías de arcabuceros á caballo condujesen al Almirante y al hijo del Condestable á Cambray, para que desde allí fuesen llevados á Malinas ó á Esclusa. El Almirante iba muy pensativo y acogojado; durante su prision en el campamento habia hablado muy pocas palabras, y se conocia que sufría mucho interiormente, viendo los males que habian destruido á San Quintin. Cuando la conduccion á su destino, al pasar por junto á las tiendas del Rey le dió gana de estornudar, y diciéndole un soldado de los que le conducian: *Dios ayude á V. S.*, contestó: *de otro modo que hasta aqui.*

Todavía el primero de Setiembre se continuaba la operacion de sacar los cadáveres y desembarazar las calles, y en unas bóvedas ó bodegas subterráneas, debajo de las casas incendiadas, se encontró mucha gente muerta de los que allí se habian refugiado. En el mismo día se publicó un bando á nombre del Rey, en el que bajo pena de la vida se mandaba á todos los soldados que presentasen todos los prisioneros que tuviesen en su poder, y se formase de ellos un registro ante Eraso, Secretario de S. M. obligándose el Rey á satisfacer la talla ó rescate en que hubiesen convenido. Presentaron una infinidad de ellos, cogidos unos en la batalla contra el Condestable, otros durante el sitio y algunos pocos á quienes habian perdonado la vida en el asalto; por ser personas de arraigo y haber ofrecido cuantiosos rescates. El Rey mandó al instante que con la suficiente escolta fuesen conducidos á Gante, Lila y otros puntos de Flandes, y algunos pocos quedaron presos en la ciudad.

En la tienda Real se habia formado un altar con la mayor decencia y lujo posible, donde todos los dias se decian misas, que oía el Rey con mucha devocion. A un lado de este altar estaba colocado el cuerpo de San Quintin, y al otro las cabezas de San Gregorio y San Andrés y otras muchas reliquias recogidas en las iglesias. Estaban colocadas en unos cofres cubiertos con paños de seda carmesí.

Todo el cuidado de los dias siguientes se puso en ver el modo mas fácil y breve de fortificar á San Quintin, sobre lo cual se habian emitido diversos pareceres, y los ingenieros habian presentado sus planes al efecto. Unos, querian cortar la ciudad y fortificar solo dos terceras partes de ella: otros, que en lo que habia derribado la artillería se formasen caballeros (1) que se mirasen unos á otros, en lugar de levantar la muralla caída; y otros, en fin, que atendiendo á lo que podia perjudicar la dilacion, no solo por la posibilidad de que viniese el enemigo, sino tambien porque si comenzaban las aguas de otoño, seria imposible hacer nada en un pais tan húmedo y pantanoso, eran de opinion que se repusiesen las brechas con fagina

y tierra. Felipe II despues de haberlo visto y enterado por si mismo, y oido el parecer de su consejo de guerra, adoptó este último medio; y en 5 de Setiembre dió orden á su Alcalde de Corte D. Francisco de Castilla, para que se encargase del cuidado de esta comision, y dispusiese, que todos los carros, así de los caballeros como de la gente de guerra y particulares, con todas las acémilas que se encontrasen fuesen á traer fagina. Al mismo tiempo fué enviado número suficiente de gastadores que la cortasen en un bosque que habia como á legua y media de distancia. La operacion se hacia con tanta actividad y presteza, que ya en el mismo dia 5 se trajeron junto á la muralla mas de mil quinientos carros de fagina, y entre tanto los demas gastadores sacaban piedras y escombros del foso, y las metian á la parte de dentro para ir las colocando entre la fagina, y volver á formar la muralla. Esto se creia tanto mas urgente en razon de que un espia venido de Guisa dió aviso, de que en aquella ciudad habia tanta gente de guerra, que no se podia andar por las calles, y que el Rey de Francia habia vuelto á París para hacer nuevos llamamientos, y levantar nuevas tropas.

Aunque ocupado en la fortificacion de San Quintin, y en el despacho de los negocios de su vasta monarquia no descuidaba Felipe II el atender á la continuacion de la campaña comenzada bajo tan buenos auspicios. Ya dijimos como desde el 13 de Agosto se hallaba sobre el castillo de Chatelete el Conde de Arenbergue con diez mil infantes, mil quinientos caballos y veinte piezas de artillería. Apenas quedó desocupada la que habia obrado contra San Quintin, envió al Conde las treinta piezas de batir mas gruesas para reforzar su campo, y orden para que tomase el castillo lo mas pronto posible.

Chatelete, como hemos dicho, está situado á un lado del camino de Flandes entre Cambray y San Quintin, en una campaña rasa en la que se elevan algunos pequeños montecillos. Su figura es un cuadrado perfecto, cuyas fachadas tienen de esquina á esquina mas de ciento diez pasos, y en cada uno de los ángulos un caballero en redondo muy elevado. Tanto estos como la muralla estan contruidos de ladrillo en la parte exterior, y lo demas de terraplen, pero tan ancho que pueden andar por él tres carros á la par. Detrás de este terraplen, y como seis pasos apartado de la muralla se levanta un parapeto hecho de tierra y céspedes, mucho mas elevado que el muro, de modo que situados en él los arcabuceros y artillería pueden tirar por encima de la muralla, sin ser ofendidos por los de fuera. La muralla tiene por todo el rededor mas de ciento veinte pies de altura, y la guarnece un foso ancho y seco, sobre el cual hay un puente levadizo en una sola puerta que el castillo tiene á la parte de levante. Por la parte del Norte está defendido ademas por dos lagunas, que se forman de unas fuentes que nacen dentro del foso, y entre ellas tenia un arrabal con una sola calle formada por dos hileras de casas que se miraban de frente, y que serian en todas unas sesenta. En el centro del castillo se forma una gran plaza, diez y ocho pies mas honda que el terraplen, de modo que trece casas que hay en ella, las once cubiertas de paja, y sirven de cuarteles, y las otras dos que son muy buenos edificios,

(1) Llamam caballeros á una especie de fuertes que se levantan sobre el terraplen de la plaza, de mucha altura, largos de 80 ó 90 pies, y anchos de 30 ó 40, ceñidos de un parapeto menor por la parte que mira á la ciudad, para que en caso de ganarle el enemigo quede descubierto para ofenderle. *Diccionario de la Academia.*

el uno la iglesia, y el otro el almacén ó depósito de municiones, no pueden ser ofendidos desde fuera.

Hasta el 1.º de Setiembre el Conde de Arenbergue se había limitado á tener el castillo en un estrecho bloqueo, para impedir que recibiese víveres ni socorros, y á algunos preparativos para formalizar el sitio; pero luego que recibió la orden terminante del Rey y el refuerzo de las piezas de batir, comenzó á tomar todas las medidas necesarias para un asalto. En el mismo día (1.º de Setiembre) mandó acometer el arrabal situado entre las dos lagunas, que fué tomado por los nuestros sin gran resistencia, y al momento lo incendiaron y se volvieron al campamento, que estaba como á dos tiros de arcabuz distantes del castillo, al amparo de unos pequeños valles. Al día siguiente se colocaron á la parte de mediodía, en un ribazo, desde donde se alcanzaban á ver un poco las puntas de las casas del castillo, siete piezas de batir; y á la parte de poniente se arrimaron las trincheras, hasta estar á tiro de cañón de la muralla; y amparados de ellas formaron con cestones una larga batería, en la que se colocaron veinte y ocho piezas gruesas de batir, limitándose aquel día á disparar algunos tiros con ellas para ensayar su efecto, y contestar á los del castillo, que con su artillería se esforzaban para impedir que se plantasen las baterías, y mataron cincuenta artilleros y gastadores de los que se ocupaban en esta operacion.

El 3 de Setiembre por la mañana nuestra artillería rompió el fuego desde ambas baterías, la una contra las casas, en que hacia muy poco efecto, y la otra contra la muralla. Los del castillo contestaban con la suya causando algunos muertos á los sitiadores que tenían muy pocas defensas. Todo el día 4 se continuó el fuego por una y otra parte, y el 5 ya nuestra batería había derribado mas de treinta pasos de la parte exterior de la muralla, esto es, toda la capa de ladrillo, y seguía disparando contra el terraplen, pero hacia en él muy poco daño. A fuerza de un fuego tan fuerte y sostenido lograron que hiciese algun sentimiento el terraplen, en el que se hizo una hendidura de mas de un paso de ancho, lo cual hizo temer á los franceses que se hundiría por allí, y dejaría brecha bastante para que el enemigo pudiese asaltar.

Con este motivo se observó algun alboroto, y se notó algun movimiento y agitacion en los del castillo, que hizo sospechar á los del campo, que algunos querrian rendirse, cuyas sospechas confirmaron á poco dos hombres que lograron descogarse por la muralla. Sabido esto por el Conde de Arenbergue á las doce del día envió un trompeta al castillo, para que les dijese á los sitiados; *que si se rendían, les dejaria salir libres, mas que si esperaban el asalto, serian todos degollados sin escepcion de clases ni personas.* El mismo Gobernador del castillo, que era el baron de Salignac salió á hablar al trompeta, á quien en presencia de otros franceses contestó: *decid al Conde que recibo y tengo en merced lo que me manda decir, pero que aun no estamos tan apurados que hayamos de rendirnos, y si lo hicieramos él mismo nos tendria en poco.* Tan cortés y comedida respuesta dió esperanzas de que no tardarian en rendirse, y en consecuencia mandó el Conde que la artillería batiese con toda la furia posi-

ble, para mas pronto reducirlos á la precision de hacerlo. Toda la tarde continuó un fuego vivísimo por una y otra parte, hasta que á las siete un trompeta tocó desde lo alto de la muralla, haciendo señal de querer entrar en contestaciones. El Conde mandó suspender el fuego y contestarle que serian oídos; con lo cual á poco rato salió el trompeta proponiendo al Conde de parte del Gobernador y demas del castillo el entrar en algun ajuste honroso. El conde accedió invitándoles á que saliesen á tratar alcampamento. Volvió el trompeta exigiendo rehenes para seguridad de los que saliesen, y envió cinco ó seis principales tudescos, que ya de noche, aunque con bastante luna fueron á la puerta del castillo, y al mismo tiempo que ellos entraron, salieron hasta diez y seis franceses, entre los cuales iba el mismo Gobernador. Presentados en la tienda del Conde este los recibió con mucha amabilidad y debatieron largamente las condiciones bajo las cuales debían entregarse, en lo que se empleó hasta la media noche, hora en que se firmaron las condiciones siguientes (1).

Capitulaciones entre el Conde de Arenbergue y el Gobernador de Chatelete
Mr. el Baron de Salignac para la entrega de dicho castillo.

«Primeramente el Gobernador entregará en manos del Conde de Arenbergue, como jefe de este ejército en nombre del Rey, el dicho castillo de Chatelete con la artillería, municiones, pólvora, balas y otros pertrechos de guerra que se hallen en él, como tambien los víveres, á saber: granos, vinos, carnes, sal y otras provisiones semejantes.

»En cuanto á las banderas el dicho Conde de Arenbergue accede á que se saquen tres, á su eleccion, y la corneta del dicho Gobernador.

»A la persona del dicho Gobernador, su teniente, que llevará una bandera, y á los demas oficiales y soldados se les permitirá salir libres con sus armas y equipajes, las banderas y cornetas plegadas, como tambien á los enfermos y heridos, y á estos se les promete hacerlos conducir á lugar salvo, proporcionando carros ó carretas que los conduzcan.

»Todo lo arriba escrito prometo yo al dicho Gobernador, por parte del Rey, bajo la fé de caballero y de hombre de bien: en testimonio de lo cual he puesto mi nombre firmado.—Manuel.—El 6 de Setiembre de 1557.—Mas abajo firmado—Salignac.»

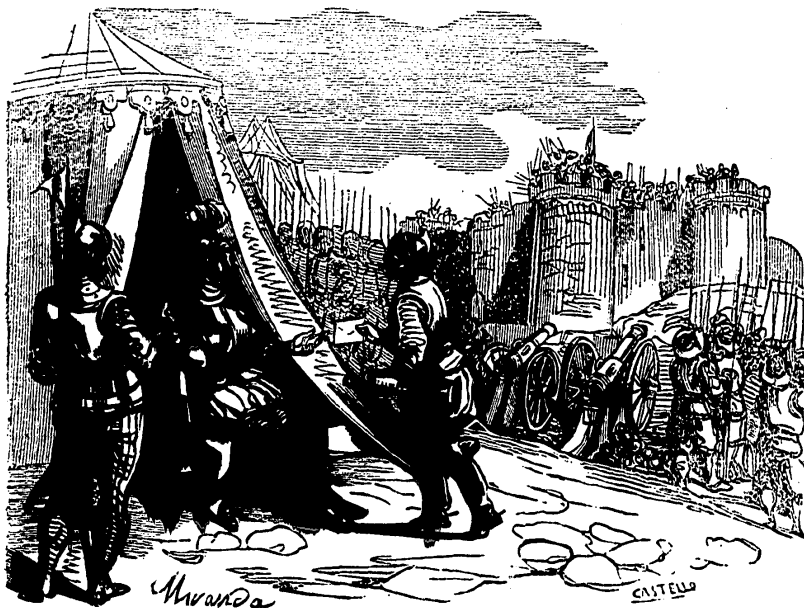
Firmadas por ambas partes las condiciones que anteceden, al momento entraron en el castillo los tudescos, que se creyó bastarian á guarnecerlo, y á todos los franceses rendidos se les mandó que se reuniesen en la plaza del castillo y permaneciesen allí hasta dar aviso al Rey y recibir sus órdenes.

El Conde despachó al momento un correo con la noticia de la entrega del castillo, y el pliego de capitulaciones, que llegó á San Quintín antes de amanecer. Despertaron á Felipe II y al momento mandó llamar al Duque de Saboya, á quien dió sus instrucciones y orden de

(1) Estas capitulaciones estan traducidas de una copia de ellas manuscrita en lengua francesa que tenemos á la vista.

que fuese luego á Chatelete. A las siete de la mañana ya estaba en marcha el Duque de Saboya, acompañado de D. Juan Manrique de Lara, el Príncipe de Aseuli, el de Salmona, D. Juan Pimentel, D. Pedro Manuel, D. Diego de Acuña y otros caballeros. Llegó al castillo á las diez de la mañana, y mandó formar la tropa en dos hileras, que comenzaban en los extremos del puente levadizo, y por entre ellas sa-

lieron los franceses en el siguiente orden. Delante iban seis carros cargados de camas y ropas, y en ellos algunas mugeres, y los enfermos y heridos. Seguian doscientos arcabuceros, y en pos de ellos venian dos banderas plegadas alrededor de las astas, y los tambores con sus cajas puestas á la espalda. Venian los últimos cien coseletes con picas, y veinte y cinco hombres de armas, y entre ellos el Gobernador y cinco mas á caballo. Compo-



nian entre todos un total de trescientos veinte y cinco hombres (sin los de los carros) muy buena gente, al parecer, y todos juntos se dirigieron por el camino de Perona.

El Duque de Saboya reconoció detenidamente todo el castillo por fuera y por dentro, y tanto él como todos los demas se admiraron, de que tan pronto se hubiese entregado una fortaleza que tenia tantos medios de resistencia; pues ademas de lo que queda dicho de su posicion y fortaleza, está todo el contraminado mas hondo de lo que los enemigos pudieran minarle, de modo que por debajo se puede andar todo el castillo alrededor por unas magnificas y bien construidas bóvedas de ladrillo, obra verdaderamente grande y costosísima. Se encontraron dentro del castillo tres mil balas para la artillería, doscientos cincuenta quintales de pólvora; un gran almacén de picas, hachas, azadones, palas y mucha leña; tres molinos de mano, y alguna harina; dos muy buenas culebrinas, quince piezas de artillería de campaña y un cañón de batir. Despues de tomadas las disposiciones convenientes para la seguridad y defensa de este

castillo, y dejada suficiente guarnicion de tudescos, el Duque de Saboya regresó con las demas tropas al campamento de San Quintín.

Continuaban entre tanto en dicha plaza las fortificaciones con tan extraordinaria actividad, que habiendo mandado el Rey que todos los soldados y los criados de los caballeros de su corte acudiesen á sacar piedra del foso, para colocarla en los nuevos reparos, no solo acudieron todos sin faltar uno, sino que tambien los mismos caballeros se presentaron á desempeñar este penoso trabajo sin distincion ninguna, y aun al mismo Obispo de Arras se le vió en el foso ayudando á sacar piedra. A medida que se iba trabajando, Felipe II que todo lo inspeccionaba conoció que la fagina que podia traerse, aun talando enteramente el bosque, no bastaría á reponer del todo la muralla, y entonces mandó hacer dos caballeros de fagina y tierra, el uno donde habia estado la batería de Cáceres, que era un punto elevado desde donde se dominaba toda la muralla, y el otro en el arrabal. En estos caballeros y en todas las brechas se fué colocando la artillería, se repararon en lo posible los muros, y la plaza que-

dó en disposicion de poder hacer una razonable defensa, aunque fuese acometida por tropas numerosas.

El día 7 de Setiembre se publicó un bando á nombre del Rey, mandando, que bajo pena de la vida las tropas de todas armas estuviesen prontas á marchar al día siguiente, y que todos los que se hallasen vendiendo víveres siguiesen al ejército, sin quedar ninguno en el campamento, ni junto á las tiendas de la corte.

Al siguiente día (8 de Setiembre) al amanecer, el Duque de Saboya partió del campo de San Quintin con el grueso del ejército en direccion del castillo de Han, que está á la parte de poniente hácia lo interior de Francia y á cuatro leguas de San Quintin, adonde llegó aquella misma noche comenzando sin detencion los preparativos de sitio. Felipe II encargó el gobierno y defensa de la plaza de San Quintin al Conde de Herbstein, Coronel de alemanes, y quedaron con él su regimiento, que constaba de cuatro mil hombres, con trescientos caballos, un estandarte de caballos de las bandas de Flandes con el Capitan Bolivar, y dos compañías de infantería española á cargo de los capitanes Julian Romero y Hoyos para la defensa del arrabal, y al día siguiente (9 de Setiembre) levantó el campo con las pocas tropas que para la defensa de su persona habian quedado y fué á unirse al grueso del ejército. Estableció su alojamiento en una casa que habia junto á una ermita entre San Quintin y Han, pero que no distaba de este último punto mas que un tiro largo de cañon.

Han era uno de los mas hermosos pueblos de la provincia de Picardía. Tenia unos dos mil vecinos, y estaba situado en una hermosísima llanura, mas fértil aún y cultivada que la de San Quintin. Las aguas del rio Somma, utilizadas con mucho ingenio, entraban en diferentes y anchas acequias que serpenteaban por toda aquella amena campiña, dando abundante riego á las muchísimas huertas y jardines que tenia, no solo en sus inmediaciones, sino aun dentro de la villa. El rio la cerca por la parte de mediodia, poniente y septentrion, y sus aguas forman por las tres partes dichas unos amarjales de mas de quinientos pasos de ancho. A la parte de levante tiene un fuerte y bien construido castillo pegado al muro de la villa, en cuyos ángulos hay unos torreones de piedra cuadrados, y de piedra son tambien las cortinas de la muralla, que se estienden de un torreón á otro en distancia de cien pasos, teniendo cerca de cien pasos de altura, y reforzadas por la parte de adentro con un terraplen de diez pasos de espesor. Por la parte exterior tiene un foso lleno de agua de unos veinte pies de ancho. Ademas la villa toda estaba cercada de un muro de ladrillo reforzado con un terraplen de seis pies de ancho.

Luego que llegó á él el Duque de Saboya sentó su campamento á la parte de levante, y repartió sus tropas por todo el rededor de la villa á alguna distancia de los amarjales para impedir que la viniesen socorros. Mandó algunos arcabuceros con objeto de hacer un reconocimiento en el arrabal, y los franceses lo abandonaron con poca resistencia. A media noche se comenzaron á formar las trincheras por la misma parte que podian hacerse,

que era por la de levante, y amparado por la oscuridad de la noche, con cestones y tierra lograron formar una batería, que no distaba del castillo mas de treinta y cinco pasos. Se colocaron en ella doce piezas de artillería, de cuya custodia se encargó el Maestre de campo Navarrete con su tercio de españoles. Aunque los enemigos hacian algun fuego contra los que se ocupaban en estos trabajos, era con flojedad, lo cual hizo sospechar á los sitiadores, que ó era por falta de pólvora, ó por temor de irritarlo demasiado, amedrentados con el terrible ejemplo de San Quintin.

Al día siguiente á poco tiempo de haber llegado Felipe II con el resto del ejército al campamento, los sitiados (cumpliendo con las órdenes que tenian de su soberano) incendiaron el pueblo, del cual no solo habian ya con anticipacion sacado todos los efectos, sino que tambien todos los habitantes se habian retirado al interior de Francia. En este incendio sucedió una cosa notable, que los sitiadores tuvieron, con razon, por un singular milagro. Una de las entradas de la Iglesia Catedral (notable por su mucha antigüedad) estaba dividida por una columna, á cuyos lados se formaban dos grandes puertas, y en el centro sobre la misma columna un retablo, donde estaba colocada una imagen de la Santísima Virgen con el niño Jesus en sus brazos. Era de madera, del tamaño natural, y estaba vestida de una tela finísima de seda blanca, pero su escultura era tan acabada, que ponía devocion en cuantos la miraban, y los franceses la tenian por muy milagrosa, y en mucha veneracion y estima. Al retirarse incendiaron la iglesia interior y esteriormente, y cuando se tomó la villa, notaron con admiracion que las puertas, un cepo de madera que habia debajo del retablo para echar las limosnas, y cuanto del retablo podía quemarse, todo estaba en el suelo hecho pavesas, sin que la imagen hubiese recibido la mas leve lesion ni aun en los vestidos; solo en el rostro y frente de la Virgen se notaron unas pequeñas señales, como ampollas levantadas por el fuego, pero cuasi imperceptibles. Esto hizo que los soldados mirasen aquella imagen con muchísima devocion, viéndola conservada tan milagrosamente.

Gran lástima causaba ver cómo se convertia en cenizas una tan hermosa poblacion, de la cual no quedó mas que una sola casa. Se dió orden á Navarrete, para que á proporcion que el fuego lo permitiese, se fuese situando en la poblacion y arrojando las trincheras al muro, al amparo de las paredes que hubiesen quedado en pie. Entre tanto Felipe II mandó intimar la rendicion á los del castillo, previéndoles, que si no se entregaban, serian degollados sin compasion, pero los sitiados ni aun quisieron dar oidos al trompeta. En consecuencia de esto se dispuso reforzar las baterías, y apretar á los del castillo por todos los medios posibles. El Duque de Saboya dispuso, que durante aquella noche se plantasen veinte y cuatro piezas de batir ademas de las que habia. Mientras una parte de las tropas se ocupaba de dar cumplimiento á esta orden, los intrépidos españoles del tercio de Navarrete habian emprendido una operacion importante y arriesgada, cual era sangrar el foso. Para esto

habían buscado la parte mas baja del terreno , que era hacia el poniente , y ya tenían muy adelantada la operacion , cuando encontraron con un enorme peñasco , pero tanto insistieron y trabajaron , que al fin rompieron la Peña , y el foso quedó en aquella noche enteramente desaguado.

Al amanecer del dia 10 de Setiembre, las treinta y seis piezas de batir , situadas á la parte de levante , rompieron el fuego contra uno de los torreones y parte de la cortina. No era mucho el efecto que causaba al principio en las piedras de la muralla , pero en fuerza de no haber cesado ni un solo momento en todo el dia ni en toda la noche , ya al amanecer del dia 11 el torreón estaba próximo á caer , y los escombros y piedras desprendidos de la muralla obstruían el foso , de modo que desplomado el torreón , quedaba ya la brecha practicable para el asalto. Aterrados los de dentro con la reciente memoria de lo ocurrido en San Quintín , y viendo que dado el asalto, les era imposible resistir á tan poderoso ejército , comenzaron á dar grandes voces desde el castillo , y un trompeta á tocar desde una de las troneras mas elevadas , moviendo al mismo tiempo una bandera encarnada , en señal de que querían rendirse. El Duque entonces lejos de escucharlos , mandó que la artillería tirase con mas fuerza y mas aprisa que antes.

Dos horas mas habian pasado y los sitiados , que tan cercana é inevitable veían ya su muerte , redoblaban sus instancias para que los oyesen. Volvió á tocar el trompeta , por una y otra parte se repitieron y multiplicaron las voces desde el castillo ; pero nadie los hubiera escuchado , si Navarrete , que se hallaba por la parte de poniente cerca del foso , no hubiese enviado dos de sus soldados á que les preguntasen que querían. Contestaron que rendirse bajo algunas condiciones , y habiéndoles contestado el Maestre de campo , que él no podía tratar , pero que lo haria presente al general en jefe , partió en busca del Duque de Saboya. Mandó éste entonces suspender el fuego y les contestó por medio de Navarrete , que no se les admitiria condicion ninguna sino entregarse á merced de S. M. Sabido por los del castillo , suplicaron se les permitiese salir á dos de ellos para hablar al Duque. Otorgóseles la peticion , y Navarrete envió dos de los suyos en rehenes para seguridad de los que salieron. Sus ruegos y súplicas nada pudieron alcanzar del Duque , y viendo que no tenían otro remedio se rindieron , sin mas condicion que salvar las vidas.

A las nueve de la mañana se anunció la rendicion del castillo , y al momento entraron las tropas de Felipe II á ocuparlo , saliendo luego los franceses , que serian entre todos como unos mil doscientos hombres , los mil de guerra , entre los que habia cuatrocientos gastadores , los restantes paisanos y labradores de la villa. A todos los envió el Rey sentenciados á servirle en las galeras de España , y al Gobernador del castillo , que lo era el Vizconde de Despoir , lo envió preso á Valenciennes , donde se apoderó de él tal tristeza y abatimiento , que enfermó gravemente , y negándose despues á tomar toda clase de alimentos y medicinas , murió á muy poco tiempo. También fué detenido como prisionero de guerra un hermano

de Madama Tampus , á quien el Rey de Francia habia enviado á Ham , para que ayudase al Gobernador en la defensa de dicho punto. Se hallaron dentro del castillo veinte y ocho barriles de pólvora , muchas balas de diferentes tamaños de hierro y piedra , cuatro solas piezas de artillería ya vieja , algunos mosquetes y cuatro mil fanegas de trigo.

Segun lo que Felipe II se habia propuesto de no dejar abandonada ni sin la competente defensa , ninguna de las fortalezas que tomaba , se procedió sin pérdida alguna de tiempo á la reparacion del castillo de Ham. Se formaron alrededor tres fuertes caballeros , el uno en el punto por donde los españoles sangraron el foso , para impedir que en caso de ser atacado por los franceses pudieran sangrarle ; otro á la parte de poniente , dentro de la misma villa , y el tercero al levante , en el mismo sitio donde habia estado puesta la batería que obró contra la plaza. En todos tres , como se habia hecho en San Quintín , trabajaban todos á competencia , hasta los mismos señores , aunque despues los concluyeron los tudescos , ajustándolo á destajo.

Entre tanto no permanecia ociosa una parte del ejército , que andaba corriendo y talando las tierras inmediatas , y proveyéndose de viveres y forraje. El mismo dia 11 el Conde de Xuacemburg salió con trescientos caballos herrífuels á escoltar los carros que iban por forraje y á correr el campo. Se acercó á un pueblo de quinientos vecinos , situado en la ribera del Oisa , llamado Chauni , y sabiendo que en el pueblo habia unos dos mil franceses , envió un trompeta diciéndoles , que si en el término de media hora no se rendían , caerían en manos de todo el ejército que venia sobre ellos y serian todos ahorcados. Los franceses no quisieron esperar y huyeron por la parte opuesta , cortando despues de pasar un puente que habia sobre el rio , y abandonando en el pueblo siete piezas de artillería muy buenas. Avisado S. M. de este nuevo triunfo , é informado de lo muy importante de aquel punto , mandó que fuesen á guarnecerle tres banderas de españoles y un regimiento de alemanes.

En 23 de Setiembre , un cuerpo de caballería que recorria el campo , se internó tambien en el territorio francés , como unas cuatro leguas hacia el mediodia , y llegó á la vista de Noyon , ciudad de unos tres mil vecinos , cabeza de obispado y muy rica. El terror que esparcia la aproximacion del enemigo era tal , que todos los habitantes habian huido , abandonando enteramente la ciudad. Entró en ella nuestra caballería y la saqueó , aunque encontraron muy pocos efectos , porque ya todo lo habian retirado al interior de Francia. A los tres dias avisaron al Rey de que dos mil infantes y seiscientos caballos franceses se habian metido en Noyon para fortificarlo , y conociendo que esto podia ser muy dañoso á las plazas nuevamente conquistadas , por estar muy próximo , envió contra ellos al Duque de Saboya , que con seis mil caballos , el tercio de Navarrete y cinco piezas de batir salió á las doce de la noche del campamento. Al amanecer estaba sobre Noyon , pero no encontró ni un solo hombre , porque los soldados , sabedores de la venida del Duque , habian huido. Solo hallaron algunos preparativos para fortificar , y

para que en adelante no pudiesen verificarlo, lo mandó incendiar y no se retiró hasta que no quedó en pie ni una sola casa.

Llegó por estos días al campamento Rui Gomez de Silva, que venía de España conduciendo gran cantidad de dinero y tres mil infantes, y con él algunos otros caballeros que deseaban servir al Rey en aquella guerra. Felipe II aprovechó este dinero para pagar á sus soldados lo que les debía, y para el invierno hizo concierto con la caballería de darles el campo franco y en seis meses cuatro pagas; y á la infantería en ocho meses seis pagas.

En 3 de Octubre doscientos cincuenta caballos herrueros españoles, salieron como de costumbre á escoltar los carros que iban á forrajear, y se internaron tres leguas en el territorio enemigo, cuando de repente vieron venir hácia ellos mil caballos franceses. Si huían su des-

truccion era segura, ó al menos perdian los carros; resolvieron pues hacer frente, y puestos en escuadron enviaron veinte de los mas esforzados para que provocasen al enemigo á escaramuzar, y entre tanto dieron orden á los que conducian los carros, que huyesen á toda prisa. Los franceses, viendo que tan corto número los desafiaba, creyeron que el grueso del ejército ó al menos, fuerzas muy superiores estarían cerca y querian cebarlos con aquellos pocos para luego echarse sobre ellos y destruirlos, y por lo tanto no se atrevieron á acometer. Nuestros herrueros estuvieron largo tiempo provocándolos (tal es el ascendiente que dan las victorias anteriores), y cuando conocieron que ya los carros podían estar en salvo, volvieron de repente grupas y entraron en el real, sin haber perdido ni un hombre.

Después de tan brillante y rápida campaña; después



Retrato de Felipe II.

de victorias tan decisivas, y de haber tomado y fortificado de nuevo plazas tan fuertes é importantes, parecia que Felipe II habia de cumplir lo que su augusto padre el Emperador Carlos V habia preguntado al recibir en el Monasterio de Yuste la noticia y relacion de la toma de San Quintin, esto es, *¿si no estaba ya en Paris el Rey su hijo?*; porque en efecto, todo parecia ya allanado para que el Monarca de España ocupase dentro de muy pocos dias la capital del reino enemigo. El terror se ha-

bia apoderado de la Francia entera, temerosa de ver re-
producidos los horrores de San Quintin; los soldados de Enrique IV huían sin pelear ante las tropas de Felipe, orgullosas con tantos y tan repetidos triunfos; tenia en Picardía tres plazas fuertes y algunos otros puntos puestos en estado de defensa, y tan cerca de París, que podía caer sobre él en menos de dos dias, pues Ham no dista de la capital mas que unas diez y nueve leguas. Se hallaba al frente de un ejército formidable, y que podía

aumentarlo con el ejército de Italia, al mando del Duque de Alba, pues habia ya hecho la paz con el Sumo Pontífice; y tenia al frente generales inteligentes, enérgicos, valerosos y experimentados, capaces de acometer y llevar á cabo cualquiera empresa. Sin embargo, pues, de tan conocidas ventajas, Felipe II se detuvo en el campamento de Ham un mes entero, y viendo que avanzaba mucho el invierno, que se habian declarado en el campo algunas enfermedades, ó tal vez por causas hasta ahora desconocidas, licenció las tropas alemanas, dejó al Duque de Saboya encargado de la conservacion y defensa de las plazas tomadas en Picardía y del mando del ejército, y á los 12 de Octubre volvió á Bruselas acompañado de su corte y de todos los caballeros que le habian servido en aquella campaña. El Duque de Saboya fijó su alojamiento en el castillo de Ham, y en el mismo se hospedó el Maestre de campo Navarrete, y las tropas tuvieron que hacer algunas chozas en la villa, aprovechando las paredes que habia respetado el incendio.

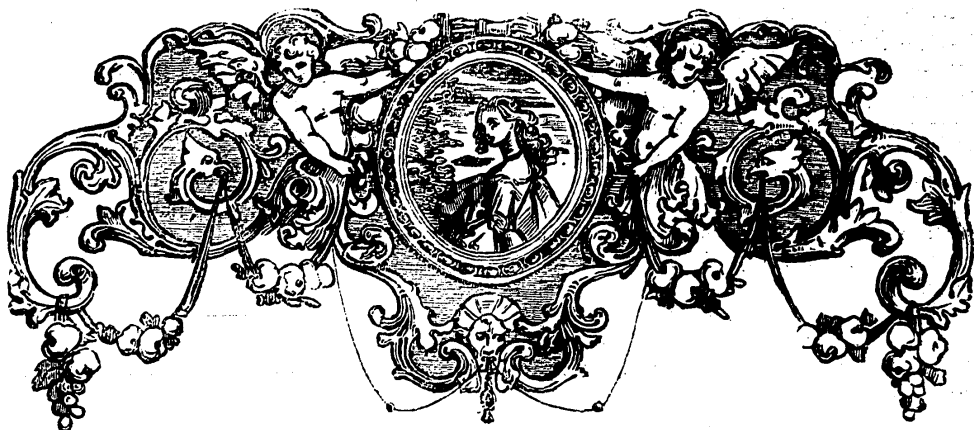
Nombres de los Caballeros que sirvieron y acompañaron al señor D. Felipe II en la jornada de San Quintín.

El Obispo de Arras	}	DEL CONSEJO.
El Conde de Feria		
D. Bernardino de Mendoza.		
D. Antonio de Toledo.		
D. Fernando de Gonzaga.		
D. Juan Manrique de Lara, hermano del Duque de Nájera.		
El Duque de Siesa.		
El Marqués de Aguilar.		
D. César Gonzaga, hijo mayor de D. Fernando.		
El Conde de Olivares, mayordomo.		
El Conde de Fuensalida.		
El Conde de Ribagorza.		
El Marqués de Montemayor.		
El Príncipe de Ascoli.		
El Conde de Chinchon.		
El Marqués del Valle.		
El Príncipe de Salmona, italiano.		
D. Juan, D. Pedro y D. Alonso de Ulloa.		
D. Antonio de Córdoba,		
D. Diego de Córdoba, Teniente de Caballerizo mayor.		

D. Juan Mendoza, Capitan general de las galeras de España.
 D. Juan de Quiñones, hermano del Conde de Luna.
 D. Bernardino de Granada.
 D. Alvaro de Mendoza, castellano de Castilnuovo de Nápoles.
 D. Felipe Manriquez, tio del Duque de Nájera.
 El Baron de la Laguna.
 El Conde de Castellar.
 El Vizconde de Ebola.
 D. Juan Pacheco, hermano del Marqués de Villena.
 D. Francisco de Tovar, que fué General de la Goleta.
 D. Luis Bique.
 D. Gerónimo de Cabanillas.
 D. Pedro de Córdoba, mayordomo.
 D. Juan Mansino.
 D. Francés de Alava.
 D. Alonso Osorio.
 D. Diego de Guzman.
 El Marqués de Irache, italiano.
 D. Juan y D. Diego de Acuña.
 D. Alonso de Aguilar, hermano del Conde de Feria, de la Cámara.
 El Marqués de Cortes, id.
 D. Juan Pimentel, hermano del Conde de Benavente, idem.
 D. Fadrique Henriquez, hermano del Almirante de Castilla, de la boca.
 D. Pedro Manuel, id.
 D. Luis Henriquez, hermano del Marqués de Alcañices, id.
 D. Francisco Manrique, hermano del Conde de Paredes, id.
 D. Luis Mendez de Haro, hermano del Señor del Carpio, id.
 D. Juan de Abalos, hermano del Marqués de Pescara, id.
 D. Luis de Ayala, hermano del Conde de Fuensalida, id.
 D. Gonzalo Chacon, id.
 D. Manuel de Córdoba, hermano del Conde de Bailen, id.
 D. Francisco de Mendoza, hijo del Marqués de Mondéjar, id.
 D. Iñigo de Mendoza, hijo del Duque del Infantado. id.

J. DE QUEVEDO.





COSTUMBRES ESPAÑOLAS DEL SIGLO XVII.

CAPÍTULO II.

LA DAMA.

Amanece para la dama el deseado día de fiesta, para ella verdaderamente de holgar, porque ha de salir á ser vista. Éntrase en el tocador á medio vestir, engólfase en el peinador, pone á su lado derecho la arquilla de los medicamentos de la hermosura y empieza á mejorarse el rostro con ellos. Esta muger no considera que si Dios gustara que fuera como ella se pinta, él la hubiera pintado primero. El demonio suele, cuando quiere engañar una alma, transformarse en ángel de luz: lo mismo hace una muger fea que se aliaña el rostro. Para engañar las almas, hace cuanto puede por transfigurarse en ángel.

Siempre ha parecido en los púlpitos, y en los libros reprensión de poca importancia la de los afeites; pues cierto que no lo es. Naturalmente apetecen los hombres con grande ánsia á las mugeres: uno de los remedios que hay para esto, es que ellas tengan pocos instrumentos de neitar. La fea con los afeites es menos fea, y no sé si diga que hermosa; la hermosa, hermosísima. Vé un hombre una muger en la calle, mas blanca que la nieve, las cejas como de ébano, las mejillas como de rosa, los labios como de coral, y la garganta como de alabastro. Como no la ha visto su cara natural, piensa que es aquella su cara y enamórase de ella. Si este hombre viera en aquella

misma parte en que vé el alabastro, el coral, las rosas, el ébano y la nieve, un pellejo de color de sombra, unos ojos sin cejas, unas mejillas sin sangre, una nariz que berengenea, unos labios blanquecinos, y una garganta que desde lejos parece esclavina, no hay duda que apartara los ojos de aquellos horrores: por el engaño del afeite cayó él en otro engaño: miren si puede mucho el afeite. Diránme ahora que para rehacer el cariño del matrimonio, es de alguna importancia este engaño: pienso que se engañan. El amor entre los casados, bien puede ser que le empiece la hermosura; pero quien le prosigue es la condicion, los hijos, y los buenos oficios. La muger que trata blanda y atentamente á su marido, con cualquiera cara es hermosa. El amor no entiende de caras; la mejor es la querida. Muy inicuo, muy ingrato es menester que sea el hombre que no quiere bien á la muger propia, que cumple con las obligaciones de muger.

En, teniendo el rostro aderezado nuestra dama, parte al aliaño de la cabeza. Péinase, no sin algun trabajo, porque en el cabello crecido es fuerza; y es fuerza en las mugeres el traerle crecido. Recoge parte de él, y deja parte libre, como al uso se le antoja. Pónese luego unas lazadas de cintas de colores, y parece que tiene la cabeza flo-

rida. Esto hecho, se pone el guardainfante. Este es el desatino mas torpe en que el ánsia de parecer bien ha caído. Si una muger tuviese aquella redondez de cuerpo desde la cintura abajo, ¿hubiera quien se atreviera á mirarla? Po-

nerse postizo un ojo, vaya; porque los ojos son hermosura; pero ponerse una hinchazon contrahecha, ¿quién lo puede hacer que no esté fuera de tino?

Echase sobre el guardainfante una pollera con unos



rios de oro por guarnicimoes. Pónse sobre la pollera una basquiña con tanto ruedo, que colgada podía servir de pabellon. Ahuécasela mucho porque haga mas pompa, ó porque coja mucho aire con que hacer su vanidad mayor. Entra luego por detrás en un jubon emballenado, y queda como con un peto fuerte. Este jubon, segun buena razon, habia de rematar en el cuello; mas por el pecho se queda en los pechos, y por la espalda en la mi-

tad de las espaldas. Cierito, que las mugeres que se visten aluso, se visten de manera, que estoy por decir, que anduvieran mas honestas desnudas: no les falta sino quitarse aquella pequeña parte de vestidura, que les tapa el estómago. De los pechos se vé lo que hay en ellos mas bien formado; de las espaldas descubren lo que no afean las costillas; de los brazos, los hombros estan patentes; lo restante en unas mangas abiertas en forma de barco, y

en una camisa que se trasluce. Lo que tiene muy cumplido el jubon, quizá porque no es menester, son los faldones, y tan cumplidos, y tan grandes, que echados hacia la cabeza, pueden servir de mantellinas.

Ahora entra una ropa hecha de líneas casi invisibles. Un triangulito por espalda, una cinta por cola, dos circulitos por brahones, y dos castañas por mangas. ¿De qué sirve esto? Nada de esto sirve, ni de decencia, ni de abrigo. Para no traer ropa, ¿no era mejor no traerla?

Llega la valona cariñana, que es como una muceta, con mas labores, que si fuera labrada en la China. Esta se prende toda alrededor. Corre luego desde la garganta por encima de la valona un chorro de oro y perlas.

Vuelve á tomar el espejo para retocarse, y dase la última mano en el espejo. Allí vuelve á la mata con cariñón el cabello que se desordenó de la mata. Allí la hoja de la lazada que dejó su lugar, la vuelve á su lugar blandamente. Allí la parte de la cariñana, que se desarmó del cuerpo, la prende por incorregible, y allí en fin queda todo en la perfección última.

Pónle una criada el manto de humo: ella queda como sin manto: tan en cuerpo se está como se estaba, y de aquella manera quiere ir á la calle, como si fuera á otro cuarto de su casa.

En teniendo el manto puesto, pide los guantes, y dánseles con unas vueltas labradas de tantos enredos hermosos, que no acierta la vista á salir de ellos.

Dánle luego, si es invierno la estufilla de martas, que costó mas que costaran ocho carros de carbon. Para calentar unas manos, hacen trasudar un caudal; y dejan un arca vacía, porque esten ocupadas unas manos; si lo que se trae de mas lejos es lo mejor, bien pudieran estimar en mas el juicio que las martas, porque las martas vienen del Norte y el juicio del cielo. Si es verano, le dan un abanico que costó seis escudos. Hasta que se usaron los abanicos costó el aire de valde: los otros tres elementos há muchos siglos que son mercancía.

¿Cuántos males pensará esta Dama que hace con estos

aliños? Pues sepa que hace infinitos males. Lo primero pierde el tiempo. Luego si se viste para ir á la iglesia, ¿cómo piensa agradar á Dios si vá en el traje de que Dios se desagrada? Fuera de esto se quita ella á sí misma la buena fama, porque nadie cree que una muger se engalana mucho solo para sí misma; aunque ella se vista sin intencion, los que juzgan que la lleva, se le atreven, y es prodigio la que rogada es buena. Entre otros daños que hace, es el mal ejemplo que dá á las otras mugeres: cada una apetece aquellos aliños, y para alcanzarlos, ó riñe con su marido, ó se deja seguir de un galan; y al galan ó al marido le molesta tanto, que á veces le obliga á buscar por malos medios el dinero, que para aquello es preciso. Pero ¿qué se le dá á ella de esto? Rara debe de haber sido la muger, que viendo entrar con dinero al marido, ó al galan, haya reparado en el modo con que le ha adquirido.

Entra en el templo nuestra Dama, convirtiendo á sí los ojos de todos, y arrastrándose en reverencias. Toma lugar, y tómale enfadándose con las que no se le dejan muy desahogado, porque presume que el mejor vestido merece el mejor lugar. Lo que yo sé es que de ordinario quien pretende el mejor lugar no le merece. Oye algunas pesadumbres, y hace que no las oye. Quien no sabe sufrir algo, sufre mas de lo que habia de sufrir.

Pónese de rodillas, porque se usa, no porque ella use de aquel rendimiento para nada.

Sale la misa, y oyela holgándose de ser mirada, y mirando solo por gravedad á la misa. Responde tal vez si la dicen algo, y aunque no haya de responder, se alegra de que la digan. Mira con mucha atencion las perfecciones ó los defectos de los galanes, para contarlos á la tarde entre sus amigos. Está en la Iglesia hasta que el sacristan hunde la puerta á golpes para que se vayan; que hay malos para quien es holgura la Iglesia. Entonces sale con unos pasos muy serenos, toma el camino de su casa gustosa, y deja el templo lleno de ofensas.

(Extractado de las obras de D. JUAN DE ZABALZA.)

J. E. HARTZENBUSCH.

LAS PROMESAS DEL AMBICIOSO.

CUENTO.

En la imperial Toledo,
Después de recobrada
Del moro infiel que la usurpó al cristiano
Y al reino de Castilla incorporada,
Vivió pobre y anciano
El sábio D. Illan, hombre que austero,
De rostro extraño y singular costumbre
En sus usos y trajes,
Consiguió que la inquieta muchedumbre
Creyese que con píldoras, brebages,

Y con pastas y aromas,
Que el mágico conjunto
Del arte nigromántico le daba,
Mar y tierra en un punto
De caprichoso modo trastornaba,
Con sublimes ejemplos
A veces de moral, males causando.
Entre prodigios que ejercer sabia,
Al que á la voz de la virtud callaba
Y tras el vicio y la maldad corria.

Esto pensaba el vulgo, mas la corte
Y los hombres de ciencia,
Los magnates y el clero,
Vieron en D. Illan un pordiosero
Que empleaba con arte este resorto
Esplotando del pueblo la inocencia;
Y aunque alguno juzgándole hechicero
Contra él pidió de muerte la sentencia,
Los demas, mas clementes,
Lograron que su vida se salvara,
Mandando que unos monjes penitentes
Predicasen en público á las gentes
Para que nadie á D. Illan hablara.

El hombre, cada día,
Cayó en mayor pobreza,
Pues ya ninguno á consultar venia
Del hado oculto en la balanza varia
Si era su suerte próspera ó contraria.
Ni al enfermo sanaba,
Ni al necio, ingenio daba,
Ni al pobre enriquecía,
Y así oscuro y sin fama envejecía.

Su vida solitaria
Ya no inspiraba ni piedad ni enojos.
Y se decia en la ciudad, por cosa
No poco prodigiosa,
Que él, aunque mago, los cansados ojos,
Como si no pudiera
Rico y feliz hacerse en un momento,
Tristes alzaba al cielo, sollozando,
Cuál otro hombre cualquiera
Su miseria y olvido lamentando.
Largo tiempo en tal suerte
Esperando la muerte
Pasó el buen D. Illan, y cierto día,
Cuando á su parca mesa se sentaba,
Vió que la puerta de su estancia abría
Grave el Dean de Cuenca, y que se entraba
Gran reverencia haciendo y cortesía,
Mientras él cabiloso no acertaba
La causa que á su albergue le traía.
Libres sus ojos de la vana venda
De fútil presuncion, viendo perdido
El arte de la magia, y sin dinero
Su casa y sin hacienda,
Viéndose un personaje igual á cero,
Y al mirar al Dean, reverenciado
Mucho en Castilla por poder é influjo,
Después que en un sitial se hubo sentado,
Que una limosna le iba á dar dedujo.
Y aunque por noble desairar pensaba
El don, ya palpitaba
Su interior conmovido
A descubrir un pecho desprendido,
Cuando en el mundo el interés y el dolo
Mientras trató á los hombres
Vió que adoraban los demas tan solo ;

En una estensa historia,
Que ya tenia escrita,
Pensando hacer de esta virtud memoria,
De tal Dean dejando honrosa cita.

—«Señor (D. Illan dijo), yo he palpado
»Las flaquezas del ser que llaman hombre,
»Y al ver que pobre, soy de vos honrado,
»No es mucho que os admire y que me asombre.»
—«Basta (el Dean le replicó), por sabio
»La ciudad de Toledo os escarnece,
»Mas yo estimo la ciencia, y ya mi lábio
»Proteccion y riquezas os ofrece.
»Yo aunque mucho no sé, ni libros leo,
»Ni alquimia y magia como vos practico,
»La ceguedad del hombre palpo y veo,
»Premio el saber, el mérito publico.
»Y no es bien que escarnezcan vuestra fama
»La envidia ó la ignorancia ó la injusticia,
»Y que oscuro murais en pobre cama,
»Pues ya á mi voz la suerte os es propicia.»
—«Mas contemplad, Dean, que por hereje
»Si salgo á la ciudad seré seguido.»
—«Yo haré, buen D. Illan, que no se aleje
»De vos un protector, hombre querido
»Del pueblo todo, y que en Castilla alcance
»Mucho favor de la nobleza y clero,
»Y que puede tomar cruda venganza
»Del grande y del hidalgo y del pechero.»
—«De esta suerte, señor, si no temiera
»Ofenderos, besára vuestras plantas;
»Pues pagaros no sé como pudiera.
»Misero como soy, grandezas tantas.
»El hacer un favor no es nada extraño
»Cuando puede cobrarse con exceso,
»O á su costa evitarse el propio daño;
»Pero, vos ¿qué esperais de mí con eso.»
—«Quiero que me enseñeis la oculta ciencia
»Que el fanatismo en perseguir se afana,
»La magia, D. Illan.»—«Vuestra esperiencia
»¿No vé, señor, que es imposible y vana?
»Y aunque fuera posible ¿qué provecho
»A vos, Dean, tan rico, tan honrado,
»Os diera ese saber que yo desecho,
»Del tiempo que perdí desengañado?»
—«Dulce deleitacion modesta y pura,
»El saber cual sabeis lo que yo ignoro,
»Y el sacaros tambien de vida oscura,
»De esta miseria que contemplo y lloro.»
—«No á esa ciencia aspireis que está vedada,
»Volved á Cuenca ya, dejad Toledo,
»Gozad allí de vida regalada,
»Que yo contento en mi pobreza quedo.
»Harto probé del hombre los rigores,
»La dura ingratitud, la astucia y dolo,
»Y aunque estimo, Dean, vuestros favores,
»Quiero morirme aquí misero y solo.»

Esto los dos hablaron, y un momento
De silencio á la plática entablada
Siguio, mientras atento
Clavando en el Dean fija mirada
Illan, en su ancha frente
La huella del pesar viendo grabada,
Le dijo:—«Considera

»Que cabiloso estais y harto me pesa;
»Acercad el sitio, que aunque no quiero
»Volver al mundo, partireis primero
»Conmigo los manjares de mi mesa,
»Y despues á una cueva
»Do tengo los misterios que ejercito,
»Para que hagais, Dean, la primer prueba
»De la ciencia que amais bajar medito.»

El Dean, mudo, absorto,
Ni aun palabras hallaba
Con que espresar el gozo que sentia;
Y aunque á ayuno cruel le condenaba
El mezquino alimento que traia

Una dueña que entraba,
Su antigua oferta á D. Illan repite,
Y de pan negro y fruta escasa y seca
Acepta el parco y singular convite.

Breve fué, y poco ó nada
Platicaron los dos, uno pensando
En obtener la ciencia deseada,
El otro pan y fruta devorando.

La comida acabada,
Abriendo D. Illan secreta puerta,
De la misera dueña precedido,
Que alumbrando la lenta marcha abria,
Y del Dean seguido,
Bajó con tardo pié, con planta incierta,
Rotos, resbaladizos escalones,
Que entre pilares negros se enlazaban
Y un peligroso caracol formaban,

Llegando á un hondo abismo,
Do el huésped temeroso
Y abrumado de espanto,
Ver en torno creia

A sus plantas, revuelto y proceloso,
El Occéano inmenso que rugia,
Su insondable caudal de sangre lleno,
Altos espectros de impalpables formas
Con gran fragor lanzando de su seno,
Acá y allá, en el lóbrego recinto,
Absorto en su delirio imaginando
Palpar el intrincado laberinto
Del arte aquel que necio codiciaba
Y en do su dicha y porvenir cifraba.

Mas D. Illan, alzando
En medio del recinto tenebroso
Su voz, que por las bóvedas zumbando
Aunque pausada y lenta,
Se repetia en eco pavoroso,
Dijo á la dueña:—«Escucha,

»Bien sabes tú que mi miseria es mucha,
»Mas de tu amor y lealtad espero
»Que aunque ya aborrecido
»Mi honra perdí, mi crédito y dinero,
»Y aunque como los dos tristes nos vemos
»No se hallen otros dos mas infelices,
»Porque el Dean y yo luego cenemos
»Aoves con primor unas perdices.

»No el cómo me preguntes,
»Ten el decoro del Señor en cuenta,
»Y hasta que el precio necesario juntes
»Pide prestado ó pon mi ropa en venta.

»De forma que acabado
»El árduo asunto que tratar queremos,
»Bajes con ese plato bien guisado
»Cuando la noche entrada te llamemos.

»¡Adios!—Fuése la dueña;
Y el Dean abrumado con la carga
Del gran prodigio que imagina y sueña
Y ofuscando su mente
Su vista turba y su razon embarga,
De la honda cueva entonces la ancha puerta
Miró de nuevo abierta,

Y entrar por ella respetuoso luego
Un hombre que á los dos fijos mirando
Al fin les entregó cerrado un pliego
Pronta contestacion de él esperando.

Leyóle al punto y dijo:
—«Con gran dolor y lágrimas me aflijo
»De los males que siente

»El Obispo de Cuenca, mi pariente.»

—«Señor, su última hora
»Cercana está; de su sobrino amado
»El nombre sin cesar el triste implora
»Por la fiebre mortal atormentado.»

—«Mucho anhelara yo poder ahora
»Partir con vos para cumplir su gusto
»Dijo el Dean con ademan adusto),
»Pero me es imposible aunque lo siento.»

—«Bien veis que su intencion es manifesta
»De que vayais para cerrar sus ojos:
»No tardeis en venir que esa respuesta
»Temo, Señor, ha de causarle enojos.»

—«Pues mira en su lugar le darás esta:»
Y escribiendo en el punto con enfado
Sobre aquel mismo pliego dos renglones
Los entregó colérico al criado
De su presencia echándole á empellones.

De nuevo entonces en la oscura cueva
Entró un mancebo que al Dean buscando
Le sorprendió con la impensada nueva
De que muerto su tío se le daba
En Cuenca el Obispado que vacaba,
Y confuso quedó el Dean pensando
No en lamentar sensible cual debiera
De su tío la muerte
Sino en que Obispo de Dean le hiciera

El caprichoso giro de la suerte;
Y hasta la magia, su ídolo querido,
Cebado con el brillo lisonjero
De la mitra de Cuenca dió al olvido.

Don Illan, con cortesés
Cumplimientos demuestra su alegría;
Y el Obispo le ruega que unos meses

Comparta placentero
En Cuenca su amistosa compañía;
Y aquel—«Señor (le contestó) yo lloro
»De gozo á vuestra oferta y bien la estimo,
»Mas un nuevo favor de vos imploro
»Para un hombre que fué mi único arrimo.
»Há tiempo que por él de hambre no muero,
»Y es tanta su bondad, su alma tan buena,
»Que jurára ha prestado su dinero
»Hoy para las perdices de la cena.
»Y pues ya Obispo sois, pues tal amigo
»En vos la suerte á la ocasión me ofrece,
»Yo os aseguro y á probar me obligo
»Que el Deanazgo que dejais merece.»
—«Harto, Illan, que pedis justicia veo
»Y ojalá que otra vez os satisfaga,
»Mas permitid por hoy que cual deseo
»A un hermano que tengo Dean haga
»Que con el tiempo firme os aseguro
»Para ese amigo fiel pingüe prebenda,
»Y en prueba de que es cierto lo que os juro
»Haced, Illan, que nuestra ruta emprenda:
»En Cuenca gozareis de mejor vida
»Mientras mis bienes compartais conmigo
»Que pronto el mal pasado el hombre olvida
»De impensada riqueza al dulce abrigo.»

El nuevo Obispo en álas del deseo
Que impaciente aguijon de su alma era,
Marchó con D. Illan sin mas rodeo
A Cuenca trás la mitra que le espera.
Y así algun tiempo en la ciudad querido
Gran fama de virtud cobrando en breve
Vivió del sábio D. Illan al lado;
Hasta que por do quier favorecido
De la suerte feliz que le brindaba,
De Roma á su palacio un enviado
Vino que el Santo Padre le mandaba
Con cuanta pompa y aparato habia

En su mansion suntuosa
La hizo ornar, recibiendo el mismo día
El mensaje del Papa, con la nueva,
De que de amor en prueba
Y atendiendo á la fama que adquiria
Por su vida ejemplar, sábia y piadosa,
De fé tan santa en merecido pago,
Le elevaba á Arzobispo de Santiago,
Con estenso poder para que diera
La Diócesis de Cuenca á quien quisiera.
A poco llegó Illan, con grave calma
Así al nuevo Arzobispo afable hablando:

—«Señor, de gozo me rebosa el alma
»Vuestra buena fortuna contemplando,
»Aquel amigo mio, aquel portento
»Que en piedad y virtud gran fama cobra
»Merece que le deis en el momento
»Esa mitra de Cuenca que ya os sobra.»
—«Harto padezco Illan en este instante
»Que os quisiera servir como es debido,
»Mas guardo á un mi sobrino esa vacante,
»Que ha de llamarme ingrato si le olvido.
»Pero á Santiago partiremos luego,
»Juntos los dos, donde mi afecto os pruebe
»Con solícito afán, que vuestro ruego
»Allí obtendreis como en razon se os debe.»

Don Illan pesaroso
Calla prudente y su desaire llora,
Y en carruaje suntuoso
Mientras su pecho entre el dolor devora;
Con el nuevo Arzobispo
Llega á Santiago, do su entrada espera
En templos, plazas, calles.
Ansiosa ya la poblacion entera
Que en tumulto se agolpa á festejalles.
Mas próspero el destino
En prodigar al Arzobispo bienes,
Le preparaba nuevos parabienes;
Pues á Santiago otro mensaje vino
Apenas ocupaba
La silla episcopal dándole cuenta
De que nombrado estaba
Cardenal con gran renta,
Y ya el Papa impaciente
Espera que en la corte se presente.

Hízolo así, llevando
Al sábio D. Illan consigo á Roma,
Con presuntuoso espíritu aceptando
Del dulce halago el lisonjero aroma
Que entorno le seguia
Desque la Italia Cardenal corria.

La fiesta terminada
En que el capelo el Papa con el clero
De Roma en la Basilica le daba,
Mientras en rico palacio placentero
Su próspera fortuna contemplaba,
—«Señor (con llanto repitiendo el triste
Don Illan su demanda le decia):
»De cumplir las promesas que me hiciste
»Veo gozoso que se acerca el día.
»Quien en poder é influjo hasta vos llegue
»Entre el clero español no quedó alguno,
»Dejad que por mi amigo otra vez ruegue
»A costa de pasar por importuno.
»Haced que le dé el Papa la vacante
»Que allá en Cuenca dejó el Obispo electo,
»Pues ya me hicisteis esperar bastante
»Dadme esta prueba al fin de vuestro afecto.»
—«Amigo D. Illan, es mi desgracia

»Tal para vos en medio á mi grandeza
 »Que ya pedí al Pontífice esa gracia
 »Para un primo que tengo en la Bañeza.»
 —«¡ Señor! ¡ Señor! (Illan la voz alzando
 Le dijo entonces) venturoso primo
 »Es el que sin saberlo está alcanzando
 »Lo que yo no para el que fué mi arrimo!»

Esto dijo no mas, pero constante
 En obtener su pretension ansiada
 Al Cardenal volvía á cada instante
 Viéndola de continuo desairada.
 Y á la postre despues que una por una
 Recorrió el Cardenal con rauda vuelo
 Tan altas dignidades, la fortuna
 La tiara le dió trás del capelo;
 Siendo del Papa, á la ocasion finado,
 Sucesor en la silla
 Por votacion unánime aclamado.
 Con rostro humilde entonce y blando ruego,
 Ahogada entre el dolor su voz severa,
 El triste D. Illan, ya sin sosiego,
 Volvió á su pretension de esta manera:
 —«Ha tiempo que el dolor mi pecho oprime.
 »Y aquí pienso morir de pesadumbre
 »Como hoy tambien, señor, se desestime
 »La súplica que tengo de costumbre.»
 —«Dad, D. Illan, abrigo á la esperanza,
 »Dad tiempo al tiempo en tan tenaz porfia,
 »Que no por mas cansar el hombre alcanza
 »Salir mejor librado en lo que ansia.»
 —«No este bien me negueis, mirad mi pena,
 »Nada para mi propio, señor, quiero,
 »Mas pienso en sus bondades y en la cena
 »Que mi dueña compró con su dinero.»
 —«Don Illan, de mi mente no se borra
 »El hombre aquel por quien venís á hablarme,
 »Mas vais haciéndoos ya sobrado porra
 »Y acabareis al fin por fastidiarme.»
 —«Paciencia me dé el cielo en su justicia,
 »Pero os he de rogar, señor, de nuevo,
 »Hasta que hagais con voluntad propicia
 »Que pague yo á mi amigo como debo.»
 —«Pesado estais y hasta sobrado inculto
 »É insufrible á la vez, Illan, os digo,
 »Y aun pudiera tomar como un insulto
 »Tanto molerme así con vuestro amigo;
 »Tan continuo pedir no tiene cese,
 »Y yo quietud y no importunos quiero,
 »Y puedo recordaros aunque os pese

»Que os conocí en España un hechicero.»
 —«¿ Será posible ¡oh Dios! que vuestro lábo
 »Con tan altiva sinrazon me ofenda,
 »Y que yo, pobre viejo, de ese agravio
 »Por falta de poder me desentienda?»
 —«Anciano D. Illan, mi ministerio
 »Manda en conciencia que de vos me aleje,
 »Pues bien recuerdo, y es un poco serio,
 »Que en Toledo pasabais por hereje.»
 —«Señor, bien veo que el destino aciago
 »Me condena por débil á este ultraje,
 »Y olvidar juro tan inicuo pago
 »Como hasta España costeeis mi viaje.»
 —«No pongais mi paciencia, Illan, á prueba,
 »Que harto os sufrí, sufriros mas no puedo,
 »Y volved cual vinisteis á la cueva
 »Donde érais nigromántico en Toledo.»
 —«Señor, pues que correis desatentado
 »Y mi súplica humilde es desoída,
 »Que ese vuestro poder tan encumbrado
 »De las promesas que me dió se olvida;
 »Y en triste desamparo á vos acudo
 »Y agravio tras agravio haceisme fiero
 »Ya de intencion desde este instante mudo
 »Y me vuelvo á mi vida de hechicero.
 »Pues que aciagos por vos en un momento
 »Veo los días que esperé felices,
 »Yo enseñanza os daré sino escarmiento,
 »Brindándoos, no os riais, con mis perlices.
 »Ved la cena, Dean» (siguió), tirando
 De una cadena que con fuerza asía,
 Y que techo trás techo taladrando
 De una campana altísima pendía.
 Y altivo en su ademan con sus enojos
 El sábio D. Illan, en este instante
 Vió al hombre ante sus pies puesto de hinojos
 Con la angustia pintada en su semblante.
 Porque miró y lloró, buscando en vano
 En la córte de Roma su morada,
 Viéndola ¡ay triste! por oculto arcano
 En la cueva del mago transformada;
 Y viendo las perlices que la dueña
 Adovadas traía, y viendo en torno
 De la honda cueva la negruzca peña
 Dó vió el Palacio de suntuoso adorno;
 Y viéndose en tal lance avergonzado,
 Siendo solo Dean como antes fuera,
 Sin ya de nadie Papa ser llamado,
 Pues todo sueño de ilusiones era.

Madrid.—1842.

JOSE DE GRUJALVA.

BIOGRAFIA.

D. TOMAS ZUMALACARREGUI.

I.

En el valle de Araquil cerca de la carretera de Pamplona se divisaba en una mañana del mes de Octubre de 1833 un grupo compacto y numeroso de soldados carlistas, cuyos semblantes mustios y abatidos retrataban fielmente el estado precario y poco lisonjero de su causa. Conversaban unos con otros aquellos provincianos sobre el poco suceso de la guerra y los que con menos espontaneidad y ora cediendo á consejos ajenos, ora á la fuerza del ejemplo habian dejado la esteva por el fusil, reconvenian agriamente á los que con halagüeñas promesas y seductores ofrecimientos los habian separado del dulce y tranquilo seno de sus mugeres y de sus hijos, haciéndoles trocar las pacíficas y sosegadas faenas del labrador por los afanes y la agitacion del soldado. Estaban los desfallecidos defensores de Carlos V, que así se llamaban ellos, en lo mejor y mas sabroso de su plática, cuando vieron que se adelantaba hácia el sitio donde se hallaban reunidos, un hombre de mediana estatura, envuelto en una capa y con voína y alpargatas á estilo del país. A medida que este hombre se les aproximaba parecia renacer la esperanza en los desmayados corazones; los semblantes de los soldados iban recobrando su ordinaria animacion, el apiñado grupo se iba estendiendo y como por una especie de instinto abria paso hasta su centro para que en él se colocase el hombre de la voína y de la capa. Llegó en fin este hombre cuyo mágico poder se dejó sentir apenas se le divisó á lo lejos, y cuando al verse rodeado de toda aquella gente se desembozó con dignidad y se dió á conocer, el mas ferviente entusiasmo se apoderó de aquellos soldados, que levantando en alto sus fusiles lanzaban gritos de júbilo marcial, y llenaban los aires con la voz unánime y atronadora de *viva Zumalacárregui*.

Zumalacárregui era en efecto el misterioso personaje que ya por lisonjeros y ocultos presentimientos, ya por antiguos é indelebiles recuerdos proclamaban todos por caudillo: Zumalacárregui era aquel hombre cuya sola paricion infundia aliento y derramaba confianza. Su fisonomía espresiva y por lo comun severa, revelaba en aquellos momentos todo el júbilo de su alma, sus negros ojos aparecian salirse de sus órbitas de placer, porque al contemplar un entusiasmo tan espontáneo y generoso, veia

realizados sus sueños de gloria, y próximos á satisfacerse sus nobles y ambiciosos deseos. Frisaba entonces en los 45 años: era su estatura regular, ancho de espalda, y tenia desnivelados los hombros por efecto de una caída; de tez morena y casi siempre pálida, pelo negro y mirada perspicaz y centelleante, espresion triste por lo general y pensativa, y con bigote unido á la espesa patilla, á la manera que lo usaban nuestros antiguos guerrilleros, y en especial el célebre Empecinado, era su conjunto imponente y á veces aterrador, conociéndose muy á las claras en su figura y en sus modales que habia nacido para el mando y que estaba predestinado para dirigir la suerte y poner muy altas las esperanzas de un partido que las tenia abatidas por el suelo.

Este afamado caudillo del bando carlista á quien no nos proponemos seguir en todas las vicisitudes de su vida militar porque no lo permiten los limites de un artículo, pero de cuyos hechos mas notables y mas característicos debemos decir algo en las columnas del *Siglo*, por tratarse de una de las figuras que se destacan con mas luz del negro cuadro de nuestras contiendas civiles, abrió los ojos á la luz del mundo á fines de 1788 en una casa de la villa de Ormaistegui, provincia de Guipúzcoa que se conoce en aquel país con el nombre de Iriarte-Erdicoa. Sus padres D. Francisco Antonio Zumalacárregui, escribano real, propietario de dicha villa y Doña María Ana de Imaz Altolagnirre se distinguian no menos que por la nobleza de su corazon y de sus sentimientos, por la nobleza de sangre, precursora de aquella las mas veces, pues la casa solariaga de los Zumalacárreguis que existe en el concejo de Ichaso es de las mas nobles y mas antiguas. Tiene en el escudo de sus armas pintado un jabalí al pié de un árbol; y por estos títulos de hidalguía, no menos que por las recomendables prendas de los que en dicha casa han nacido, es mirada con cariñosa veneracion en aquel país donde tanto y tan justo respeto se tributa á los árboles genealógicos, á las familias antiguas y á las cosas tradicionales. Distinguióse desde niño nuestro protagonista entre todos sus condiscípulos por la estraordinaria viveza de su genio, y su carácter un tanto colérico, aunque noble, hacia que todos sus compañeros le mirasen

con respeto y hasta con temor. Organizar partidas de muchachos, armarlos con cañas de maiz, obligarlos a batirse unos contra otros y ser gefe resuelto de los que iban en derrota, asegurando por lo general á pedradas el éxito de la pelea, era su ocupacion favorita en las horas que el estudio le dejaba libres. Esta aficion tan decidida á los ejercicios militares, á nadie dejaba duda sobre la carrera á que estaba el muchacho destinado y de la cual pareció desviarse un poco, cuando cumplidos 13 años pasó á Idiazabal á ejercer la profesion de curial. Quiso despues instruirse en la curia eclesiástica y le fué preciso pasar á Pamplona, donde permaneció algunos meses con el procurador del tribunal eclesiástico Don Francisco Javier de Olla, cuya hija, jóven de prendas recomendables cautivó su amor en tales términos, que mas tarde llegó á ser su esposa.

Ocupada la mente del curial en las sosegadas tareas de su profesion, consagrada su alma á las delicias del primer amor, llena su fantasía de doradas ilusiones y ardiendo en deseos de celebridad y de gloria, comenzó el año de 1808, y con él sonó para España la hora del combate, combate glorioso y prolongado que tan enaltecida fama debia dar al nombre español en los anales del mundo. Renacieron entonces en el corazon entusiasta del mancebo los instintos marciales que se revelaran cuando niño, y olvidándose de todo lo que no fuese responder al llamamiento de la patria, voló desde Pamplona á Zaragoza á defender animoso la independencia de su pais y el trono de sus Reyes.

Recibido el bautismo del fuego en aquella ciudad siempre inmortal, y hecho poco despues prisionero por los franceses, unióse cuando se vió libre de sus garras á la famosa guerrilla que el célebre D. Gaspar de Jaúregui, conocido por el Pastor, acaudillaba en su pais natal. El renombre de valiente que adquirió en la guerra de la independencia, le elevó á la clase de capitán; clase en la cual servia á su patria cuando el rumor calumnioso de ser poco afecto al sistema constitucional, ya entronizado, se creyó causa suficiente para separarle de un cuerpo que habia ennoblecido con su valor personal y sus talentos militares. Pero el levantamiento realista de 1821 proporcionó al ofendido capitán una venganza harto cumplida. La constante persecucion de que fué objeto, avivó mas sus resentimientos y á las órdenes de Quesada figuró como segundo en la cruda guerra que hicieron los realistas por aquel tiempo á las instituciones liberales. Con el cambio de 1823 se puso término á aquella campaña, y la paz, aunque triste y sepulcral, que la nacion empezó á disfrutar, permitió á Zumalacárregui toda la holgura que necesitaba para manifestar sus dotes de organizador. El batallón ligero provisional de Navarra fué el primero en cuya organizacion se ensayó el genio de nuestro comandante, genio de que dió mas relevante muestra cuando desempeñó las funciones de coronel interino del regimiento cazadores del Rey, cuando mandó el del Principe, cuyo porte brillante y marcial tuvo Fernando VII ocasion de admirar en Zaragoza, y por último, cuando reorganizó como inspector en comision, los cuerpos de inválidos del Reino de Valencia. Comandante despues del

regimiento voluntarios de Girona concurrió con este cuerpo á Madrid el año 1829 para dar mas realce á la solemne entrada de la Princesa á quien habia unido su suerte el Rey de España. Con este motivo el regimiento de Girona fijó por aquellos dias la atencion de los curiosos y de los inteligentes, por la brillantez de su equipo y la admirable precision de sus movimientos.

Satisfecho el objeto de su viaje á la corte, volvió Zumalacárregui con su regimiento á Valencia, en cuya ciudad se hallaba cuando fué nombrado para mandar el regimiento de Extremadura, de guarnicion entonces en Galicia. Dirigióse á esta provincia, y el general Eguia, que estaba á su frente, puso á su cargo el gobierno militar del Ferrol. Con este destino se inauguró la carrera política de nuestro protagonista, carrera que desde sus primeros pasos prometió ser muy borrascosa.

Una de las comisiones mas notables por su gravedad en que tuvo ocasion de desplegar su celo el nuevo gobernador, fué la de exterminar una misteriosa sociedad de ladrones que por espacio de muchos años tenia en constante y no interrumpida alarma á los habitantes del Ferrol. Esta sociedad secreta, cuyas raices se estendian por toda la ciudad, contaba no solo con la seguridad que 20 años consecutivos de existencia no podian menos de inspirarle, sino con la confianza que le daba su misma organizacion y con la certeza casi material de que todos los obstáculos que á la perpetracion de sus maldades pudieran oponerse, serian como hasta entonces arrollados por la mágica y poderosa fuerza del oro que en abundante cantidad poseian. Infiltrada ademas esta asociacion infame entre las clases mas consideradas y respetables por su posicion y su riqueza, tenia en comerciantes acaudalados y en ricos propietarios sus mas activos agentes y protectores, y escudada con el brillo deslumbrador de las riquezas que abrian á sus individuos las puertas de las mas escogidas reuniones, creia que estos elementos eran bastante poderosos para embotar el celo de la autoridad mas leal y mas activa. Pero por esta vez quedaron terriblemente defraudadas sus esperanzas. Zumalacárregui se habia encargado de exterminar esta gavilla misteriosa, y fué tanto el celo y tanto el cuidado que puso por cumplir su encargo, que venciendo las inmensas dificultades que se le oponian y despreciando proposiciones y dádivas que solo sirvieron para irritar mas su pundonorosa delicadeza, á los pocos dias tuvo asegurados en el castillo de San Felipe á cuarenta ladrones y á su capitán, persona muy conocida en aquel pais por la elevada posicion en que le habian colocado sus mal adquiridos caudales.

La actividad y el vivísimo celo del incansable gobernador fueron semillas de desventura, que arrojadas sobre el campo feraz de la venganza y del resentimiento, tardaron poco en producir amarguísimos frutos. Constituida en lucha la autoridad militar y política del Ferrol con todos cuantos interesados en los robos de la misteriosa gavilla, no podian darse razon de un desprendimiento tan noble y tan generoso, naturalmente debia haberse grangeado con su conducta otros tantos enemigos, que ansiando vengarse de quien así cortaba el vuelo á sus riquezas,

procurarian por todos los medios imaginables suscitar embarazos al hombre que era su pesadilla y malquistarle con la opinion por los reprobados medios de la falsedad y de la calumnia. Las circunstancias de la nacion venian

á facilitar mucho la obra de los calumniadores. Se habia verificado un cambio de politica que miraban todos como el preludio de inmensas innovaciones. La palabra Amnistia, que unos augustos lábios pronunciarian, se estendió



por todo el ámbito de España y resonó mas allá de los Pirineos. Colocados los hombres que dirigian los negocios públicos en este sendero donde imprudentes pusieron el pié sin meditar el fin de aquel camino, cundió la alarma entre los realistas de corazon, que temerosos de que se entronizase de nuevo un sistema político que miraban como funesto, corrieron á agruparse bajo la bandera carlista. No podia pues presentarse mejor ocasion á los enemigos de Zumalacárregui. Los soldados de Estremadura que mandaba el gobernador, pasaban por los mas acérrimos realistas del ejército y no fué difícil estender con apariencias de crédito la voz calumniosa de que trataban de proclamar á D. Carlos, dando principio á la rebelion por el incendio del navio SOBERANO, con el objeto de quitar á la fuerza de Marina este medio de defensa y sembrar la consternacion en la ciudad. Apenas llegaron estos rumores á oídos del comandante general del apostadero, mandó que toda la tropa de Marina se encerrase en el arsenal, medida que llamó mucho la atencion del pueblo y que parecia acreditar la desconfianza que respecto de la guarnicion se habia procurado infundir. Esta situacion de inmotivada ansiedad se prolongó por algunos dias, porque los anónimos denunciando conspiraciones y trastornos se sucedian sin cesar, y á cada nuevo aviso que recibia el comandante del apostadero redoblaba sus precauciones y su vigilancia. Zumalacárregui no estrañaba estas medidas, porque no le era desconocido su origen, y

TOMO I.—DICIEMBRE DE 1845.

tranquilo en el testimonio de su conciencia insistió una y otra vez en disuadir de sus temores á los recelosos marinos. La inalterable paz que se gozó por aquellos dias patentizó bien á las claras la inoportunidad de las prevenciones adoptadas. Los sucesos que á algunos parecian probables no tuvieron lugar, mas no obstante Zumalacárregui recibió á los pocos dias la orden de entregar el mando de la plaza al comandante de Marina, y de trasladarse sin pérdida de momento á la ciudad de Betanzos.

Nos hemos detenido algun tanto en estos primeros detalles de la vida pública de nuestro personaje, porque ellos fueron el origen de su posterior animadversion á una causa que acaso no le inspiraba antipatia y los que le arrastraron á figurar en un partido que de otro modo no hubiera contado con el caudillo que necesitaba, caudillo, que reunia á un corazon leal una de esas cabezas organizadoras, y uno de esos brazos vigorosos que tanto impulso y desarrollo dan á las informes partidas de descontentos, cuando asoman los primeros chispazos de una guerra civil. Y ya que de esto no hemos podido prescindir, al menos, y para no cansar la atencion de nuestros lectores, pasaremos por alto las injusticias y la vigilancia de que despues fué objeto el coronel Zumalacárregui, que reducido en Pamplona á la vida privada, procuraba olvidar en el seno de su familia los rigores y las ofensas que á su honor hiciera el gobierno del último Monarca. El cuidado y la educacion de sus hijas y el activo ejerci-

cio de la caza, á que era muy aficionado, formaban toda su distraccion en los tristes dias de su retiro, hasta que habiendo llegado á sus oidos la infausta nueva de que el Rey Fernando habia descendido á la tumba, se cruzaron en su mente mil ideas de engrandecimiento y de venganza y agitaron su pecho vivísimos deseos de esgrimir la espada en defensa del nuevo Rey, toda vez que muerto el que España reconocia por legítimo, estaban para él rotos los vínculos de lealtad que antes le ligaban, y se reputaba libre de todo género de compromisos.

El primer gefe que levantó en las provincias el pendon carlista fué el arrojado D. Santos Ladrón, que tardó poco en pagar con su vida su temerario arrojó. Derrotada su partida, proclamada ya en Madrid como Reina de España Doña Isabel, desarmados los realistas, tranquila la villa de Bilbao, posesionadas algunas tropas de Vitoria y desalojados los insurgentes de todos los puntos que ocupaban en los Pirineos de Navarra, no podia ser mas crítica la situacion de los que sustentaban la bandera de D. Carlos, ni mas desesperada su causa. En estas circunstancias se apareció Zumalacárregui á aquellos abatidos grupos y derramó en ellos la esperanza y el consuelo, y entonces fué cuando tuvo lugar la animada escena, que aunque palidamente, hemos procurado describir en las primeras líneas de este artículo.

Uno de los primeros y mas fecundos pensamientos de Zumalacárregui apenas echó sobre sus hombros la responsabilidad de crear y dirigir un ejército, fué el de nombrar una junta económica, á cuyo cargo puso la recaudacion de intereses, los acopios de subsistencias, la construccion de armamento y vestuario y la fundicion de cañones y proyectiles, convirtiendo á poblaciones enteras en fábricas y talleres militares. Completamente correspondió la junta al objeto de su nombramiento, y administradora pura y severa de los fondos públicos, anticipábase con previsora actividad á las necesidades del ejército que cada vez eran mayores y mas apremiantes, dejando á Zumalacárregui libre del angustioso cuidado de reunir medios y recursos, y en disposicion por lo tanto de dedicarse con ánimo tranquilo y desembarazado á ordenar sus masas, organizar y disciplinar sus nacientes batallones, combinar su plan de campaña y sacar todo el provecho posible de los descuidos de sus contrarios y de los azares siempre inevitables en aquel pais para un ejército invasor.

Adoptó ademas para la mas pronta y fácil organizacion de su ejército, el plan que las anteriores guerras habian señalado como el mejor y el mas preferente en un pais tan montañoso como aquel. En vez de formar regimientos distribuyó sus fuerzas por batallones, y conociendo que la audacia y rapidez en los movimientos eran las cualidades mas esenciales y necesarias en aquel género de guerra, equipó á sus soldados de un modo tan sencillo como ligero. Una voína, una canana, un capote gris, dos pares de pantalones encarnados, unos zapatos y dos camisas, eran todas las prendas que constituian el equipo de un soldado carlista.

Otro de los cuidados de Zumalacárregui en los primeros dias de su mando fué establecer un sistema de es-

pionage admirablemente organizado. La adhesion y el cariño que le profesaban los habitantes del pais, y la cooperacion que antiguas y particulares relaciones le proporcionaban, contribuyeron mucho á que servicio tan importante llegase al mayor grado de perfeccion posible. De este modo por medio de sus confidentes no ignoraba ni los mas pequeños movimientos del enemigo; conocia la fuerza y organizacion de sus regimientos; sorprendia los mas interesantes secretos militares, y no le era desconocida ni la mas leve é insignificante circunstancia que con sus contrarios tuviese relacion.

Como complemento de su plan tomó por último Zumalacárregui una disposicion que por algun tiempo se calificó y con apariencias de razon de necia fanfarronada. Consistia aquella en un bando previniendo el bloqueo de todas las plazas y puntos fortificados por las tropas de la Reina. Pareció en un principio un tanto risible que quien tan escasas fuerzas tenia mandase bloquear á las contrarias, tan superiores en número; pero ese pensamiento fué despues justamente aplaudido, cuando para completarle ideó la formacion de un cuerpo de aduaneros, nutrido en su mayor parte de contrabandistas del Pirineo. Estos hombres, tan especiales en su profesion, tan incansables, tan sagaces siempre, fueron organizados en partidas de 40 ó 50 que dirigian los que á mayor destreza y audacia reunian mayor conocimiento de las localidades inmediatas á cada guarnicion. Estas partidas contribuian poderosamente á secundar las miras del gefe carlista, y ora cercenando los comestibles de los puntos fortificados, ora interrumpiendo sus comunicaciones, ora en fin cobrando derechos y exigiendo cantidades á los comerciantes, arrieros y trágneros, hacian grandes y señalados servicios á la causa de los insurgentes, que defendian tambien con el fuego de sus trabucos hostilizando de cerca y desde terrenos difíciles y montuosos á los destacamentos que salian de las guarniciones, y desapareciendo á la manera y con la velocidad de impalpables sombras cuando alguna fuerza se encaminaba á desalojarlos.

La primera accion en que se dejó conocer el influjo y la inteligencia del nuevo general carlista fué la del 29 de Diciembre en los pueblos de Nazar y Asarta, en los cuales habia concentrado las mejores fuerzas de Alava, Guipúzcoa y Navarra, con el fin sin duda de caer sobre Bilbao, objeto constante de su ambicion y mas tarde causa de su desgracia. El general Lorenzo unido á la columna de operaciones de Aragon, llegó despues de largas y penosas marchas á los pueblos de Luqui, Urbida y Villamayor, distantes solo tres leguas de los que debian ser teatro del combate. Ascendia el número de las fuerzas carlistas á 6000 hombres. Llegaban sus avanzadas hasta la ermita de Ziñena, y se extendia á su frente una vasta llanura que brindaba con un fácil y seguro triunfo á la brillante y justamente afamada caballeria del ejército de la Reina. El coronel Oráa, comandante de la columna de operaciones de Aragon, dirigió con éxito feliz el ataque por esta parte, consiguiendo á favor de varias y acertadas embestidas la retirada de 200 ginetes enemigos, que fué como la señal para proseguir

el comenzado ataque con mayor encarnizamiento. Dos batallones carlistas que se hallaban en Nazar se vieron por fin envueltos por las tropas de Lorenzo, que compraron á alto precio este triunfo, pues recibidas por tres veces con las bayonetas de los desesperados defensores de Don Carlos, sufrieron notable y honrosa pérdida. Zumalacárregui en tanto situado en Asarta con los cinco batallones restantes, dirigía la accion, y con su voz y con su ejem-

plo aumentaba, si de aumento era posible, el valor de sus soldados. Repartidos estos en cuatro fuertes columnas, dos á la izquierda del pueblo, de ellas una á la entrada del bosque de su flanco, y la otra avanzada á corta distancia para sostener el fuego de guerrillas, y las otras dos en las calles del mismo pueblo y su retaguardia, la division de Lorenzo, subdividida en tres columnas de ataque hizo movimiento contra los defensores de Asar-



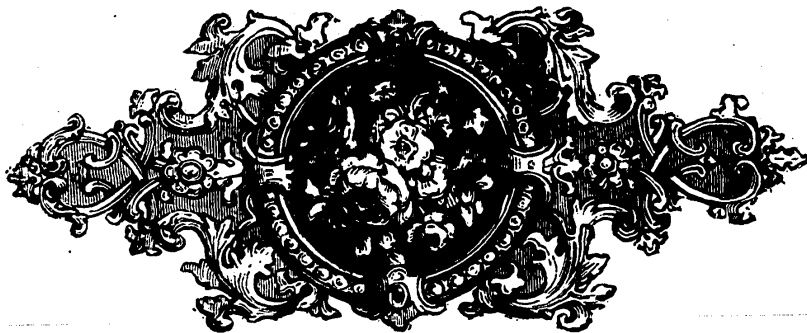
ta; movimiento combinado de modo que al romper el fuego la artillería carlista dirigiese la primera columna el suyo en guerrillas por los flancos de las posiciones contrarias, y la segunda y tercera avanzasen en masa en una misma línea, marchando la reserva á retaguardia del centro de estas, para reforzar durante la accion el punto donde fuese mas necesaria su ayuda. Al ver Zumalacárregui envueltas sus guerrillas y sumamente molestada su tropa por el fuego de la artillería enemiga, mandó adelantar su columna izquierda para envolver de este modo el lado opuesto de sus contrarios, pero como la resistencia fuese vigorosa, la columna avanzada desistió de su empeño, y tuvo que replegarse sobre el pueblo. En esta situacion poco lisonjera, acometió Zumalacárregui á la bayoneta con el núcleo de sus fuerzas á la tercera columna de Lorenzo, que marchaba decidida á apoderarse del pueblo. Dudoso y vacilante estuvo por algunos momentos el éxito de la accion; pues al verse tan rudamente acometidos, perdieron toda esperanza de salvacion los soldados de la Reina, que sin los esfuerzos y decision de sus gefes, se hubieran visto espuestos á sufrir un desaire de la fortuna. Dióse por satisfecho Zumalacárregui con las sangrientas ventajas obtenidas, y prefiriendo á un resultado aparentemente glorioso, la conservacion de su

gente, se retiró á Santa Cruz de Campezu, hasta cuyo punto fueron los vencedores picando la retaguardia de las tropas carlistas.

Esta accion, que vino á cerrar la campaña de 1833 por haber espirado el año á los dos dias, aunque afortunada para las armas de la Reina, dió origen á graves cuidados y á no infundados temores, pues en ella habian aparecido convertidas en un ejército las dispersas y desorganizadas partidas que un tiempo ocasionaran mas incomodidad que verdadera inquietud, y que si en un principio pudieron mirarse con desdeñosa indiferencia, ya reclamaban seria atencion, poderosos recursos y actividad incansable.

La minuciosidad que necesariamente exige la relacion de los primeros hechos de un caudillo á quien es preciso considerar como organizador y como guerrero, ha venido á hacer este artículo mas estenso de lo que hubiéramos deseado y nos obliga á dejar para el próximo número del SIGLO PINTOESCO la conclusion de una biografía en que la série de sucesos que se agolpan y que es preciso referir, reclaman tal vez mas espacio del que permiten los limites de un periódico, por parco que sea el narrador en observaciones y comentarios.

FRANCISCO DE PAULA MADRAZO.



LA PRINCESA DE VIANA.

NOVELA HISTORICA.

CAPITULO VI.

De como en casos de amor lo mismo que en los de casa, unos levantan la liebre y otros la llevan á casa.

En el primer momento en que el hijo de la Condesa de Fox reconoció á su buen amigo Floristan, no acertó á preguntarle sobre la venida de aquella muger tan estrañamente vestida á su castillo; estaba muy distante de sospechar que nadie mejor que el afamado capitan hubiera podido satisfacer su ansiedad y responder á sus preguntas.

Vivamente preocupada su imaginacion con el cuadro de tan peregrinas aventuras, profundamente removidos sus pensamientos, y mas aun los afectos de su corazon con las revelaciones y descubrimientos fatales de que era deudor, tanto á su propio instinto, como á la cruel franqueza de su madre, no sabia ni qué pensar ni qué decir, y dudaba hasta de que fuese verdad lo que sus ojos veian.

Recordaba sin embargo una por una las palabras de la Condesa, que como saetas enerboladas, herian y envenenaban la parte mas viva, mas noble, mas delicada de su corazon, que se sublevaba orgulloso é indignado al descubrimiento de aquellas tramas que se urdian á costa de su ventura; y aquellas ofertas y amenazas que pocos momentos antes le habian seducido y anonadado, le parecian ahora la mas clara revelacion de una intriga inventada solo para satisfacer una ansia horrible de ambicion que le causaba á la vez terror y desaliento. Ya no veia orgulloso abrirse delante de sus pasos el camino del trono; la púrpura y la corona que le habian deslumbrado en un acceso de venganza, contemplábalas ahora horrorizado, le aterraba su peso aun antes de poder ceñirlas, y no veia en ellas mas que instrumentos de negra esclavitud, duras cadenas que para toda su vida e aprisionaban.

Penetraba sin embargo al mismo tiempo en el fondo de su alma, que no respiraba mas que amor, entusiasmo, generosidad, hidalguía; buscaba allí la imagen de una muger á quien estaba vinculada su existencia, á quien debía amar por deber; buscábala, pero en vano: solo encontraba los gérmenes del odio violento, del altivo desden, del desprecio que inspira á las almas nobles la arrogancia y la soberbia de los demas. Buscábala; y en vez de encontrar allí la sombra de una esposa querida que venia á compartir con él su cariño, y no á reclamar una parte en sus estados; veia con estremecimiento la imagen de otra muger que se habia presentado á sus ojos con el encanto y el misterio de una aparicion celeste, de una muger desconocida, cuya mirada dulce y bondadosa, cuyo melancólico y angelical semblante, cuyas desventuras, acrecentando el brillo de su hermosura con el abatimiento, daban todavia mas relieve á los innmerecidos desaires que estaba recibiendo de su orgullosa y altiva consorte.

Comparó entonces su infelicidad real con una dicha á que su corazon irresistiblemente le impulsaba, muy fácil de concebir cuando la Providencia coloca bajo la proteccion de una alma de sentimientos elevados como el jóven D. Gaston, la suerte de una muger tan hermosa y tan infeliz como la Princesa de Viana.

Esa ventura era sin duda alguna un sueño, un efecto de la situacion estraña en que se hallaba D. Gaston, menospreciado por una parte y haciéndose aborrecible á sus mismos ojos, y sorprendido por otra con la idea de un ser débil, desgraciado, que imploraba su amparo y su

proteccion. ¡Cuán lisonjero, cuán dulce no era para el generoso mancebo poder cobijar á la sombra de su escudo á una muger hermosa, perseguida tal vez, que se acogia tímidamente bajo su asilo! ¡Cuánto no contrastaba esta situacion con aquella en que se encontraba anteriormente! De protegido pasaba á ser protector; de agente pasivo de una intriga horrorosa, en que tal vez habria necesidad de derramar sangre inocente de sus mas cercanos deudos, pasaba á ser principal actor de una obra digna, laudable y generosa, como la de proteger la inocencia perseguida: idea consoladora siempre para el amor propio, á quien revela su grandeza y su importancia la demanda que se le hace de la defensa de su propia vida.

Mas ¡ay! esa felicidad era un sueño para D. Gaston, cuyos lábios, cubiertos apenas del bozo juvenil, jamás habian de abrevarse en la fuente de los consuelos y de las esperanzas, sino en la de las amarguras y desengaños.

Abismado en tales pensamientos iba cayendo su ánimo en marcado abatimiento cuando al volver la cabeza, como si buscara un sitio donde encontrar descanso, reparó en Floristan, de cuya entrada en el aposento ya no se acordaba: tan profundos eran su distraccion y enagenamiento.

Cruzaban á la sazón por la mente del enamorado Gimeno ideas no muy compatibles con la nueva pasion de su amigo, pero algo mas tranquilas y afortunadas; seguro como estaba de hallar fiel y amorosa correspondencia en el corazon de la hermosa villana de Mendavia. Donde el hijo de la Condesa encontraba un abismo sin fondo, erizado de obstáculos y de imposibles, veia Gimeno un gran triunfo conseguido por su constancia, en favor de aquella muger á quien consagraba toda su vida, arrebatada del poder de infames raptos, y puesta en salvamento por el valor de su brazo en el castillo de un amigo. Para el hijo de la Condesa este amor era un nuevo tormento; para Gimeno un galardón.

Mal debió reparar D. Gaston en la causa de la alegría de su amigo, cuando al verle de nuevo cerca de él y de la desconocida le dirigió su voz en estos términos:

—Floristan, amigo mio: os estaba esperando noche y dia. ¿No me direis si habrá alguien en mi castillo que me explique la aventura por que estoy pasando?

—¡Pues qué teneis! repuso Gimeno con aire de sorpresa, como quien al verse feliz no se atreve á sospechar que haya desgracias á su lado. ¿Qué teneis, decidme Don Gaston?

—¡Qué tengo! ¡qué me falta! debierais vos decir. Yo necesito de un amigo, yo quisiera que alguien me proporcionara....

—Pero mirad D. Gaston, mirad que soy vuestro amigo Floristan; tal vez yo pudiera ser ese alguien, del cual vos creéis necesitar....

—¡Ah, Floristan amigo, no sois vos, no, quien puede derramar sobre las heridas de mi corazon el bálsamo que necesitan! ¿Pudierais á lo menos darme alguna razon de esta aventura....? pero no, vos nada sabeis!....

—¿Qué aventura? ¿Pardiez! Explicaos, amigo mio. ¿Qué aventura es esa, que tanto parece acuitaros?

—¡Nada, nada! Yo bien decia, no sabeis una palabra

de esto; continuó afligido D. Gaston, y volviendo en sí de pronto, y como si el interés le punzase fuertemente, y el deseo de salir de tan angustiosa situacion le hiciese ver las cosas de otro modo, exclamó con un tono de viva curiosidad, dirigiéndose al capitán: ¿Sabeis quién es esa hermosa desconocida? ¿no me direis quién la traiga aquí?....

Al oir estas dos preguntas, asaltóle á Gimeno una duda terrible que pronto habia de quedar desvanecida. ¿Era el que las hacia, el poderoso dueño de un castillo, que antes de dar rienda á su generosidad queria saber sobre quien iban á recaer sus favores, y á cual esforzado caballero debia premiar como amparador de la desgracia; ó era ademas, el dueño de un corazon mas grande que el castillo, dentro del cual no le embargaba para dar hospitalidad á un amor reciénveido, el tenerle enteramente consagrado bajo solemne juramento á un amor grande, exigente, cual se debía á la augusta nieta de los Reyes de Francia?

Pero en medio de esta duda, y aunque de ella debia nacer alguna repugnancia en contestar, no dejó de decir Gimeno como maquinalmente.

—Tal vez lo sepa, tal vez....

Todo el que haya sido víctima de alguna pasion violenta podrá comprender el valor, que tan ambiguas palabras debian tener para el hijo de la Condesa.

Cuando el hombre se encuentra en un estado semejante; cuando luchando entre la duda y la esperanza, no halla un camino que le conduzca derechamente al término de sus deseos; cuando en medio de esta incertidumbre, viene una voz amiga que le dice, «quizá puedo darte un consejo,» ó un brazo que le impele á tomar cierta direccion; el alma cree, la pasion dá seguridad á esa creencia, y el hombre sigue entonces lleno de confianza ese camino, que no es posible deje de conducirle al término anhelado.

Así se abrió el corazon de D. Gaston á la esperanza, no bien los lábios de su amigo pronunciaron tan consoladoras palabras; y anticipándose á gozar de una dicha que solo podia tener realidad en su imaginacion ardiente y entusiasta, corrió con presteza á abrazar á su amigo, y á reclamar ansioso las noticias que le habia ofrecido.

—¿Con que sabeis quien es esa muger? ¿Con que sabeis tambien quien hasta mi castillo la ha acompañado?

—¿Quiénes os ha dicho tal cosa? Repuso friamente el animoso paladin; y haciendo una pequeña pausa, como para notar el efecto que sus palabras producian en el semblante del afligido Principe, continuó entre sorprendido é indiferente: y aun cuando yo lo supiera ¿de qué pudieran serviros semejantes noticias?

—¿De qué? ¡Ah! y sois vos quien lo dudais? ¡y sois mi amigo....

—¡A fé de Floristan! ¿pero qué tiene eso que ver, con esas preguntas, con esa ansiedad sobre todo, con ese vivo interés que manifestais de que se os informe á todo trance?

—Teneis razon, amigo mio; perdonad esta indiscrecion.... ¿que sé yo! estaba alucinado.... ¿creí que....

No sabia el pobre D. Gaston como disimular su inquietud, ni como recoger las velas que habia empezado á

estender lleno de la mas viva confianza. En medio de su aturdimiento no dejaba de conocer que si su amigo ignoraba de todo punto la venida de aquella muger á su castillo, inútil era su afan y perdidas las esplicaciones que pudiera hacer para darle una idea de su situacion desesperada y de la tormentosa pasion, que en mal hora habia venido á acabar de descomponer sus exacerbados sentimientos. Así habíase ya resignado á devorar en silencio sus pesares, é iba á suplicar á su amigo que le dejase solo, cuando una nueva idea cruzó por su mente, y le hizo cambiar enteramente de propósito.

Es muy difícil de contener esa ansiedad que agita poderosamente el corazon de un jóven de diez y ocho años, cuando un obstáculo insuperable se atraviesa entre su voluntad y el objeto de sus deseos. Llega un instante en que la misma nobleza de los esfuerzos, el mismo espíritu superior á la resistencia que el obstáculo opone, inspira ser mas prudente y comedido, ceder tal vez.... pero esos instantes duran poco; la docilidad no es prenda que se hermane muy bien con el fuego de una pasion que lo devora todo; y al fin y al cabo, sea como quiera comprimida la llama, aun á sabiendas del mismo que en darle pábulo y alimento se complace, al fin esa compresion, esa resistencia solo sirven para que el ímpetu sea mayor, para que el incendio se ensanche y se derrame.

Mas que un incendio, un volcan era en efecto, la pasion que á D. Gaston consumia. Aquel momento de indecision, de retraimiento duró muy poco, ó por mejor no duró mas tiempo que aquel en que su agitacion le permitió conocer esta debilidad. Si hasta entonces habia creído que uno de sus amigos, el mayor amigo tal vez era D. Floristan, entonces vió en él á su único protector, á su ángel tutelar, en una palabra, al enviado de la divinidad para prestar á sus penas consuelo y alivio. Entonces su enagenamiento llegó á tal punto, que (parecerá increíble) llegándose á olvidar de la muger divina por la cual iba á preguntarle, le dijo con un acento de entusiasmo que rayaba en frenesí.

—¡Todo me lo vais á decir, todo!

Floristan permaneció silencioso.

D. Gaston se tranquilizó.

El acceso habia pasado: renovóse en su imaginacion aquella idea hermosa, celestial, tranquila, pura como la misma virtud perseguida, cuyo mas bello tipo parecia ser la religiosa, que continuaba desmayada á pocos pasos de los dos donceles.

Entrambos la miraron á un mismo tiempo y como guiados de un solo pensamiento.

—¿Quién es? repitió D. Gaston, sin poder dar mas treguas á su vivo anhelo de curiosidad.

—Quien pueda ser, yo no lo sé, repuso Floristan; pero lo que os puedo decir, y hasta referir menudamente, porque yo he asistido á ella, es la aventura á la cual se debe el que hasta vuestro castillo haya venido esa religiosa.

—Sepa yo lo que vos sabeis, que lo demas lo averiguaremos juntos.

—Venía yo con mi buen escudero por la llanura de Orthés, cuando á cosa de media legua del pueblo sentí un ruido de cascabeles y pisadas de cabalgaduras hacía

el camino de San Juan de pié de Puerto. A poco rato descubrimos una litera, con grande acompañamiento de caballeros y de gente armada. Tan pronto como nos hallamos á corta distancia, una voz de muger salió de la litera, diciendo: «Caballero, socorredme, que me llevan cautiva contra mi voluntad.»

—Y vos ¿qué hicisteis?

—¿Qué habia de hacer? poner lanza en ristre, afirmarme en los estribos, y enderezando mi troton hacía el que al parecer de capitán de aquella gente hacía, decirle con tono firme y ademan resuelto: «O poneis inmediatamente en libertad á esa doncella, ó lo que fuere, ó desde luego sois conmigo en singular batalla.» La contestacion no se hizo de esperar; el buen adalid cargó sobre mí con toda su pujanza, pero como en la embestida se ladease un tanto su caballo, que era mayor que un dromedario, le metí la lanza por un costado y le salió por el opuesto. Los demas, que tal vieron, se dispersaron cada cual por donde mas en mientes les vino, y solo alguno que otro mal intencionado se entretuvo en aporrear á mi buen escudero, á quien, concluida la aventura, encontré mas molido que cibera.

—Pero ¿y la muger, y la...?

—Tened paciencia, D. Gaston, que de ella iba á deciros ahora. La muger era esa misma que teneis presente, con los mismos hábitos con que la veis vestida.

—¿Pero no os dijo quién era, á dónde la conducian, por qué la violentaban?

—Ya os he dicho que nada sé respecto á su persona. En cuanto se terminó aquella aventura, dióme las gracias y me pidió encarecidamente que la pusiese en seguridad, acompañándola hasta el castillo que mas cercano estuviese. Yo así lo hice puntualmente, y hasta vuestro castillo la vine acompañando.

—¿Y vos os contentasteis con eso? ¿O fué porque no visteis bien su divino rostro y sus angelicales perfecciones?

Estas palabras, animadas por un fuego de entusiasmo que brotaba de los lábios, de los ojos, de los ademanes mismos del hijo de la Condesa, eran dardos que debian penetrar muy hondamente en el lastimado corazon de Floristan. Así solo se contentó con responder:

—¿Y qué mas necesitaba saber? Habia empezado á cumplir mi deber de caballero, sacándola del poder de malandrines; y no debia terminar con una ofensa, una aventura que tan bien habia comenzado.

—¡Ah, bien se conoce que no la habeis visto, Floristan! ¡Si la hubiérais encontrado como yo, desceñida la sien, corrido el velo, á la luz de esa temblorosa lámpara con los ojos elevados al cielo, pidiendo favor y amparo....! ¡Si la hubiérais visto como yo, envuelta en ese misterioso traje!.... ¡Si hubiérais oído la dulce voz, el candoroso acento con que pronuncia sus encantadoras palabras!.... ¡Si hubiérais sufrido por un solo momento el fuego de sus ojos, el elocuente lenguaje de sus apasionadas miradas!....

—¡Bien! Si la hubiera visto ¿qué?... repuso duramente el capitán, cansado ya de oír tantas alabanzas, y devorado á un mismo tiempo por la terrible pasion de los celos, y por el respeto que á la amistad debia.

—;Si la hubiérais visto como yo.... ¡Ah!.... como yo la hubiérais amado....

Floristan quedó como petrificado. La fuerza de estas últimas palabras, que apenas habia podido escuchar claramente (tal era su turbacion), comprimió de tal manera su existencia toda, que solo por un instinto de prudencia y de circunspeccion, logró guardar silencio. Pasados algunos minutos habia ya recobrado su serenidad, y pudo conocer todo el horror de su situacion. D. Gaston seguia hablándole de su pasion, cada vez con mayor entusias-

mo, y apretándole fuertemente la mano con sus manos, le comprimía muy mas el corazon con sus palabras.

En aquel momento de terrible prueba, la religiosa volvió de su desmayo, y conociendo en un solo punto hasta dónde rayaba su desgracia, por lo mismo que tantos eran los que se interesaban de veras en hacerla feliz, exhaló un ¡ay! profundo que dejó enmudecidos a los dos mancebos.

—¿Quién sois, divina muger? fueron las primeras palabras con que rompió el silencio D. Gaston.



Gimeno estaba como petrificado, pero queriendo apurar de una vez la amarga copa de su desventura y averiguar la sospecha terrible del rango superior de su Gimena, añadió tambien con voz en extremo conmovida:

—¿Quién sois? ¿Qué nombre es el vuestro?

Entrambos caballeros esperaban la respuesta con la mayor ansiedad....

La religiosa respondió con voz clara y con acento lleno de dignidad:

—Soy Doña Blanca, hija del Rey de Aragon y de Navarra.

CAPITULO VII.

De como D. Gaston de Fox se hallaba entre la espada y la pared.

—¡La Princesa de Viana! exclamó Gimeno con respeto y con terror.

—¡Doña Blanca! pronunció al mismo tiempo con desesperacion y abatimiento el hijo de la Condesa.

La situacion habia cambiado completamente para los tres personajes de nuestra historia, que se encontraban en aquel aposento.

Gimeno, el Capitan de aventureros, el judío de Mendavia, que por el amor de una villana desconocida, é iluminado al mismo tiempo por la luz de la fe, habia abjurado de la religion de sus padres; Gimeno, que por librar á la gentil labradora de un riesgo, se habia puesto en inminente peligro de perder la vida; Gimeno, que por vengar una ofensa de esta muger, que decia pertenecer á la clase mas humilde y despreciada entonces en aquel reino, no habia titubeado en tomar las armas bajo un terrible salteador de caminos, para convertirse pronto en Capitan de aventureros; ese mismo Gimeno que acababa de salvarla otra vez por el arroyo de su ánimo y la pujanza de su brazo, de manos de sus mas crueles y desapiadados enemigos, acababa de medir con una sola palabra el profundo abismo que le separaba del objeto de sus ansias, del único anhelo de su corazon; de su idolatrada Gimena.

¡Ay! entre la Princesa de Viana y el hijo de Samuel, entre la heredera legitima del trono de Navarra y el antiguo salteador de caminos, habia la misma distancia, la misma imposibilidad de avenencia y reconciliacion que entre la luz y las tinieblas, entre la vida y la muerte, entre el polvo y las estrellas.

Alguna vez habia sospechado el Capitan de aventureros, tanto por el porte distinguido de la villana, como por lo extraño de sus aventuras, que no pertenecia á la clase humilde y despreciable en que apareció primeramente á sus ojos: y por mas que diese rienda suelta á su fantasia, nunca sus sospechas fueron mas allá de tenerla por hija de algun hidalgo, ¿qué efecto pues no debia producir en su ánimo la súbita revelacion de queaquella muger á quien habia requerido de amores, á quien habia tratado de *tu*, era nada menos que la hija de un soberano; la que debia ser su Reina y Señora?

El hijo de la Condesa, de corazon ardiente y volcánico, que por vez primera acababa de sentir el amor con toda la violencia con que esta pasion se abriga en el alma virgen de un jóven, que apenas ha pasado de los cinco lustros; D. Gaston, que envuelto en las redes de una intriga, habia sido arrastrado al altar para dar su mano y enlazar su suerte con una muger aborrecida; D. Gaston, que en un solo dia llegó á comprender el precio inestimable de su libertad y de una pasion correspondida, habíase enamorado con delirio del primer objeto digno de su amor en que tropezaron sus ojos; acababa de saber tambien que la persona que tan hondo volcan habia encendido en su corazon, era la enemiga de su familia, deudora suya inmediata, la hermana de su madre, de quien tantas veces habia oído hablar, y á quien hoy por vez primera y de un modo tan extraño conocia.

Como si la Providencia, para refrenar los ímpetus de su corazon audaz, sabiendo que sus pasiones rompian y atropellaban fácilmente los diques que suelen contener á las almas y caracteres de otro temple, hubiese querido reforzar este dique con otro nuevo, robusto, insuperable; despues de la fidelidad que debia á su esposa, le presentaba otra barrera, la del respeto que debia á la hermana de su madre.

Sin embargo, faltaba todavía otro nuevo obstáculo mas

invencible tal vez para un corazon leal, que todos los anteriores.

Parecia una lucha titánica, y los Dioses del Olimpo amagados por una pasion de gigante se complacian en echar montañas sobre montañas para sofocar el amor impio del mancebo.

—Sí, yo soy, repuso Doña Blanca al observar la profunda conmocion que sus primeras palabras habian producido: soy Doña Blanca de Navarra, la oveja miserable que, huyendo de las persecuciones del lobo, se ha refugiado en una caverna de tigres.

—¡Señora..... perdon! exclamó Floristan cayendo de rodillas delante de la Princesa y no atreviéndose á levantar los ojos para clavarlos en aquel régio semblante, que hasta entonces habia profanado con sus miradas.

—Alzad, Gimeno, alzad, le contestó con dignidad la Princesa; y luego añadió con amarga sonrisa: no conviene que vean puesto de hinojos al amigo de la Condesa, al que será sin duda uno de sus mas ardientes y celosos partidarios; uno de los que mas sangre ha debido verter de nuestros defensores. No conviene que le vean delante de la muger proscripta, perseguida, calumniada, y próxima tal vez á perecer á manos de sus enemigos.

Gimeno no se atrevia á pronunciar una sola palabra: hallaba justa la observacion de la Princesa: él que tanto la queria, él que tantas veces habia arriesgado la vida en su defensa, él era Agramontes, y de los dos bandos en que se hallaba entonces dividido el reino de Navarra, pertenecia al bando enemigo de la Princesa, y para adquirir en poco tiempo la fama de terrible y valeroso que habia adquirido en mil afanes ¡ay! cuántas victimas habia sacrificado, cuántos amigos, cuántos leales defensores de su amada habian perecido al filo de su espada!

Gimeno, confundido, anonadado, no tenia voz para replicar, ni aliento para levantarse del suelo.

Doña Blanca interpretó este silencio por la confesion de su conciencia.

—Y vos tambien, Gimeno, vos tambien habeis sido conmigo como los demas hombres, falso, traidor, desleal; habeis peleado con los hombres que me conducian para ganar el premio con que sin duda debe recompensar mi hermana al que me presente en su castillo?

Es preciso confesar que el dolor hace injustas á las almas mas nobles y generosas.

Doña Blanca se hallaba en una de aquellas situaciones inesplicables, superior á los cálculos de nuestra fantasia, que no puede comprender un cúmulo de combinaciones extrañas, que hacen de los acontecimientos amontonados un intrincado laberinto. Su dolor era profundo, acerbo: por otra parte, veia inevitable su perdicion, y alimentada hacia tanto tiempo por la amarga hiel de los desengaños, no era extraño que para salir de aquellas dudas creyese posible un desengaño mas.

El Capitan de aventureros, abrumado por una sospecha tan injusta, herido en lo mas vivo de su corazon, quiso recobrar su dignidad, se puso en pié con algun despecho; pero transcurrido apenas un solo momento, clavó sus ojos en la Princesa con inefable ternura; cru-

zó los brazos en el pecho, un raudal de lágrimas se le agolpaba á los ojos y con trémulo acento:

—¡Gimena, Gimena! dijo; pero añadió de repente con voz humilde y respetuosa: ¡Señora, señora..... no me habeis conocido!

Aquella mirada de Gimeno, aquel acento que partía del corazón, aquel recuerdo de sus pasados tiempos dió á entender á la Princesa la injusticia de sus reconven- ciones.

—Sí, sí, lo comprendo; perdonadme, repuso Doña Blanca. Era imposible que en tan corto tiempo aquella alma pura, aquel corazón noble que conocí en Mendavia, en el estruendo del combate y en el ejercicio de las armas se hubiese convertido en desleal, en cobarde y villano: era imposible que aquel corazón enamorado.....

—Callad, callad, repuso Gimeno mirando con terror á su amigo, que al oír estas palabras levantó su frente inclinada hácia el suelo, y clavó en Gimeno unos ojos de furor sombrío.

—¿Con qué la amábais? ¿la amábais sin conocerla? esclamó D. Gaston con voz de trueno. Pero luego recordando la delicadeza de su amigo en haberle ocultado esta pasión, añadió con resolución y reconocimiento. Doña Blanca, es cierto que os hallais en el alcázar de vuestros implacables enemigos; pero las leyes de la hospitalidad os hacen inviolable. Yo sabría dar mi vida por vos, antes que permitir se faltase al respeto de mi huésped. Sin conoceros os ha traído mi amigo Floristan al castillo mismo, adonde mi madre obedeciendo todavía á una voluntad superior os conducía para haceros renunciar á la corona: es fácil que la Condesa sepa muy pronto vuestro paradero, pero no temais, estais bajo mi amparo y debeis vivir libre de temores. Otros hay mas terribles para mí, como que nacen de mi corazón; por eso creo lo mas seguro que salgais inmediatamente de este castillo y vayais á demandar auxilio á un reino extranjero.

—Decidme una sola cosa D. Gaston. Hace dos años que me han tenido presa, sin comunicacion alguna con el mundo: ya que teneis la generosidad de dejarme partir y de librarme del furor de vuestra madre y hermana mia; decidme, ¿dónde está Carlos vuestro tío y mi hermano? ¿dónde está el Príncipe de Viana? En él solo encontraré refugio.

—Señora, respondió tristemente D. Gaston, el Príncipe de Viana hace un año que está gozando de Dios.

—¡Mi hermano, mi hermano Carlos! ¡ah! nada me importa ya morir.

En aquel momento se oyó el estruendo de las pisadas de algunas personas que venian aceleradamente.

—En el nombre de Dios, señora, huyamos pronto le dijo Gimeno; vuestros enemigos se acercan.

—¡Mi pobre hermano! repetía la Princesa con abatimiento.

—Sois heredera de la corona de Navarra, sois la Princesa de Viana, y es preciso que os conserveis para la felicidad de vuestro reino.

—Salid de aquí, señora, antes que mi madre os vea.

Las pisadas se iban aproximando; la voz de la Condesa dominaba el estruendo.

TOMO I.—DICIEMBRE DE 1845.

Las carcajadas insolentes de los que la acompañaban hacian conocer la seguridad de su triunfo.

El Capitan de aventureros se dirigió á la puerta para no permitir á nadie la entrada, y esclamó con serenidad:

—Ya es imposible que salgais, sino os abro camino con mi espada. Venid, venid á mi lado, que ya tiene Gimeno costumbre de salvaros la vida.

D. Gaston adelantándose tambien hácia la puerta le dijo á su amigo.

—No, todavía le queda la esperanza de la fuga.

Echó el cerrojo á la puerta: cojió una capa y un sombrero que puso á la princesa sobre los hombros, para que saliese disfrazada.

Entretanto la Condesa de Fox habia llegado á la puerta del aposento, y daba golpes terribles llamando al mismo tiempo á su hijo.

Parecia imposible escapar; pero D. Gaston abriendo una puertecilla secreta que comunicaba por una escalera á una muralla del castillo, encaminó por ella á Floristan y á la Princesa, y mirándola por última vez, dijo á Doña Blanca con acento de ternura:

—Adios, Princesa, acordaos de que en el castillo de Orthés no son todos enemigos vuestros.

—¡Gaston! amado sobrino, hoy es la primera y última vez que nos vemos ¿no tienes un abrazo para tu tia?

—¡Ah! esclamó D. Gaston precipitándose en su seno y estrechándola contra su pecho.

Así permanecieron algunos instantes.

Los golpes se redoblaban en la puerta. Los gritos de la Condesa eran cada vez mas impetuosos.

Floristan estaba sufriendo mil tormentos.

Pero D. Gaston, que habia gozado un momento de la felicidad suprema, al tiempo de desprenderse de los brazos de Doña Blanca parecia que el alma se le arrancaba del cuerpo.

Por un solo instante vaciló en su resolución: por un solo instante cruzó rápidamente por su imaginacion la idea de la felicidad que podia disfrutar al lado de la Princesa; pero haciéndose superior á sí mismo repitió con acento dolorido:

—¡Adios, adios, para siempre!

La Princesa salió del aposento.

Floristan iba en pos de su amada, pero le detuvo de repente D. Gaston y le dijo con voz sorda y profundamente conmovida:

—Floristan, Floristan, cuando yo muera le dirás cuanto he sufrido al desprenderme de sus brazos.

El Capitan de aventureros le apretó las manos, y se dirigió trás de la Princesa.

Don Gaston cerró la puerta secreta al mismo tiempo que la principal caía desquiciada en el pavimento, empujada por los robustos hombros de Mosen Pierres de Peralta.

—Profundamente dormido estábais, D. Gaston, dijo la Condesa de Fox al entrar en el aposento, y dirigiendo en torno las penetrantes miradas del tigre que busca su presa; y á la verdad que tan profundo letargo puso en alarma mi corazón de madre.

—Y ha sido efecto de vuestra impaciencia, contestó

D. Gaston de espaldas á la puerta y no atreviéndose á dar un solo paso: ha sido efecto de vuestra inquietud el haber tomado por asalto mi morada?

—¿A qué otra causa puede atribuirse? estos caballeros

son testigos del sobresalto con que he sabido que permaneciais..... *solo*..... enteramente solo en una habitacion tan sombría y retirada.

—¿Teniais miedo de que me sucediese alguna des-



gracia, que habeis venido acompañada de tantos caballeros, y de caballeros armados, añadió D. Gaston señalando á Sancho de Erviti, que venia todavía cubierto con su armadura salpicada de su propia sangre.

—Como sois tan joven y tan inesperto, tengo siempre miedo de que en estas *soledades* sufra algun extravío tu buen corazon. Esta habitacion, ademas, es muy sombría y desamparada; tiene, no debes dudarlo, comunicaciones peligrosas con la parte exterior del alcázar; y por eso, añadió la Condesa con una sonrisa altanera que contrastaba con la dulzura de su acento, para que no pudieseis vos temer peligro ninguno por un descuido fatal de los muchos malhechores que vagan por estas comarcas, he mandado echar una nueva llave á la puerta que está al fondo de la escalera.

—¡Cielos!

—¿De qué te asustas?

—¿Y quién tiene esa llave?

—Yo.

—¡Vos!

—¿En qué manos ha de estar mas segura que en las de una madre?

—¡Ah! lo conozco, lo sabeis todo, lo habeis escuchado todo.

—Me asombran vuestras palabras y me haceis sospechar, hijo mio, que os habeis visto amenazado en esa comunicacion.

—No, por mas que disimuleis lo sabeis todo, madre mia; pero tambien debeis saber los deberes de la hospitalidad.

Al decir estas palabras D. Gaston se aproximaba cada vez mas á la puertecilla secreta, queriendo poner un muro entre los fugitivos y sus perseguidores.

—Confieso que son un enigma tus palabras, hijo mio; pero el corazon de una madre, el instinto de su amor le anuncia alguna desventura. Abridme paso: quiero enterarme por mis propios ojos.....

Doña Leonor dió algunos pasos hácia la puerta.

Gaston permaneció impasible.

—Abre paso: yo te lo mando.

—No, no os puedo obedecer.

—Abre inmediatamente, repuso la Condesa con imperio.

—Jamás, volvió á repetir D. Gaston.

—¡Hola, caballeros, servidores míos! ¡Apartad de ahí á un hijo desobediente!....

Don Gaston entonces desnudó la espada y replicó con entereza:

—Quien quiera que se atreva á dar un solo paso, habrá de medir su acero con el mío.

Todos los caballeros desnudaron sus espadas.

Doña Leonor se acordó entonces de que era madre

y viendo amenazado á su hijo por tantos enemigos, exclamó poniéndose delante del generoso mancebo.

—No hay necesidad de derramar una gota de sangre. La puerta del castillo es robusta, no se desquicia fácilmente.... hay además centinelas por la parte de afuera.... es imposible que los fugitivos escapen por la puerta falsa....

—Saldrán por la principal, exclamó Gimeno abriendo con estrépito y de par en par la puertecilla secreta. ¡Atrás! ¡Atrás, miserables, atrás! volvió á clamar con voz rencorosa, blandiendo en alto su tremenda y resplandeciente espada.

F. NAVARRO VILLOSLADA.

VIAJES.

CARTA TERCERA.

Nápoles, Mayo de 1845.

Mi querido Alfredo.

Mi carta de hoy será sobremanera larga, pues tengo que hablarte de mi visita á las ciudades de Herculano y de Pompeya. Y si de cada una de estas cosas tratáre detalladamente, estoy seguro que el volúmen solo de mi epístola sería bastante para espantarte.

Anteayer realicé por fin mi escursión á estas ciudades romanas que tanto ansiaba ver. Hay un ferro-carril muy cómodo y muy equitativo; pero á mí me parecía una profanación dirigirme á visitar tan venerandas ruinas, conducido nada menos que por el mas perfecto de los locomotivos modernos. Tomé por consiguiente un cabriolé de alquiler portodo el dia, y á lassiete de la mañana, salí para Pórtici. Allí dejé mi cabriolé y seguido del guia me fuí á Herculano (*Herculaneum* ó *Herculium* de los antiguos). No se sabe fijamente la época de la fundacion de esta ciudad, pero segun conjeturan algunos historiadores se remonta hasta 50 ó 60 años antes de la guerra de Troya. La bañaba el *Sarno* y fué habitada sucesivamente por los Oscos, por los Etruscos, por los Griegos y por los Samerolas. Plinio y Horacio la colocan en el rango de las ciudades mas florecientes de la Campania, y Ciceron nos cuenta que los *Fabios* tenían allí su *Villa*. La espantosa erupcion que sumergió á Herculano y otras ciudades de la Campania, es un acontecimiento harto conocido. Plinio el jóven, testigo ocular de esta gran catástrofe, ha dejado una descripcion de ella, en la cual cuenta el deplorable fin de su tio, que se hallaba allí en calidad de comandante de la flota romana. Esta erupcion acaeció el año 79 de la era cristiana y primero del reinado de Tito. La materia que cubrió á Herculano era una ceniza fina, parda y brillante, que corria lentamente al pare-

cer, por el pequeño número de cadáveres que se han encontrado en las escavaciones; notándose tambien la escasez de efectos preciosos ó de fácil transporte, lo que prueba que los habitantes tuvieron tiempo de huir. Tambien se cree que esta lava al caer estaria inflamada, porque la mayor parte del maderaje de las casas se ha encontrado absolutamente carbonizado. El estuco formado por la mezcla de esta ceniza con el agua de las lluvias, tomó tal consistencia y solidez que ha sido bastante para conservar intactos muchos de los objetos que cubria. Por esto podemos admirar despues de cerca de 18 siglos, algunas pinturas, cuyo brillo, frescura y vivacidad de colorido, las hacen parecer una obra reciente.

Todo el mundo sabe que el descubrimiento de esta ciudad se debe á unas escavaciones que mandó hacer el principe de Elbæuf, Manuel de Lorena, á principios del último siglo. Queriendo este magnate construir una casa de recreo en Pórtici, y no encontrando el artista á quien habia encomendado la ejecucion de varios trabajos de estuco, una cantidad bastante grande del polvo de mármol fino que para ello se requeria, un paisano de Pórtici encontró mas del necesario, cavando en el foso de la casa. Por cuenta del Principe se continuaron las escavaciones, encontrándose al cabo de algunos dias de trabajo una estatua de Hércules, y otra de Cleopatra. Estos hallazgos animaron al Principe, quien hizo continuar activamente los trabajos, viéndose recompensado en breve, con una multitud de descubrimientos interesantísimos, cuya enumeracion sería en extremo prolija. Los numerosos y brillantes resultados obtenidos por el Principe, acabaron de abrir los ojos al gobierno, y en consecuencia, fueron suspendidos los trabajos, hasta al-

gunos años después, en que nuestro D. Carlos III, habiendo subido al trono de Nápoles, quiso construir un palacio en Pórtici en 1736. El Príncipe cedió entonces al Rey su casa y aquellos terrenos que habían sido para él un manantial tan fecundo de riqueza. Desde luego, hizo el Rey practicar una excavación á 80 pies de profundidad perpendicular, y se tardó muy poco en reconocer la existencia de una ciudad entera, con calles, plazas, teatros y templos. También se descubrió el cauce del río que la atravesaba, por donde corría aun, según dicen, alguna parte de sus aguas. La mayor parte de estas noticias las he tomado de las memorias de algunos anticuarios, porque en el día la atención de los viajeros está fija con preferencia sobre Pompeya, que además de ser una población mucho más considerable, reúne la ventaja de poder examinarse á la luz del sol por estar casi al nivel del suelo.

Desde Pórtici, tomé otra vez mi carruaje, y divertido con las agudezas del muchachuelo que lo guiaba, y con las disertaciones *Ciceronianas* de mi instruidísimo guía, llegué sin accidente á la famosa Pompeya.

Esta ciudad, que era una de las más importantes de la Campania, está situada sobre el golfo de Nápoles, al pie del Vesuvio por el lado del Sur, y tiene un puerto bastante cómodo en el Sarno. Las antiguas erupciones de su temible vecino la habían abastecido de piedras para el pavimento de sus calles, que existe aun en un estado de conservación casi fabuloso, sobre todo en algunas como la de los sepulcros etc. Fué sumergida por la misma erupción del año 79, y como Herculano parece que lo fué gradualmente, porque se han encontrado poquísimos esqueletos. ¿Pero cómo podré espresarte el tropel de tumultuosas sensaciones que experimenté, paseando por aquellas calles romanas, visitando aquellas casas, en muchas de las cuales hay hasta muebles y utensilios destinados á los diversos usos domésticos? Yo me adelanté á los guías y me interné solo con mis pensamientos en las regulares calles de la celebrada ciudad. El aislamiento casi absoluto en que me encontraba, contribuyendo mucho á la exaltación de mis ideas, hacíanme volver azorados los ojos al oír el más pequeño ruido, y esperaba á veces ver aparecer llena de majestad la sombra de algún ilustre varón romano, revestido de la toga consular.

Hace cerca de 80 años que nuestro D. Carlos III hizo empezar las excavaciones, y hasta nuestros días se han continuado con más ó menos actividad; pero es muy probable que aun no se haya llegado á la mitad del trabajo. Sin embargo, el viajero puede recorrer más de veinte calles anchas y regulares, con aceras en ambos lados; tanto estas, como el resto del empedrado se componen de las más ó menos grandes de lava. Puede visitar muchas casas, y observar todas las partes que las componían; pasearse en dos foros, visitar dos teatros, nueve templos, un anfiteatro, un cuartel, un cementerio, y seguir la línea de las murallas por espacio de dos millas. Los objetos de arte, y los necesarios á los usos de la vida, se transportaban, conforme se iban hallando, á los museos reales de Pórtici y de Nápoles; pero un decreto soberano muy reciente, ha ordenado que todos los objetos

que se descubran en adelante, se dejen en su lugar á fin de que no se pueda suponer que manos profanas hayan alterado la verdad y originalidad de estos monumentos.

De este modo, he podido ver infinitos muebles de mármoles y bronce, de elegantísimas formas y perfecta ejecución, mosaicos finísimos, hasta en el pavimento de algunas habitaciones, y muchas pinturas en las paredes. En el sótano de la casa de Marco-Arrio-Diomedes, situada en la acera derecha de la calle de los sepulcros, se ven aun una multitud de ánforas de barro, donde conservaban los romanos el vino. En este lugar se encontraron, según dicen, siete ó nueve esqueletos, que se supone serán los de la familia que se refugiaria allí al principio de la erupción creyéndola pasajera, y perecerían después de hambre.

En la absoluta imposibilidad de darte una descripción detallada de las cosas halladas en Pompeya, te diré solamente que se ha encontrado trigo en algunos graneros, huevos petrificados y hasta pan. En una botica se encontraron varios botes de mármol, y en uno de ellos un medicamento que los químicos han analizado, y han dicho que era un bálsamo. Esta composición conserva aun en el estado de estrema dureza que tiene hoy, cierto color, y un olor agradable bastante fuerte. Todas estas cosas están en el día en el museo Borbónico.

Terminaré mi noticia sobre Pompeya, reproduciendo algunas inscripciones interesantes, halladas en diversos lugares de la ciudad. En una de las tumbas de la calle de los sepulcros se lee en caracteres rojos bastante grandes:

Mammia P. l. Sacerdotipublicæ locus sepulturæ datum decurionum decreto.

Otra muy singular que ha sido llevada al museo dice:

In prædilis Juliae S. P. F. Felicis locantur, balneum venerium et nongentium tabernæ pergula cænacula ex idibus aug. primis in idus aug. Sextas annos continuos quinque S. Q. D. L. E. N. C.

BILLETES DE TEATRO.

Car. II.

Cun. III.

Grad. VIII.

Casinaí.

Plant.

En una de las casas más notables por sus proporciones y por el lujo de los mosaicos y pinturas del interior, leí escrita sobre el dintel de la puerta principal la salutación latina tan conocida: Ave! pero con h, en esta forma Have!

Si te hubiese de hablar, ya que no de las preciosidades infinitas que encierra la desgraciada Pompeya, por serme imposible, de mis propias ideas al contemplar la gigantesca grandeza de aquel pueblo, cuyas empresas nos causan aun tan profunda admiración, y harán la de las generaciones más remotas, habria menester de amplísimo volúmen, en vez de los estrechos límites de una carta. Digno por cierto, era aquel pueblo, de la exclamación con que espresó el entusiasmo que le causaba, el inmortal autor de la Eneida, cuando después de narrar

la ira de los dioses contra su héroe, el valor indómito de este y sus ilustres virtudes, termina exclamando: *Tanta molis erat romanam condere gentem!*

Aun te escribiré una ó dos cartas desde esta hermosa ciudad, pues el tiempo urge, y sino he verificado mi proyectado paseo á Grecia y Turquía antes del mes de junio

me será ya imposible por el insoportable calor, y por el miedo de la peste de Oriente, que es mas sensible durante esta estación. Adios pues, hasta dentro de dos ó tres dias.

J. H. G. DE Q.



(Alegoria del mes de Diciembre.)

REVISTA DEL MES DE DICIEMBRE.

Bajo malos auspicios se inauguró este mes, pues el día primero á las cinco y media de la mañana se sintió un ligero temblor de tierra en esta capital que duró unos diez segundos. Los que oyeron sus primeras ondulaciones, que no habrán sido todos, porque una tercera parte del vecindario de Madrid á tales horas no distingue de colores ni de movimientos, dicen que fueron bastante perceptibles, aunque no muy fuertes: los demas se dan el parabien, por no alterar nunca su sistema higiénico. Nosotros, que tambien tenemos el nuestro, no pudimos menos de ver con sentimiento, que así se diese principio al último mes del año de 1845; porque preveíamos grandes catástrofes, y porque se desvanecía en nuestro ánimo la buena ilusión que nos habia dejado la publicación

Tomo I.—DICIEMBRE DE 1845.

de la bula de la Santa-Cruzada, verificada el día anterior con las solemnidades de costumbre. Está visto que aunque dicen que *hay bulas para todo*, la que se publicó en esta corte el día 30 de Noviembre no sirve para terremotos.

Por lo demas, el mismo presentimiento que nosotros tuvimos, debió acometerles á algunas personas de las que en la misma noche acudieron á la representación del teatro del Instituto, pues se apoderó de sus corazones tal miedo á morir quemadas, que se empeñaban en salir de allí y no se contenían á pesar de las seguridades que les dieron los acomodadores para que se tranquilizaran: averiguada la causa del olorcillo á fuego que estas personas habian advertido, resultó que se

CARICATURAS SOBRE EL MAGNETISMO,

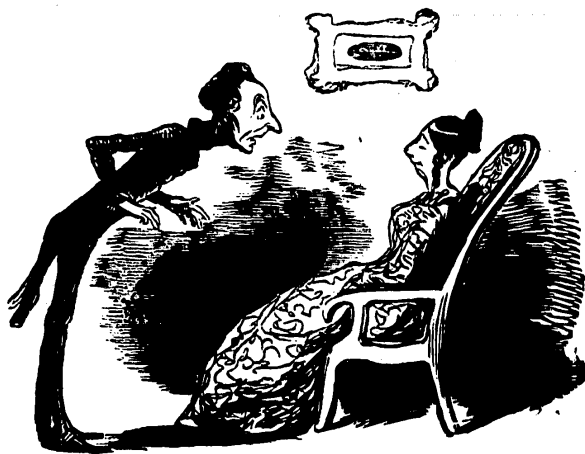
POR D. F. LAMEYER.



Discipulo del Señor Cubi haciendo ensayos sobre el magnetismo animal.



El magnetismo aplicado á la industria.



El magnetismo aplicado á la perfeccion moral de la sociedad.— Marido que duda de la fidelidad de su mujer y pregunta por el padre de sus hijos.



Inconvenientes para el órden público.—Peligro de que los agentes de S. P. se pongan bajo la influencia del magnetismo.



Seguros de la vida.—La liebre magnetizando al cazador.



Vision magnetizada de un diputado de la oposicion en todas épocas



Vision magnetica de un médico



Cabeza de un gran mérito frenológico



Visión magnética del Editor del Siglo Pintoresco.

habia quemado un trapo. Perdónenos el Instituto que le saquemos al aire sus trapos en nuestra revista, ya que segun parece no estan asegurados de incendios.

Pero volviendo al temblor de tierra y á las personas que le sintieron, no sabemos cómo algunos albañiles (que debieron oirlo) se atrevieron á trabar contienda en la mañana del 3, con los estudiantes de la Universidad de esta corte (que no debieron sentir el temblor de tierra) dando márgen á que el templo de Minerva se convirtiese en campo de Agramante. Mas lo cierto es que así lo hicieron, y hubo palos y hubo pedradas y hubo albañiles heridos y estudiantes heridos, y faltó poco para que algunos catedráticos que tomaron el papel de pacificadores, llevasen tambien sus correspondientes golpes y magulladuras. Siempre ha sido espuesto el oficio de *Conciliador*, verdad que debió haber tenido muy en cuenta el periódico político que con ese título se publicaba en esta corte, para tomar la sana determinacion de retirarse á la vida privada á los ocho dias del mes de Diciembre; no sabemos si al efecto habrá influido en parte el triste presentimiento que nosotros sentimos en vista del temblor de tierra que algunos sintieron; pero en lo que no puede caber la menor duda es en que, si el *Conciliador* conocia el espíritu preocupado y progresivo de esta época (como no podia menos de conocerlo á fuer de monárquico), y si sabia (como no podia menos de saberlo á uer de periódico) que en la noche del dia siguiente habia de reunirse en el salon del Liceo la nueva sociedad frenológica matritense; debió decir para sus columnas: «¿cómo es posible conciliar extremos tan opuestos?» y murióse de estupefaccion encomendando sus intereses, ó por mejor decir, los de sus suscritores al *Pensamiento de la Nacion*. No falta quien asegure que á los pocos dias, entre las muchas cabezas que caian en manos de

la tal sociedad para ser examinadas, se presenó una que todos supusieron pertenecer á un ex-periodista, y en la cual ninguno de los inteligentes pudo encontrar el órgano de la *conciliabilidad*.

El dia 7 de este mes se celebró capítulo de caballeros de la orden de Carlos III, suceso que bien merece un capítulo aparte, siquiera por ser el primero que se ha celebrado desde la muerte del último Monarca. Verificóse esta solemne ceremonia en la capilla del Real Palacio. A las once entraron en las tribunas las augustas Reina Madre y Serenísima Infanta Doña Luisa Fernanda, y poco despues S. M. la Reina, precedida de los caballeros y grandes cruces de la orden; atravesó desde su real cámara por las galerías, y entrando en la capilla por la puerta principal, se colocó en el magnífico sillón que le estaba preparado para presidir el capítulo como gran Maestre de la orden. Vestia S. M con la mayor dignidad al par que con gracia y elegancia, el traje de la orden, llamando la atencion el lujo de los bordados de su menuda pedrería y los ricos brillantes que esmaltaban su birrete. La reunion fué de lo mas numeroso y escogido; si bien el número de individuos de la orden era reducido, pues apenas llegarían á 60 entre caballeros y grandes cruces, distinguiéndose estos por las plumas blancas de sus birretes, á diferencia de los primeros que las llevaban azules. En este capítulo profesaron varios caballeros grandes cruces, entre los cuales se cuentan los Duques de Rianzares y de Valencia, que durante la ceremonia tuvieron sus collares en la mano.

Con el título de *El arte de hacer fortuna* se representó en el teatro del Principe una comedia del famoso escritor D. Tomás Rodríguez Rubí, que obtuvo un éxito brillante y seguramente bien merecido. Bien quisiéramos hacer un análisis detenido y minucioso de esta hermosa

composicion , que reúne en alto grado las buenas dotes que su autor sabe dar á todas las que salen de su pluma; pero los estrechos limites de nuestra reseña , nos impiden pagar hasta ese punto el tributo que la critica debe al *Arte de hacer fortuna*. El pensamiento que domina en esta comedia , es el de presentar los medios mas fáciles con que se logra una buena posicion social en esta época de agitacion y de efervescencia, demostrando que la osadía y cierta serenidad imperturbable en medio de los mayores obstáculos , son hoy mejores instrumentos de hacer fortuna , que los conocimientos mas sólidos y la modestia que suele nacer del verdadero mérito. Un plan sencillo bien concebido y hábilmente presentado , caracteres dibujados con tanta propiedad que parecen retratos sacados al *daguerreotipo* de nuestra sociedad , un diálogo animado y correcto , y una versificación como la de todas sus comedias , constituyen la última del señor Rodríguez Rubí , como una de las mas bien acabadas de nuestro moderno repertorio dramático. De buen grado se le pueden perdonar á tan juicioso escritor los lijeros defectos de sus obras , en gracia del celo y entusiasmo con que trata de enriquecer nuestro teatro nacional , sin dormirse nunca bajo el peso de los laureles , que no son en verdad pocos los que lleva recogidos en tan difícil y escabrosa senda. Merced á sus esfuerzos y á los de otros aventajados escritores , van perdiendo las traducciones de dramas estrangeros la inmensa voga , que tan en desdoro del ingenio español habia adquirido en nuestra escena; resultado á la verdad , no pequeño para los que estiman por hoy en lo que vale la literatura española , y de mayores consecuencias para lo sucesivo. Diremos de paso acerca de la representacion , que la señora Lamadrid ha demostrado sumo acierto en la eleccion de esta pieza para su beneficio , y que ha merecido con justicia los aplausos con que el público distingue siempre á esta aventajada é inteligente actriz.

Esta es la gran novedad teatral durante el mes de Diciembre; las compañías de ópera han continuado repitiendo algunos *spartitos* ya conocidos en nuestros teatros , y que hemos examinado en algunas de las anteriores revistas. Pero fuera de este círculo , y en la misma region de los gozes morales , se ha propagado en esta temporada por todas las clases de la sociedad madrileña la afición á la *frenología* , al *magnetismo* y al *sonambulismo* en términos descompasados y casi increíbles. No ha habido amante que no quisiese ver y tocar las insensibles facciones del rostro de su amada; ni mamá que dejase de magnetizar á la niña *Amalia* porque es triste , á la *Emilia* porque es alegre , y á la *Cecilia* porque carece de entrambas cualidades; ni marido que no se haya propuesto llevar un poco mas allá sus investigaciones matrimoniales. Un verdadero *furor magnético* puso en estado de crisis permanente á esta sociedad durante algunos dias , y á pesar de haber oido diez y ocho lecciones consecutivas al señor Cubí en el Liceo artístico y literario de esta corte , aminoradas por las muchas que el *buen propagador* daba en las reuniones particulares , todavía se empeñaban los nuevos apóstoles de la ciencia en que se habia de abrir otro curso para los adultos en el mismo Liceo y mediante una

matrícula doble de la primera , proyecto que en realidad hubiera dejado á no pocos bolsillos en un estado de *completa insensibilidad*. Copiosos han sido de todas maneras los frutos que el profesor recogió de su siembra en los campos de Madrid , frutos que debian animarle á ensayar la nueva sementera para recoger enpoco tiempo cosechas duplicadas ; pero como la *mission* del magnetizador es providencial , en cuanto la providencia consiente que sus preciosas al par que incomprensibles obras , anden siempre rodando entre las manos de empiricos y falsos profetas , y siendo tales las conversiones obtenidas en esta corte en favor de la causa de la regeneracion social por la frenología y el magnetismo , cuya comision por lo que hace á los dominios españoles , corre á cargo del señor Cubí , valor en cuenta con sus correspondientes alumnos de ambos sexos ; el vice-gerente providencial no debia detenerse un momento en su *mission civilizadora* ; y así es que sin despidirse de nadie (porque los *frenólogo-magnéticos* no tienen tiempo para ser demasiado corteses) tomó el camino de las Andalucías , donde el número de los prosélitos y convertidos se aumenta de dia en dia de una manera maravillosa. Mas volviendo á nuestra corte debemos decir , que si bien ha pasado aquel furor de los primeros dias , nótese aun en la actualidad bastante celo y entusiasmo y *portentosas aplicaciones de la ciencia*. Con estas parece que van perdiendo su mérito dos cosas , el *amor* y la *policia* ; en cambio , la poblacion aumenta. Por eso sin duda el señor Cubí destinó una parte de la leccion 8.ª á examinar la célebre teoria de Malthus y de otros economistas no menos entendidos en la materia. Baste por hoy de teoria frenólogo-magnética ; en cuanto á la parte práctica , en otro lugar de este número pueden ver nuestros lectores algunos esperimentos , tomados á la aventura entre los infinitos casos que diariamente se repiten. Al mismo tiempo tambien debemos recomendar los juguetes cómicos titulados *D. Gurrumino ó los magnetizadores , y frenología y magnetismo* , mas por lo que tienen de la mania corriente , que por su mérito como obras dramáticas. Uno y otro han merecido colmados elogios y aplausos , prueba indudable de que sus autores han conocido á fondo el estado de pasion en que el público se encontraba.

Entretanto la literatura vá adquiriendo alguna que otra obra , sino de grave trascendencia , en que resplandecen por lo menos las dotes del buen gusto. En estemes se publicó la nueva *Galeria Literaria* de D. Antonio Ferrer del Rio , y empezaron á repartirse las primeras entregas de la novela de D. Ramon de Navarrete titulada *Madrid y nuestro Siglo*. Es la primera una coleccion escogida de las biografías de nuestros principales ingenios contemporáneos , trabajo esmerado y correcto en que su aventajado autor nos ha dado una nueva prueba del gusto esquisito , y de los profundos conocimientos que tiene en materias literarias , de la critica concienzuda (hasta cierto punto , y diremos por qué) con que sabe analizar las producciones de cada cual ; y al mismo tiempo nos ha hecho conocer curiosos pormenores narrados con todo el interés , gracia y poesia de una novela , acerca de los primeros ensayos y de la vida literaria de muchos de

nuestros escritores, con los cuales se halla unido en relaciones de buena amistad el señor Ferrer. Por esta razon creemos, y ese es el *por qué*, ofrecido arriba, que la critica del acreditado biógrafo no es concienzuda sino *hasta cierto punto*: es concienzuda en cuanto presenta siempre en primer término las bellezas de mayor mérito, con raro tino y buen discernimiento; no es concienzuda, en cuanto no es del todo imparcial, pecando algunas veces del lado de los encomios y alabanzas, leve defecto que honra el corason del escritor, que entre dos escollos se ha dejado caer arrastrado por su buena índole en el mas perdonable. Si el señor Ferrer del Rio hubiera destinado solo á sus amigos, los bien coloridos retratos que de muchos de ellos ha pintado en su *Galeria*, nada diríamos nosotros que sabemos respetar y hasta aplaudir la pasion predilecta de las personas corteses; pero como la obra venia encaminada á un público que no suele ver por el prisma de la amistad, ni de la cortesania siquiera, las producciones literarias de algunos de los escritores retratados; creemos forzoso repetir que el señor Ferrer debiera haber estado con algunos personajes mas imparcial, menos amigo de sus amigos, si esto puede exigirse. La *Galeria* está escrita en lenguaje correcto y puro, y estilo florido y galano; es una obra en fin, que una vez comenzada no puede dejarse de las manos hasta su conclusion.

En cuanto á la novela del señor Navarrete, las pocas entregas que hasta ahora hemos leído no nos permiten emitir una opinion completa, si bien es muy aventajada la que siempre nos han merecido las obras de este jóven escritor. Diremos sin embargo, que el estilo es muy propio del género novelesco, que hay bastante correccion en el lenguaje, que comienza desde las primeras páginas el interés, y que se va aumentando al paso que adelantan los capitulos; sobre todo lo que notamos desde luego en esta obra como en todas las que salen de la pluma del autor de *Madrid y nuestro Siglo*, es un conocimiento profundo de todas las clases del pueblo, hasta las mas humildes y degradadas. Un periódico ha anunciado que esta novela se publicaria en Paris, traducida al francés, y casi al mismo tiempo que en esta corte; y que el *Courrier français* iba á dar en sus folletines con el título de *Croyances et deceptions*, la primera novela que escribió hace dos años el Señor Navarrete. Estas demostraciones deben lisongear al jóven escritor, y á todos cuantos con él se dedican á la restauracion de este género tan eminentemente español, sobre el cual hasta ahora habia pesado el yugo de los novelistas extranjeros, á quienes estamos pagando no solo tal cual tributo merecido y bien empleado, sino todo un *sistema tributario*, con mas derramas que las que pesan en lo económico sobre el reducido haber de los infelices contribuyentes.

MELIN.

JEROGLIFICOS.

SOLUCION DEL ANTERIOR.

La *Hlada* y la *Eneyda* son escalas en literatura mas escogida.

A LOS SUSCRITORES.

Profundamente reconocido á los favores que el público me dispensa, no puedo menos á la conclusion de este primer tomo, de expresarle con toda la franqueza que me es propia, mi gratitud, por las señaladas muestras de bondad con que me ha honrado.

Al emprender la publicacion del **SIGLO PINTORESCO**, no dudé que por su índole seria acogida con benevolencia, pero el éxito ha sobrepasado mis esperanzas, y por lo tanto considero un deber redoblar mis esfuerzos para llevar adelante, con las mejoras posibles, la obra comenzada.

Ciertamente que mi pensamiento no fué guiado por una mezquina especulacion, sino por el noble objeto de que las páginas del **SIGLO** fuesen una muestra de los adelantos del grabado é imprenta en nuestro pais, proporcionando un agradable y útil entretenimiento á los lectores y una ocupacion productiva á mas de treinta jóvenes, mis discipulos de grabado, que ofrecen un brillante porvenir y que podrán un dia rivalizar con los extranjeros. El público ha sido justo premiando mis esfuerzos, y es una prueba de ello el interés con que de todas partes se reclaman colecciones del periódico, hasta el punto de tener que hacer tercera reimpression de los primeros números.

Al dirigirme al público debo pagar un justo tributo de gratitud á aquellas personas que con sus luces y consejos han contribuido al mejor lustre de esta publicacion y son, en la parte literaria y artistica, los señores Villoslada, Lameyer, Bartolomé, Hartzenbuch, Sainz, Miranda, El Solitario, Duran, Navarrete, Amador de los Rios, Ferrer del Rio, Maestre y algunos otros en union con mis discipulos de grabado; debiendo al mismo tiempo hacer una honorifica mencion de mis corresponsales de provincia, que merced á sus esfuerzos y al crédito que con justa razon han adquirido, me han proporcionado un número de suscritores que ha excedido de mis cálculos mas aventajados, á quienes no puedo menos de dirigirles un voto de gracias, y muy particularmente á los señores D. Antonio de Basso, de Valladolid; D. Bernardino Robles, de Vitoria; D. José Sol, de Lérida; señores Alonso y Compañia, de Granada; D. Nicolás Delmás y D. Manuel Jaufret, de Bilbao, y otros muchos que no cito en este primer tomo, pero que lo verificaré en los sucesivos.

Por último, como una prueba del buen desco que me anima de mejorar las publicaciones, tanto del **SIGLO** como del **SEMANARIO PINTORESCO**, quedan abiertas las páginas de ambos periódicos para la insercion de artículos, á todas las personas que gusten favorecerlos, advirtiendo, que para su publicacion han de ser primeramente sometidos al exámen de un comité nombrado al efecto.

Concluyo pidiendo al público su indulgencia por las faltas involuntarias que hayan podido notarse, que son inherentes á todo ensayo, y que con la experiencia adquirida y mi buen desco, procuraré remediar en lo sucesivo.

Madrid 21 de Diciembre de 1845.

Vicente Castello.